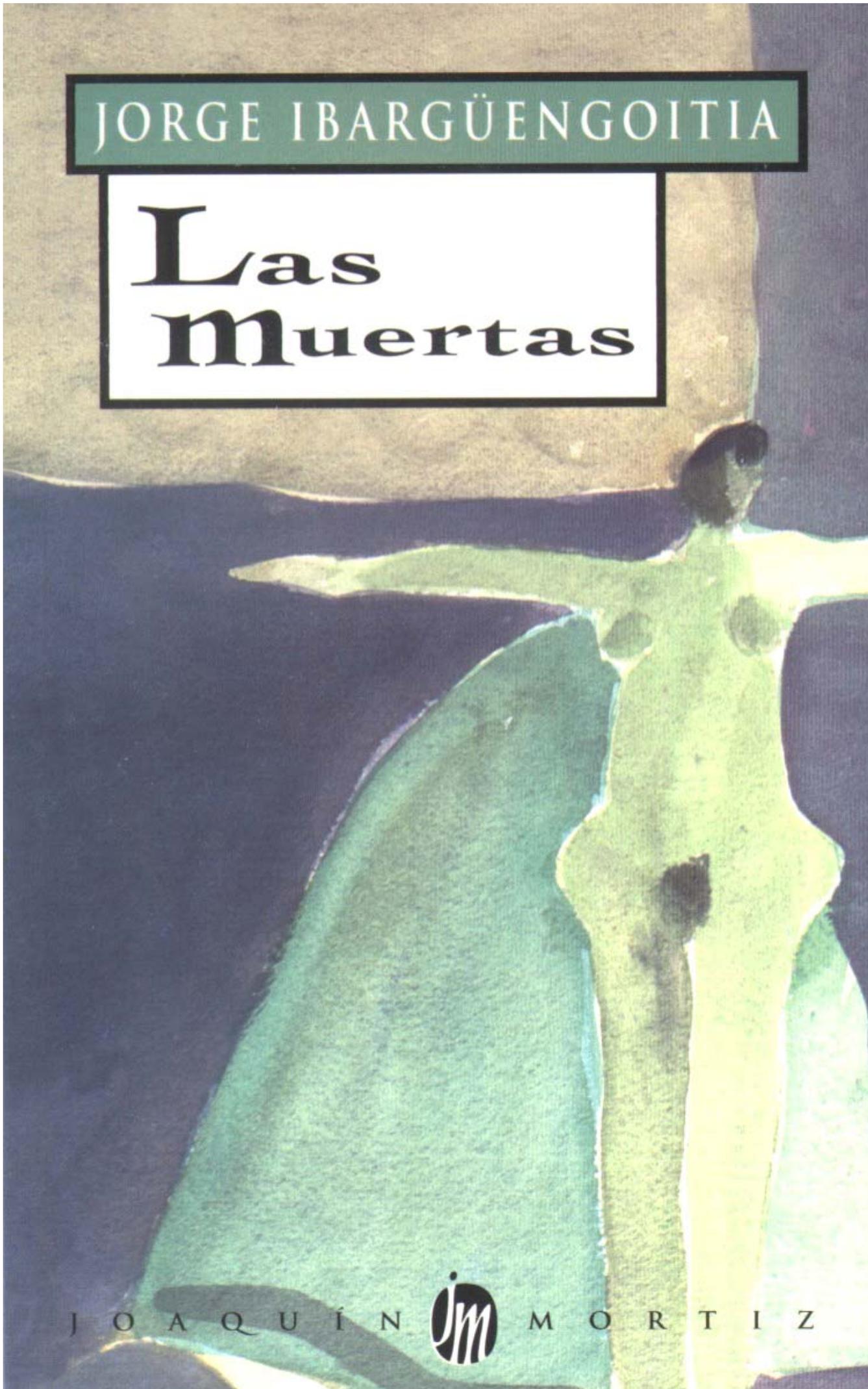


JORGE IBARGÜENGOITIA

**Las
Muertas**

J O A Q U Í N  M O R T I Z



LAS MUERTAS

OBRAS DE JORGE IBARGÜENGOITIA

JORGE I B A R G Ü E N G O I T I A

Las muertas

JOAQUÍN MORTIZ • MÉXICO

**Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales.
Todos los personajes son imaginarios.**

Diseño de colección: Pablo Rulfo y Teresa Ojeda / Stega Diseño
Ilustración de portada: Joy Laville
Fotografía del autor: Archivo Joy Laville

Jorge Ibargüengoitia, 1977
Herederos de Jorge Ibargüengoitia
D.R. © Editorial Joaquín Mortiz, S. A. de C.V.
Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Avenida Insurgentes Sur núm. 1162
Colonia del Valle, 03100 México, D.F.

Edición original [*Nueva Narrativa Hispánica*]: 1977
Primera edición en *Obras de Jorge Ibargüengoitia*: 1988
Decimanovena reimpresión: noviembre del 2000
ISBN: 968-27-0291-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

LAS DOS VENGANZAS

1

Es posible imaginarlos: los cuatro llevan anteojos negros, el Escalera maneja encorvado sobre el volante, a su lado está el Valiente Nicolás leyendo *Islas Mariás*, en el asiento trasero, la mujer mira por la ventanilla y el capitán Bedoya dormita cabeceando.

El coche azul cobalto sube fatigado la cuesta del Perro. Es una mañana asoleada de enero. No se ve una nube. El humo de las casas flota sobre el llano. El camino es largo, al principio recto, pero pasada la cuesta serpentea por la sierra de Güemes, entre los nopales.

El Escalera detiene el coche en San Andrés, se da cuenta de que los otros tres se han quedado dormidos, despierta a la patrona para que pague la gasolina, y entra en la fonda. Almuerza chicharrones en salsa, frijoles y un huevo. Cuando está tomando la segunda taza de café entran los otros tres en la fonda, amodorrados. Los mira compasivo: lo que para él es el principio del día es para los otros el final de la parranda. Ellos se sientan. El capitán actúa con cautela, le pregunta a la mesera:

—Dígame qué tienen que esté muy sabroso.

El Escalera se levanta, sale a la calle y da vueltas en la plaza con las manos en los bolsillos, paso largo y muy lento y un palillo de dientes en la boca. Se abrocha la chamarra, porque a pesar de brillar el sol sopla un vientecito helado. Se detiene a ver unos boleros que arrojan tostones contra la pared en un juego de rayuela diferente al que él conoce. Sigue su paseo reflexionando si los habitantes de Mezcala son más brutos que los del Plan de Abajo. Se detiene otro instante a leer el letrero que hay en el monumento a los Niños Héroes —"Gloria a los que murieron por la Patria. . ."— y ve salir de la fonda a sus tres pasajeros — "la carga", en lenguaje de choferes—: el capitán y el Valiente con ropa de civil que conserva rastros del uniforme, como la camisola verde olivo del segundo y las botas de caballería del primero, y Serafina, vestida de negro arrugado, que pela la pierna morena y enseña el sobaco al subir en el coche. Una vez los tres se han acomodado, tocan el claxon perentoriamente para que el chofer venga a manejarles.

Siguen su camino que pasa por parajes famosos: por Aquisgrán el Alto —"Señor Presidente, nos robaron el agua", dice un letrero en la entrada— en donde a Serafina se le antoja un refresco, por Jarápató en donde el Escalera hace un alto para echarle un peso a la alcancía de una iglesia que se construye con limosnas de choferes, por Ajiles en donde compran quesos; al pasar frente al cerro del Cazahuate, el capitán pide que se pare el coche para bajarse a orinar —"echar una firma", dice— y en San Juan del Camino, que tiene una virgen milagrosa, se detienen a descansar.

Serafina entra en el templo (después se supo que encendió una vela, pidió de rodillas a la Virgen buena suerte en la empresa y en agradecimiento anticipado clavó en el terciopelo rojo un milagro de plata en forma de corazón, como si ya se lo hubiera concedido). Mientras tanto los tres hombres se sientan en una mesa de la nevería, piden mantecados, discuten y deciden que lo que se proponen hacer se hace con mayor facilidad con luz del día. Cuando Serafina, que sale del templo, se les reúne, no está de acuerdo y ordena que la empresa se lleve a cabo de noche.

Esto quiere decir que tienen que perder tres horas, que pasan dormidos debajo de un zapote a la salida de Jalcingo. El sol se está metiendo cuando empiezan a ladrarles los perros del Salto de la Tuxpana.

Es un pueblo ancho y oscuro de calles polvosas, con un foco de alumbrado eléctrico cada doscientos metros. Tiene fama de que en cada casa hay huerta de guayabos, pero las puertas están cerradas. Los niños juegan en la calle.

El Escalera detiene el coche en una esquina donde, debajo de un farol, hay unos que están comiendo pozole. El Valiente Nicolás se apea, se acerca al grupo, que se le mirando, y le habla a la pozolera:

—Perdone usted la impertinencia. ¿dónde hay una panadería?

Ella contesta que en aquel pueblo hay tres y le da las señas. En el coche van de un lado a otro del pueblo y de panadería en panadería sin encontrar la que buscan hasta la tercera.

—Parece que ésta es —dice el Valiente, que se ha bajado tres veces y comprado tres bolsas de campechanas.

Todos sea apean. Los tres hombres van a la cajuela del coche, Serafina a la panadería. Es una casa modesta, con las únicas dos puertas abiertas que hay en la cuadra. Acercándose con cuidado, procurando no ser vista, Serafina mira hacia adentro y ve, detrás del mostrador, un hombre sentado y una mujer que hace cuentas. Regresa al coche. El Escalera, con una manguera y mucha calma, extrae gasolina del tanque para llenar una lata, el capitán y el Valiente han sacado de la cajuela dos rifles automáticos y meten los cargadores y mueven los cierres —haciendo bastante ruido— para comprobar que funcionan. El capitán le entregó a Serafina la pistola.

Lo que ocurre después es confuso. El Valiente se para en el umbral de una de las puertas y Serafina en el de la otra. Ella le dice al hombre que está detrás del mostrador:

—¿Ya no te acuerdas de mí, Simón Corona? Toma, para que te acuerdes.

Dispara apuntando en alto. Cuando termina la descarga el hombre y la mujer están debajo del mostrador. El Valiente dispara una ráfaga hacia el interior de la panadería. Le dice al capitán, que está a su lado:

—Dispare usted, mi capitán.

—No. Yo aquí estoy nomás cubriendo —está apuntando hacia la otra acera, por si hay un ataque por retaguardia.

La última parte del plan la ejecuta el Valiente. Consiste en entrar en la panadería, regar la gasolina en el piso, salir, encender un cerillo y echarlo sobre el suelo mojado.

La gasolina enciende con explosión sorda, las llamas salen por las puertas. Serafina, que camina hacia el coche, aleja a unas mujeres que iban a comprar pan y contemplan fascinadas el incendio, diciéndoles:

— ¡Váyanse! ¿Qué vienen a ver? ¡Ésta es cuestión que a ustedes no les importa!

Cuando los cuatro han abordado el coche, el Escalera hace, para dar la vuelta, una maniobra más compleja que de costumbre, después acelera y el coche va por las calles del pueblo indeciso un rato antes de encontrar la salida y por fin se aleja del Salto de la Tuxpana de la misma manera que entró, entre ladridos de perros.

Los daños que causó el incendio se calcularon en tres mil quinientos pesos. La policía encontró en el suelo cuarenta y ocho casquillos de calibres reglamentarios. Todas las balas se estrellaron en la pared. Una de ellas pasó rozando el hombro y el brazo derecho de la señorita Eufemia Aldaco, que estaba en el interior de la panadería, causándole escoriaciones. El panadero Simón Corona y su empleada la señorita Aldaco, que eran las únicas personas que estaban en la panadería cuando ocurrió el incidente, sufrieron quemaduras que no ponen en peligro la vida.

El agente del Ministerio Público llegó a las ocho y media al puesto de socorros donde estaban siendo atendidas las víctimas y preguntó al médico si los heridos estarían en condiciones de rendir declaración, a lo que el médico contestó que a la mujer se le habían dado sedativos, pero que el hombre estaba consciente. El agente entró en el cuarto donde estaba Simón Corona vendado y reclinado en la cama y le hizo, las preguntas.

¿Que cómo ocurrió el suceso?

Respuesta: Que él estaba sentado detrás del mostrador esperando a que la señorita Aldaco hiciera las cuentas de lo que se había vendido en el día cuando oyó que una voz le decía: "¿ya no te acuerdas de mí. . .?", etc.

¿Que si sospechaba de persona o personas que fueran los autores del asalto?

R.: Que no sospechaba, sino que tenía la seguridad, por haberla visto frente a él con una pistola en la mano, de que la responsable del asalto había sido la señora Serafina Baladro, que tenía su domicilio en —aquí entra una dirección en la ciudad de Pedrones, Estado del Plan de Abajo.

¿Que cuál podía ser el motivo de que la citada señora etc.?

R.: Que le daba vergüenza confesarlo, pero que en el pasado había vivido en varias épocas con la señora Baladro — "a veces estábamos juntos y a veces nos separábamos, porque ella tenía un carácter muy difícil—, hasta que la abandonó definitivamente durante un viaje que hicieron los dos a Acapulco, por haber comprendido entonces que ella no era digna de su amor. Este abandono le produjo a ella un rencor tan grande que la hizo buscarlo tres años hasta encontrarlo.

¿Que si sabía quiénes eran los otros asaltantes? R.: Que no, pero que podía describir a uno de

ellos por haberlo visto de cerca al venderle unas campechanas momentos antes del incidente —"no era ni bajo ni alto, ni joven ni tampoco viejo".

¿Que si tenía idea de cómo habían conseguido los asaltantes el rifle automático reglamentario y la pistola de calibre .45?

R.: Que no, pero que había tenido oportunidad de comprobar en la época en que vivieron juntos, que Serafina Baladro había tenido siempre relaciones con los federales. Recogida la declaración, levantada el acta y firmada, el agente hizo el trámite de costumbre, que consistía en dar parte a sus superiores, señalar a la presunta responsable y pedir al C. Procurador del Estado de Mezcala que pidiera al C. Procurador del Estado del Plan de Abajo que pidiera al agente del Ministerio Público de Pedrones que pidiera al jefe de la policía del citado pueblo, que aprehendiera a la señora Serafina Baladro para que respondiera a los cargos que se le hacían.

Pasaron quince días. Los habitantes del Salto de la Tuxpana empezaban a olvidarse de la balacera cuando el agente recibió el siguiente telegrama:

"Examine de nuevo al declarante y averigüe si en compañía de la acusada Serafina Baladro llevó a cabo en 1960 una inhumación clandestina."

En la segunda entrevista con el agente del Ministerio Público, Simón Corona quiso, antes de declarar, que le explicaran varias cosas: si era obligatorio o voluntario dar la información que se le estaba pidiendo —"¿está usted aquí por su gusto o a fuerzas?", "por mi gusto", "entonces es voluntario" —, si había sido aprehendida Serafina Baladro —"aquí dice acusada, luego está presa o por caer"—, si la sentencia que ella iba a recibir sería más larga si él contestaba afirmativamente a la pregunta que se le estaba haciendo —"lo más probable es que sí".

Satisfecho con estas respuestas, Simón Corona relató al agente del Ministerio Público el caso de Ernestina, Helda o Elena. El agente leyó el acta que se levantó, el declarante no puso objeción a lo contenido en ella y firmó al pie de conformidad. Esta firma le costó seis años de cárcel.

EL CASO DE ERNESTINA HELDA O ELENA

1

Durante su reclusión en la cárcel Simón Corona relató el caso de Ernestina, Helda o Elena de la siguiente manera:

La vi venir caminando entre árboles de la alameda y no lo quise creer. Aquella mujer vestida de negro con la bolsa de charol en la mano no podía ser Serafina. Se parecía a ella y se vestía como ella pero no podía ser ella. De todas maneras sentí que me temblaban las rodillas. ¿Será que todavía la quiero?, pensé.

Yo estaba parado afuera del quiosco de la nevería esperando que dieran las doce para ver a un señor de la Oficina de Hacienda con quien tenía que hablar para que me perdonara unos impuestos. La mujer seguía caminando entre los árboles y mientras más se acercaba a mí más se parecía a Serafina. No puede ser ella, volví a pensar para tranquilizarme: vive en otro pueblo, no tiene a qué venir a Pajares. Ella seguía caminando y acercándose, creyendo, me dijo después, que el hombre que estaba parado afuera de la nevería no podía ser yo. Cuando alcancé a verle los pómulos salientes, los ojos negros rasgados y el pelo restirado era demasiado tarde. Era Serafina y me tenía acorralado.

Ella fue derecho a donde yo estaba, abrió la boca como si empezara a sonreír —alcancé a verle el diente roto— y me dio la bofetada.

No me moví. Ella dio la vuelta y empezó a alejarse. Yo miré a mi alrededor para ver quién había presenciado mi deshonra y no encontré más que al nevero que desvió la mirada e hizo como si estuviera muy ocupado poniendo la cuchara en el bote. Si se ríe en ese momento yo le parto el hocico, pero no se rió y a mí no me quedó más remedio que irme caminando en dirección opuesta a la que había tomado Serafina.

Me pasó lo mismo que otras veces: ella me hacía groserías y yo era el que me quedaba arrepentido. La bofetada que acababa de darme se me olvidó, igual que se me habían olvidado otras cosas que habían pasado dos años antes, como el enredo que ella tuvo con el agente viajero y el calcetín que yo encontré debajo de la cama. En mi mente no quedó más que una sola idea: yo no podía vivir sin Serafina, yo la había abandonado y nada me interesaba en el mundo más que ella me perdonara.

Fui caminando por las calles chuecas de aquel pueblo, al rayo del sol y entre las moscas, porque era junio, diciéndome a mí mismo: "todavía te quiere, la prueba es que te dio la bofetada".

Me arrepentí de al reconocerla no haberme arrodillado a pedirle perdón por haberla abandonado. "Quiero volver", hubiera querido decirle. En vez de eso me había quedado parado, sin decirle nada cuando se acercó, sin seguirla cuando se fue. Creía que la había perdido para siempre y me sentía desesperado.

En esos pensamientos estaba ocupado cuando llegué a una esquina. Volteé a ver si venía un coche y la vi venir a ella. Estaba a una cuadra larga de distancia y caminaba despacio, como quien no tiene nada que hacer y anda perdiendo el tiempo. Serafina tenía entonces treinta y ocho años, pero al verla de lejos me pareció una muchachita. Se asomó en una dulcería, cruzó la calle, tropezó con uno que iba cargando un bulto y cuando yo estaba por decidir que sería mejor seguir mi camino antes de que ella me viera, ella me vio.

Otra vez no hice nada, me quedé allí parado hasta que ella llegó a donde yo estaba.

—¿Qué andas haciendo en Pajares? —me preguntó.

Le dije la verdad, que había ido a ver a un señor para que me perdonara unos impuestos.

—Yo también vine a lo mismo —me dijo.

Parecía como si encontrarnos en aquella calle extraña, en un pueblo extraño, a aquellas horas fuera lo más natural del mundo. Como si no nos hubiéramos separado dos años antes con un pleitazo, como si no nos hubiéramos reunido veinte minutos antes con una bofetada. Así fue

siempre nuestra relación. Nunca supe a qué atenerme con ella.

Vi en mi reloj que eran más de las doce. Iba a proponerle que fuéramos juntos a ver al señor que iba a perdonarnos los impuestos, cuando ella me dijo:

—Llévame a un hotel.

Tenía los labios pintados de un color muy raro, como violeta.

Estuvimos en el hotel del Comercio hasta las ocho de la noche, salimos de allí con hambre y fuimos a cenar en el restaurante que está en los portales. Serafina tenía urgencia de regresar a Pedrones y la mujer con la que yo vivía entonces debería estar inquieta esperándome en el Salto de la Tuxpana, pero al terminar de cenar, en vez de despedirnos e ir cada quien por su lado a cumplir con sus obligaciones, regresamos al hotel del Comercio y allí estuvimos hasta el día siguiente.

Si al despertar me hubiera ido a mi casa, aquel encuentro con Serafina hubiera sido una de tantas cosas que me han pasado en la vida de las que apenas me acuerdo y no tengo razón para andar contando. Pero no me fui a mi casa. Cuando abrí los ojos me acordé de la mujer con la que yo vivía entonces, y la imaginé afligidísima, creyendo que yo estaría tirado en la carretera, cubierto de sangre, y menos ganas me dieron de verla. Me puse la camisa, asomé a la ventana y vi los laureles de la plaza y los tordos cantando. Después miré a la cama y vi a Serafina dormida y me dieron ganas de despertarla.

Esperé a que se bañara y se vistiera y cuando estaba sentada frente al espejo, haciendo la trenza, vi que el reflejo que daba era muy diferente a su cara, cosa que ya había yo notado antes. Me acordé de tiempos mejores, sentí una emoción muy grande y le dije: —Te llevo a Pedrones.

Pero ella no iba a Pedrones. La urgencia que tenía de estar allí había pasado. Iba a San Pedro de las Corrientes, en donde estaba invitada a comer en casa de su hermana Arcángela. Como yo no quería separarme de ella, le dije:

—Pues a San Pedro te llevo.

Mi coche, un Ford 55, estaba en el taller de un mecánico en las orillas de Pajares. Si cuando llegamos a la puerta el mecánico hubiera salido a decirme, como a veces ocurre, "el coche no está listo porque no conseguimos la pieza que le falta", yo hubiera acompañado a Serafina a la terminal de camiones, allí nos hubiéramos despedido y mi vida hubiera sido otra. Pero el coche estaba arreglado, arrancó al primer pedalazo y aquí estoy, con seis años de sentencia por delante.

Para ir de Pajares a San Pedro de las Corrientes se sale por un camino empinado en el que por buena vista que uno tenga no alcanza a ver más que piedras, pero al llegar al lomerío cambia el panorama: a la izquierda se divisa el valle de Guardalobos, uno de los más fértiles del Estado del Plan de Abajo, en el que no hay pedazo sin cultivar, en donde no hay alfalfa hay fresa y lo que no es milpa es trigo. Hasta los huizaches que crecen en las acequias están frondosos. Siempre me ha gustado ese valle, pero aquella mañana más que otras veces, porque estaba contento de tener a Serafina a mi lado, muy tranquila con la mano sobre mi pierna. Sentí que no tenía preocupaciones y le pregunté:

—¿No sientes que el corazón se te ensancha al ver esto?

Pero mientras yo miraba a la izquierda y veía el valle, ella miraba a la derecha y veía la sierra de Güemes. Por eso entendió que lo que me ensanchaba el corazón era la estatua de Cristo Rey, que está en la punta del cerro más alto, mirando hacia el poniente, dice la gente que como si quisiera abrazar el Estado de Mezcala. Serafina quitó la mano que tenía sobre mi pierna y dijo:

—Tú siempre has querido jalar para tu tierra.

Así fueron siempre mis tratos con ella. Yo le decía una cosa bonita y ella contestaba una burrada. No me turbé porque sabía muy bien lo que ella me reclamaba. Cada vez que la abandoné yo me fui al Salto de la Tuxpana, que está en el corazón de Mezcala. Por eso ella siempre le tuvo mala voluntad a ese pueblo y delante de ella no se podía decir ni su nombre, ni que las guayabas de allí son buenas. Aquella mañana, como si hubiera yo dicho "Salto de la Tuxpana", ella se entristeció y me dijo:

—Tú crees que no soy digna de ti nomás porque soy madrota.

Yo me impacienté y le dije:

—Ni te dejé por madrota, ni estaba mirando la estatua de Cristo Rey, sino para el otro lado. ¿Y por qué me reclamas cosas que no tienen remedio si sabes que lo único que vas a lograr es echar a perder este día tan bonito?

No sé qué cuerda le toqué. Ella volvió a poner la mano sobre mi pierna y no dijo más.

Hubiera sido mejor que yo la hubiera bajado del coche cuando dijo la impertinencia. Los dos hubiéramos sido más felices.

En Huantla compramos aguacates y nos sentamos a comerlos en las piedras que estaban debajo de un huizache. Todo estaba quieto. No se oían más que las torcazas. Desde donde estábamos alcanzábamos a ver la tierra negra de la presa y las yuntas arando. Al ver tanta paz se nos olvidaron nuestros pleitos y hasta que habíamos ido a Pajares a arreglar un negocio y no habíamos arreglado nada. Serafina dijo "¡que así fuera siempre la vida!", o cosa por el estilo.

Antes de regresar al coche entramos en las ruinas de la fábrica de hilados y tejidos por curiosidad, y allí, entre los galerones vacíos y los techos caídos, Serafina quiso que yo volviera a poseerla y volví a poseerla. Después seguimos el viaje y llegamos a San Pedro de las Corrientes a las dos de la tarde.

Serafina me había invitado a comer en la casa de su hermana, pero yo, francamente no tenía ganas de enfrentarme con Arcángela. Yo sabía que la simpatía que ella me tuvo nunca fue mucha y me imaginaba que desde que abandoné a su hermana en el año 58 había sido todavía menos. Por esto había decidido que la aventura aquella terminara en la puerta del México Lindo.

—Me despido de ti en el coche —le dije a Serafina—, y que Dios te bendiga.

Pero el destino tenía escrita otra historia. Al dar la vuelta en el coche para entrar por la calle de Allende, lo primero que vi, parada en la banqueta, fue a doña Arcángela. Parecía enlutada. Estaba tapada con un rebozo a pesar del calorón, y tenía una muchacha de cada lado. Las tres miraban para donde yo venía como si me hubieran estado esperando.

No me quedó más remedio que hacer todo lo que no quería: detener el coche, apagar el motor y bajarme a saludarla. Cuando me vio abrir la portezuela me echó una miradita con esos ojitos de puerco que tiene, como diciendo "nomás éste nos faltaba". Pero duró poco, después abrió los brazos y me dijo con cariño:

— ¡Qué gusto me da verte, Simón!

Después me abrazó y hasta me dio un beso. En ese momento debí haber desconfiado, pero no lo hice, a pesar de que me di cuenta de que el gusto que Arcángela tenía de verme agarraba tan de sorpresa a Serafina como a mí. Dije que nomás iba de paso, pero de nada me valió: eran las dos y media, la comida estaba caliente y la dueña de la casa tenía gusto de volver a verme. Se empeñó en que yo metiera el coche en la casa. Por la puerta chica que está junto a la del cabaret.

—Así no corres peligro de que te lo maltraten unos chiquillos traviesos.

Mientras yo hacía la maniobra ella se puso a platicar con Serafina de cosas que parecían muy serias. Al bajar del coche, noté que, cosa rara a esas horas, la mayoría de las mujeres estaba en el corredor, recargadas en el barandal, platicando unas con otras o mirándome.

Cuando entramos en el comedor doña Arcángela me agarró del brazo y me dijo:

—Me da gusto que regreses, porque los hombres que ha tenido mi hermana desde que te fuiste han sido una calamidad.

Yo quería explicarle que no estaba de regreso, sino que nomás iba de paso, pero ella no me dejó hablar. Hizo que me sentara en una silla, me puso enfrente una botella de tequila muy especial, según ella, les dijo a las dos muchachas que andaban con ella que me trajeran un limón y sal y después salió del comedor con Serafina.

Salieron las Baladro por una puerta, salieron las muchachas por la otra, y cerca de una hora estuve solo en el comedor, sentado en aquella silla, frente a la botella, de la que de vez en cuando daba un trago, porque nadie fue para traerme un vaso. Cuando por fin se abrió la puerta y entraron Arcángela y Serafina, me levanté y les dije:

—Me voy, porque para pasar soledades y hambres estoy mejor en mi coche.

—Simón —me dijo entonces Serafina—, mi hermana tiene una pena muy grande.

Me explicó que una de las mujeres que trabajaban en el México Lindo, que se llamaba Ernestina, Helda o Elena, se había muerto la noche anterior y no sabían qué hacer con el cadáver.

—Háganle velorio y llévenla al panteón —aconsejé.

Arcángela me dijo que la difunta había fallecido en un hecho de sangre y no podía ser enterrada en un panteón sin la intervención del Ministerio Público.

—Y eso no lo puedo permitir —acabó diciendo— porque me perjudica.

No quedaba entonces más remedio que llevar el cadáver por la carretera de Mezcala y echarlo en donde nadie lo viera. Pero allí empezaba la segunda parte del problema: no encontraban al Escalera,

que era el único chofer de confianza que conocían las Baladro.

—Por eso estoy tan afligida —dijo Arcángela, secándose las lágrimas que parecía que le brotaban.

A lo cual yo contesté:

—No te preocupes, Arcángela, yo llevo la muerta en mi coche y la deposito donde tú me indiques.

Cuando acabé la frase ya me había arrepentido de decirla, pero era demasiado tarde. La verdad es que había sido demasiado tarde todo el tiempo. Para que las cosas hubieran sido de otra manera, se hubiera necesitado que yo no hubiera ido a Pajares el día anterior a pedir que me perdonaran los impuestos. Apenas cinco minutos antes yo era un hombre que estaba esperando a que le dieran de comer y ahora estaba comprometido a llevar un cadáver a la sierra.

Ellas quedaron agradecidísimas cuando oyeron mi ofrecimiento. Serafina me puso la mano en la pierna. Estoy seguro de que se me hubiera entregado allí mismo, pero yo no estaba de humor. Arcángela se enjugó las lágrimas y salió del comedor. En el patio la oí gritar:

—Que le digan al Escalera que ya no lo necesitamos.

Después supe que no es que no hubieran encontrado al Escalera, sino que él quería cobrar mil pesos por el trabajo.

Al rato Arcángela regresó con unos billetes doblados y me los entregó:

—Toma, para ayuda de la gasolina.

Eran quinientos pesos, que yo me puse en la bolsa. Tuve ánimos para poner una condición:

—A la difunta la llevo a donde ustedes quieran, pero no la toco.

Cuando trajeron la sopa yo ya no tenía hambre.

Dijo llamarse Simón Corona González, tener 42 años, ser casado, mexicano y estar radicado en el Salto de la Tuxpana; que es panadero, que no sabe leer ni escribir, nomás firmar, que es católico, que poco acostumbra tomar bebidas embriagantes, que no fuma mariguana ni se intoxica con droga o enervante. Interrogado sobre si declara voluntariamente contestó que sí.

Dijo que conoció a Serafina Baladro en 1952, en Pedrones, en una casa que ella tenía en las calles del Molino. Que el día en que la conoció se hizo amante de ella y que vivieron juntos dos años, pasados los cuales la abandonó para regresar al Salto de la Tuxpana. Que en el año de 1957, por invitación de la citada Serafina, volvió a reunirse con ella y que vivieron juntos un año, pasado el cual la abandonó por segunda vez para regresar al Salto de la Tuxpana. Dijo también lo siguiente:

"En el año de 1960 encontré accidentalmente a Serafina en la ciudad de Pajares y ella quiso que yo la llevara a casa de su hermana Arcángela, en San Pedro de las Corrientes. Al llegar en este lugar Arcángela me dijo: "mete el coche en el patio", y yo obedecí. Me pasaron al comedor y me dieron una botella de tequila, para que me lo tomara, después entraron las dos hermanas y me dijeron: "nomás que oscurezca te vas por la carretera y tiras en una barranca el cuerpo de una muchacha que se murió". Fuimos en mi coche por la carretera de Mezcala hasta llegar a una curva en donde Arcángela me dijo "aquí te paras", y yo obedecí. No vi cuando pusieron a la difunta en el coche, pero tuve que ayudar a bajarla, porque se había puesto tiesa y entre Arcángela, Serafina y una muchacha llamada Elvira, que nos acompañó, no podían sacarla de la cajuela. Cuando íbamos cargándola para echarla en la barranca, se cayó el costal que la cubría y le vi la cara: tenía las facciones afiladas y los ojos muy grandes y abiertos. Según me dijeron se llamaba Ernestina, Helda o Elena. Cuando regresamos a San Pedro de las Corrientes y Arcángela estaba bajándose del coche en la puerta de su casa, me dijo: "si algún día sé que rajas de lo que pasó esta noche, te busco y en donde te escondas, allí te encuentro". Después, Serafina y yo fuimos juntos a Pedrones, en donde vivimos juntos otros seis meses, pasados los cuales la abandoné por tercera vez para regresar al Salto de la Tuxpana."

UN VIEJO AMOR

1

La señora Juana Cornejo, alias la Calavera, contó lo siguiente, que se refiere a las relaciones entre Simón Corona y Serafina Baladro.

De los señores que tuvo la señora Serafina, don Simón fue el más respetuoso. A mí me decía "señora Calaca", a las muchachas "señoritas", cuando pedía alguna cosa era "si no es mucha la molestia", salía del cuarto "con permiso".

Se levantaba temprano y entraba en la cocina cuando yo estaba encendiendo la lumbre.

—Muy buenos días, señora Calaca.

A veces se iba y estaba ausente largo tiempo, pero cuando regresaba a la casa, lo primero que yo veía en la mañana era a don Simón dándome los buenos días.

Mientras yo hacía el almuerzo él me contaba del Salto de la Tuxpana. Para él no había nada como ir caminando en la tarde, de la mano de una muchacha, a la orilla del río Piedras.

Dicen que don Simón pasaba las mañanas sentado en la Plaza de Armas, oyendo la música, y las tardes jugando dominó en una cantina. Regresaba a la casa de noche y no entraba en el cabaret, sino que iba derecho al cuarto de la señora. No volvíamos a verlo hasta el día siguiente.

A veces se ponía serio, se quedaba mirando un rato el plato de los chilaquiles en vez de comérselos, y después me decía:

—Yo vivo con un pie en el estribo.

Dejaba el almuerzo a medias y en vez de ir a la Plaza de Armas se iba al corral y se sentaba debajo del guayabo. Pasado un rato la señora Serafina iba a preguntarle qué le sucedía. Él ha de haberle dicho que estaba cansado de la vida que llevaba en Pedrones y que quería regresar al Salto de la Tuxpana, ella ha de haberle contestado que estaba bien, que se fuera, y entraba en la cocina llorosa a almorzar.

Éstos no eran pleitos como los que tenían por celos, sino dificultades debidas a que a don Simón le daba de vez en cuando por irse. Tres veces se fue por larga temporada y dos regresó, pero las que quiso irse y no pudo fueron muchas.

Un día puso sus cosas en un hatillo y andaba por la casa despidiéndose.

—Me voy en el camión de las cinco y media —nos decía.

Esto pasó antes de que don Simón tuviera coche.

En las despedidas estaba cuando llaman a la puerta, abro y veo al capitán Laguna y a otro militar. Me preguntan por don Simón.

—Se fue hace mucho rato —les dije, porque yo sabía don Simón no era amigo de ellos.

Quiso la Divina Providencia que aquellos hombres no entraran en la casa, porque se hubieran encontrado a don Simón al doblar en el primer recodo del pasillo. Ellos no entraron, pero tampoco me creyeron, porque se quedaron esperándolo en la esquina. Cuando don Simón supo que habían venido a buscarlo los federales y que estaban esperándolo afuera no se atrevió a salir a la calle en meses, ni se acordó del Salto de la Tuxpana.

Esa vez tuvo suerte. Otras le fue peor: los soldados lo siguieron y lo alcanzaron una vez en San Pedro de las Corrientes, otra en Muérdago. Lo traían de regreso a Pedrones y lo encerraban en el cuartel, haciéndolo sufrir, porque lo ponían a lavar suciedad. Esto duraba hasta que la señora Serafina, que era amiga del coronel Zarate, intercedía por él y arreglaba que lo soltaran. Don Simón regresaba a la casa como si hubiera visto un espanto, se comía un altero de tortillas y no volvía a decir en mucho tiempo que vivía con un pie en el estribo.

Un día le pregunté qué llevaba en la conciencia que tanto lo perseguían los verdes. Me dijo que era desertor: de joven había entrado en la caballería y no aguantó las penalidades. Por salirse tres meses antes de completar el servicio vivió perseguido veinte años.

Sobre sus relaciones con Simón Corona Serafina Baladro dijo:

Cuando Simón llegó por primera vez a la casa del Molino era un hombre sin ninguna educación. Lo vi parado en la barra, solo, sin hablar con nadie. ¿Y este grandote, pensé, qué querrá? Para

quitarle la timidez lo saqué a bailar. No sabía dar un paso, pero yo, que bailo muy bien, lo fui enseñando y él fue aprendiendo poco a poco.

—Invítame una copa —le dije al rato.

El inocente me confesó que traía nomás quince pesos.

—Dale gracias a Dios —le dije— de que le caíste bien a la patrona.

No entendía que yo era la dueña de la casa. Le pasaba lo mismo que a otros: me veía joven y tan bonita, que no podía imaginarse que fuera la madrota.

—Dame esos quince pesos —le dije— y lo demás corre por mi cuenta.

Para ser sincera diré que me cayó bien. Nos sentamos en una mesa y él me dijo que venía del Salto de la Tuxpana y que era panadero.

—Has de tener costras de migajón en el ombligo —le dije—. Quiero que te lo laves muy bien antes de meterte en la cama conmigo.

Lo llevé a mi baño, que era como él no había visto otro. Al verlo allí parado, en cueros, moviendo las llaves del agua caliente, sentí una emoción muy grande, porque Simón era un hombrezote muy bruto pero muy tierno.

Yo lo formé. Si algo es ahora, me lo debe a mí. Cuando lo conocí parecía recién bajado de un cerro.

Desde el principio nuestra vida fue desigual. La mayor parte del tiempo éramos felices, pero a veces yo notaba que mi negocio se interponía entre los dos. Por ejemplo, le daba celos que yo atendiera a los clientes, platicando con ellos o sentándome en las mesas; le molestaba que yo me acostara a las dos o tres de la mañana.

—Es mi trabajo —le decía yo—. ¿Si no lo hago de qué chingados vivimos?

Tampoco le gustaba que yo lo mantuviera.

—Si no quieres ser mantenido, trabaja —yo le decía—. No es obligatorio no hacer nada.

Yo le proponía que se entretuviera contando las botellas vacías, o que se encargara de entregarles las fichas a las muchachas. Cuando menos podía haberse comedido a dar una vuelta de vez en cuando por el cabaret, para asegurarse de que a ningún cliente le faltara una copa.

—No soy coime —me contestaba—. Soy panadero.

El caso es que en los años que vivió conmigo no tuvo que esforzarse en ganar un peso.

De las tres temporadas que viví con Simón la última fue la mejor. El me hacía menos reclamaciones y yo estaba apasionada. Tan feliz me sentía que hasta me dieron ganas de conocer el mar.

—Llévame a Acapulco —le dije.

Él arregló muy bien el coche, yo saqué mil quinientos pesos del cajón y emprendimos el viaje.

Desde el camino debí haberme imaginado que algo terrible me esperaba. Hizo mucho calor. Yo iba vestida de negro y ya no hallaba qué quitarme. Tenía esperanza de ver el mar detrás de cada cerro y en vez del mar veía otro cerro. Con tan mala suerte, que en un ratito que me quedé dormida se vio el mar y cuando desperté ya estábamos en el pueblo. Nos quedamos en un hotelito que tenía un árbol de chico zapote en el patio. Treinta pesos pagamos por el cuarto. Apenas cerré la puerta, me quité la ropa y me acosté boca arriba. En menos de un minuto estaba Simón encima de mí.

—Quítate —le dije—, ¿no ves que tengo mucho calor?

Simón se paró sin decir nada, se peinó, se puso una camisa limpia y se fue a la calle.

Yo me arrepentí luego de decirle que se quitara. Me quedé pensando, ¿qué tal si me abandona por otra en este lugar desconocido?, porque siempre he sabido que en Acapulco hay muchas tentaciones. Pasó mucho rato antes de que yo me atreviera a salir a la calle a buscarlo. Tenía el temor de no volver a verlo.

Pero no fue así. A las tres cuadras lo encontré. Estaba sentado en una banca del Zócalo, como acostumbraba sentarse en la Plaza de Armas de Pedrones, a oír la música. Me dio tanto gusto encontrarlo que lloré en sus brazos. Después de cenar fuimos a bailar en la Quebrada.

Lo primero que hicimos al día siguiente fue comprar trajes de baño y después fuimos a la playa. No me atreví a meterme en el mar, sino que me senté debajo de una enramada a tomar cerveza y a ver cómo a Simón lo revolcaban las olas. Allí fue donde un muchachito me vendió los boletos para hacer un viaje en un barco que llevaba orquesta. Después de comer fuimos al muelle a buscarlo y lo encontramos. Era un barco con cantina libre, así que estuvimos bebiendo y bailamos. Ya que estaba atardeciendo, nos quedamos mirando el sol que se metía en el mar. Fue en ese momento cuando

sentí que aquél había sido el día más feliz de mi vida, por lo que le pregunté a Simón: —¿Me quieres?

Él me contestó que sí y entonces yo le propuse vender mi negocio y alejarme de la prostitución, darle a él dinero para que pudiera comprar una panadería e irnos a vivir juntos en el Salto de la Tuxpana, que era donde a él le gustaba. Al oír todo esto se puso muy contento.

Cuando bajamos del barco anduvimos caminando por el pueblo agarrados de la mano, como si fuéramos recién casados. Cuando llegamos al hotel me quité el vestido y le dije a Simón:

—Ahora sí quiero que vengas encima de mí. Y él fue encima de mí y yo sentí que nunca había querido a nadie tanto y que el amor que nos teníamos Simón y yo iba a ser eterno. Por eso le conté la historia de mi vida. Le dije todo, hasta que yo era la que había arreglado con el coronel Zarate que mandara soldados a que lo persiguieran y lo encerraran en el cuartel y lo molestaran cada vez que trataba de abandonarme.

Antes de que yo terminara de hablar noté que la cara se le estaba poniendo seria. Tuve que explicarle:

—Esto que te cuento lo hice por el amor tan grande que te tengo.

No contestó. Se levantó de la cama dándome la espalda y empezó a vestirse.

—¿Estás enojado? —le pregunté.

—Vamos a cenar —me contestó sin mirarme.

Yo me puse la ropa a la carrera diciendo para mis adentros: "Ya metiste la pata."

Salimos a la calle y fuimos caminando en silencio. De repente Simón se paró y me dijo:

—Voy a comprar una botella de ron en la tienda esa que está allí enfrente. Óyeme bien esto que voy a decirte: tú espérame allí donde estás parada y no te muevas de ese lugar, porque de lo contrario voy a la tienda y regreso y no te encuentro.

Yo quería contentarlo y le dije que lo esperaría donde él me dijera. Lo vi cruzar la calle y entrar en la tienda. Hice lo que él me ordenó: lo esperé donde él me dijo que lo esperara. Pasado un rato empecé a angustiarme: ¿se habrá caído muerto en el momento de comprar el Bacardí?, pensaba. No me atrevía a cruzar la calle y entrar en la tienda a buscarlo. ¿Qué tal si cuando yo voy allá él viene acá, no me encuentra y se pone más enojado de lo que ya está? Cuando vi que empezaban a bajar las cortinas de los comercios no aguanté más. Crucé la calle y entré en la tienda. A Simón no lo vi, pero vi que la tienda tenía otra puerta que daba a otra calle. Hasta entonces comprendí que el amor que hacía un rato me había parecido eterno se había acabado.

Cuando regresé al hotel me dijeron que Simón "había salido con el coche". No tuvo ni siquiera la decencia de pagar la cuenta.

Esto me pasó por ser sincera con un hombre que no lo merecía.

ENTRA BEDOYA**1**

Al describir el estado general de su salud y de su ánimo durante los meses que siguieron a su separación de Simón Corona en Acapulco, Serafina Baladro habla de dolores de cabeza, preferencia morbosa a comer sardinas de lata con pan, sola, en el comedor casi a oscuras, ganas de no hablar con nadie, falta absoluta de interés en el negocio y horror a los hombres: por única vez en su vida guardó abstinencia cuarenta y siete días, descuidó su apariencia —estuvo casi un mes sin hacerse la trenza— y dice que nomás de pensar que alguno le ponía las manotas encima sentía náusea; al final de esta temporada tuvo una relación emotiva —y platónica— con una empleada llamada Altagracia, a quien después corrió.

Tenía insomnios. Pasaba el final de las noches y el principio de las mañanas con los ojos abiertos, enfrascada en diálogos imaginarios con Simón Corona. En ellos le reclamaba su ingratitud, le demostraba que todo lo que ella había hecho había sido en beneficio de él, le hacía listas de los favores que él le debía. En la oscuridad, dice, no se atrevía a sacar el brazo de entre las sábanas para encender la luz, por temor de que una mano fría se lo tocara.

En la última de estas desveladas comprendió que Simón no iba a regresar con ella y decidió que si no iba a ser suyo no sería de nadie. Es decir, hizo el firme propósito de buscarlo por toda la faz de la tierra hasta encontrarlo, y matarlo. Se imaginó a sí misma con una pistola en la mano, disparando, y en un rincón, a Simón Corona, con agujeros en la camisa, haciendo un gesto de dolor. Después de contemplar esta imagen se durmió profundamente.

La semana siguiente hizo su primer viaje al Salto de la Tuxpana, el pueblo que aborrecía. Llevaba en su bolsa de charol una pistola calibre .25, a la que no le tenía confianza, y unas tijeras, por si fallaba.

Anduvo en el pueblo, que le pareció horrible, preguntando por Simón Corona, sin encontrarlo. En cambio, dio con dos mujeres que habían sido amantes de él —Simón había abandonado a una de ellas para irse con Serafina, había abandonado a Serafina para irse con la otra y había abandonado a la otra para regresar con Serafina.

Aquellas tres mujeres que durante años se habían detestado conociéndose dos de ellas nomás de vista y las tres por referencias vagas, se reunieron en un restaurante y se cayeron muy bien. Las unía su condición común de abandonadas y la perfidia de un solo hombre: Simón Corona.

—Estoy tan resentida, que lo busco para hacerle un mal que de veras le duela —confesó Serafina.

Puesto que las otras dos no pusieron objeciones ni rehusaron participar en la iniquidad, las tres celebraron un pacto, según el cual las dos que vivían en el Salto de la Tuxpana se comprometieron a avisarle a Serafina, por telegrama, en el momento en que Simón Corona regresara al pueblo. Serafina se comprometió a su vez a entregarle quinientos pesos a cualquiera de las dos que le diera un informe que resultara cierto. Cuando se pusieron de acuerdo, brindaron con Urdiñola. Esa tarde fue la primera en que se vio en un restaurante del Salto de la Tuxpana a tres mujeres solas borrachas.

El pacto estaba destinado a quedar sin efecto. Simón Corona, después de abandonar a Serafina en Acapulco, estuvo trabajando durante tres meses en una panadería de Mezcala. Cuando regresó por fin al Salto de la Tuxpana, sus dos ex amantes cumplieron con sus respectivas partes del trato, enviando a Serafina en Pedrones sendos telegramas. Pero para esas fechas Serafina había perdido por completo el interés en la búsqueda. No pagó los quinientos pesos a ninguna de sus informantes y dos años y nueve meses transcurrieron antes de que ella tomara la venganza que aparece en el primer capítulo.

Cuando Serafina Baladro vio por primera vez al capitán Bedoya, ella estaba parada en la esquina de las calles de la Soledad y de Cinco de Mayo, en Pedrones. El iba montado en un caballo tordillo —prestado—, con sable desenvainado y casco reglamentario. Se oía la Marcha Dragona. Era el desfile del 16 de septiembre de 1960. Ella dice que se fijó en él porque iba montado en un caballo diferente a los demás y porque era el más prieto de todos los que pasaron —un regimiento—. Él no

la vio a ella. Pasado el desfile Serafina se fue a su casa y no volvió a acordarse del capitán hasta cinco meses después, que volvió a encontrarlo y lo reconoció.

En ese intervalo podemos imaginar al capitán Bedoya montado en otro caballo —éste es alazán tostado y propiedad del Gobierno— que camina al paso por una vereda escabrosa de la sierra de Güemes. Hace calor, las moscas se paran en la cara del capitán, los cazahuates están floreado. Detrás de él va una fila de soldados montados, que atajan con la mano las ramas de los huizaches. Adelante de él va un solo hombre: un rancharo de huaraches y sombrero ancho que camina a pie. Es el informante.

La vereda se hace cada vez más angosta y cuando parece que se acaba, el rancharo se detiene y levanta el brazo para señalar algo que está del otro lado de la cañada: allí están las flores (amapolas).

Podemos imaginar la emboscada: dos campesinos llegan a la cañada —que parece desierta— con unos costales para cosechar su hierba; el susto: comprenden que están rodeados de federales; el tormento: algo muy sencillo, como el dedo roto, o el pie tostado de Cuauhtémoc. No son heroicos. Dicen el nombre del aparcerista que les da la semilla y les compra la producción.

El siguiente paso no está documentado. No se sabe cómo el capitán Bedoya supo que Humberto Paredes, el denunciado, era hijo de Arcángela Baladro, ni qué instinto lo condujo a visitar a la madre en vez de avisar a la policía para que apresara al hijo.

Al terminar la patrulla gloriosa —nunca antes había descubierto un plantío—, el capitán regresó a la base, escribió en el parte que había tomado dos prisioneros y quemado la cosecha, pero no que aquellos le habían dicho el nombre del traficante. Después se quitó el uniforme, y vestido de civil hizo el viaje a San Pedro de las Corrientes en un autobús de la línea Flecha Escarlata.

Su entrevista con Arcángela puso a prueba su temple. Ella lo trató primero con altanería, porque creyó que quería venderle algo, después lo tomó por coyote de Salubridad —los excusados del México Lindo nunca funcionaron correctamente—, y cuando él dijo que el asunto que quería tratar se refería a Humberto Paredes, ella lo hizo pasar al comedor pensando que era un amigo de su hijo que venía a pedirle prestado. La confusión fue molesta, la aclaración fue tormentosa.

El capitán, con una firmeza que más tarde, cada vez que recordaba el incidente, lo dejaba asombrado, se empeñó en dar su mensaje de principio a fin: el hijo de la señora era abastecedor de drogas; no sólo era delincuente, sino que había sido denunciado y estaba prácticamente preso. Como resultado de esto tuvo que contemplar, en minutos que le parecieron horas, el tránsito doloroso de una madre entre la ignorancia y el conocimiento.

En el primer momento de incredulidad Arcángela insultó al capitán —"es usted un mentiroso", le dijo—. Él no se inmutó. Repitió la acusación. Arcángela, entonces, trató de explicarle al capitán todo lo que una madre puede sufrir: ella, que hubiera querido que su hijo estudiara medicina, que se había sacrificado separándose de él, para que el niño no tuviera malas influencias y se convirtiera en un hombre de provecho, que había pagado una fortuna en colegiaturas, se veía ahora ante la terrible realidad: su hijo era traficante de drogas.

—¿Cómo quiere que yo me sienta, capitán? Los trabajos y las privaciones de toda mi vida echados a perder por la insensatez de un muchacho.

Lloró abundantemente. Quitó el mantel blanco con manchas de café con leche que había sobre la mesa y lo usó para enjugarse las lágrimas. En el silencio que se produjo cuando Arcángela hacía esta operación, el capitán Bedoya tuvo tiempo para decir:

—Yo no quiero perjudicar a ese muchacho. . .

El capitán salió del México Lindo con cinco mil pesos en la bolsa.

Este fue el primer contacto que el capitán Bedoya tuvo con las hermanas Baladro. Unos meses más tarde, cuando Serafina, en su afán de venganza, quiso comprar un arma más poderosa que la pistola que tenía y contratar un maestro de tiro, Arcángela recomendó como hombre digno de confianza al capitán Bedoya.

Serafina quería un arma grande, aunque al disparar ella tuviera que sostenerla con ambas manos, aunque el retroceso levantara la boca del cañón, aunque la detonación fuera ensordecedora, aunque la bala, al entrar en el pecho de la víctima, le abriera un boquete en la espalda. Todos estos defectos quedaban compensados, en opinión de Serafina, con la seguridad que un arma de esta índole le daba de que el "ajusticiado", ya herido, no iba a ir caminando hacia ella, con la mirada de loco y los

brazos abiertos, como si quisiera darle un abrazo.

Arcángela, después de hacer la recomendación, arregló la cita. En la fecha convenida, el capitán Bedoya se presentó en la casa del Molino, en Pedrones, a las ocho en punto de la noche, se dirigió al encargado de la cantina y pidió hablar con la dueña.

Serafina, que estaba en su temporada de abstinencia, había decidido tratar al capitán con cortesía pero con alejamiento. Su plan era recibirlo en un apartado, explicarle lo que quería, él le diría si era posible conseguirlo y cuánto costaba; si su precio era razonable, llegarían a un acuerdo y cerrarían el trato; entonces, ella pensaba llamar a varias muchachas, hacer que trajeran botellas y levantarse de la mesa diciéndole al capitán que estaba en su casa, que tomara e hiciera lo que quisiera, que los gastos corrían por cuenta de ella. Dicho esto se despedirían, ella saldría del apartado y se iría a atender su negocio.

Al principio de la entrevista ocurrió algo que Serafina no había tenido en cuenta: al entrar el capitán en el apartado ella lo reconoció como el hombre más prieto del regimiento —el capitán Bedoya es negro amoratado.

—¿Usted tiene un caballo tordillo?

El capitán se sintió impulsado a contestar:

—Es prestado, señora —de todas maneras sintió el halago.

—Señorita, por favor.

El capitán Bedoya pidió perdón, corrigió, se sentó, aceptó el brandy que Serafina le ofreció y fue correcto y servicial. ¿Qué quería la señorita? Una pistola grande —ella explicó las características que buscaba—. El recomendó una 45 especial, escuadra, de reglamento. Él podía conseguirla por mil doscientos pesos y entregarla en dos semanas con una dotación de cien tiros.

—¿Quiere usted parte del dinero anticipado?

—Ni un centavo.

Ella quería también que alguien le enseñara a manejar la pistola. El capitán prometió llevarla a un lugar desierto en donde ella podría practicar hasta tener dominio absoluto del arma. ¿Cuánto costarían estas clases? Él volvió a decir "ni un centavo".

El trato estaba cerrado. Había llegado el momento de que Serafina se levantara para llamar a las muchachas. Dice que no sabe qué le dio por platicar otro ratito con aquel hombre tan feo. Ella sirvió otra copa y le preguntó de la vida militar, que dicen que es tan sacrificada. El capitán habló con fluidez de cabalgatas, de pasar hambres, de sedes, de noches de aguacero haciendo guardia. De pronto, la conversación cesó.

Serafina vio que el capitán metía el brazo derecho debajo de la mesa y después sintió una mano que se posaba en su vientre. Dice que sintió alarma, pero que no supo qué hacer.

Esa noche Serafina terminó su abstinencia y olvidó la venganza.

Serafina conoció al capitán Bedoya el 3 de febrero de 1961. La influencia que el capitán ejerció en los destinos de las hermanas Baladro durante los meses que siguen a esta fecha es notable. Él había prometido conseguir la pistola en dos semanas, pero tuvo suerte y la consiguió en tres días. La puso, junto con la dotación de cien cartuchos, en una caja de zapatos vacía, y con ésta bajo el brazo, se presentó por segunda vez en la casa del Molino, se acercó al encargado de la cantina y le dijo que quería hablar con la dueña. Serafina salió a saludarlo radiante, lo hizo pasar a su cuarto, en donde él le entregó la pistola, ella a él el dinero y cerrado el trato pasaron la noche juntos.

Pasados tres días, el capitán vuelve a presentarse en la casa del Molino. Esta vez son las once de la mañana. El capitán está uniformado. Toca a la puerta de la casa, porque la del cabaret está cerrada, y cuando la Calavera le abre, pregunta por la señorita —Serafina fue señora para todos y señorita nomás para él—. Después de hacerlo esperar un rato en el corredor, ella apareció, sofocada y ruborosa, en bata lila. El capitán le dijo que venía por ella para darle su primera lección de tiro. Serafina se vistió rápidamente y se puso un sombrero ancho con holanes que la protegiera del sol. Creía que el capitán iba a llevarla, como le había dicho, a un lugar desierto, en el campo. No fue así. Abordaron un autobús Flecha Escarlata que los llevó a Concepción de Ruiz, el pueblo en donde el capitán estaba destacado.

(Este viaje de Serafina a un pueblo que ella no había visto más que de lejos como un caserío en medio de un llano fue determinante en su vida y en las de los demás protagonistas de esta historia. Concepción de Ruiz no está sobre la carretera de Mezcala, que une Pedrones con San Pedro de las

Corrientes, sino conectado con ella por una desviación de tres kilómetros.)

El capitán había inventado patrullas, escoltas y ejercicios a campo traviesa para entretener a sus soldados, de manera que aquel medio día no hubiera en el cuartel más que la escuadra de guardia. Serafina recibió del capitán la instrucción preliminar sobre el uso de las armas y después hizo su primera descarga —errática— en el pequeño stand de tiro del destacamento, sin que la contemplaran ojos indiscretos ni se hicieran comentarios burlones. Terminada la práctica, el capitán la llevó a la comandancia, en donde el catre de campaña resultó demasiado estrecho y el piso de cemento demasiado frío, por lo que hubo necesidad de cambiar de sitio la máquina de escribir y hacer el amor sobre la mesa de trabajo, ante un mapa detallado de la zona militar. Después, el capitán la invitó a comer en el hotel Gómez.

Ella dice que en el curso de esa comida —siempre dan seis platillos— comprendió que se había enamorado del capitán Bedoya. Se dio cuenta de que le costaba trabajo acordarse de Simón Corona, de que ya no le interesaba la venganza y se arrepintió de haber, gastado mil doscientos pesos en una pistola que la dejaba sorda después de cada disparo.

Ella ha de haberle dicho al capitán:

—Cuéntame tu vida.

El ha de haberle hablado entonces de la esposa que tenía en Atzacapozalco, a quien había conocido, conquistado, seducido e impregnado durante el baile de graduación en el Colegio Militar, de los cuatro hijos que tenían —especialmente la niña, Carmelita—, del día en que su esposa lo encontró en el Paseo Viejo de la ciudad de Puebla, comiendo chalupas acompañado de otra mujer, de la reclamación que ella le hizo y de los puñetazos que él le dio hasta tirarla en el piso. Ha de haberle dicho también que cada dos o tres años la pareja se reunía en un intento infructuoso de rehacer el matrimonio. (Nota: estas reuniones del capitán y su esposa no volvieron a ocurrir, él estaba destinado a vivir con Serafina, felices ambos, tres años, y a no separarse de ella más que para entrar en la cárcel —él en la de hombres, ella en la de mujeres.) Para terminar, el capitán ha de haberse quejado de su soledad. Serafina ha de haberlo compadecido.

El capitán pidió la cuenta, pagó y dejó un peso de propina —nunca dio ni más ni menos, los meseros lo odiaban—. Salieron al portal. Serafina se detuvo entre los boleros y se quedó mirando la Plaza de Armas. En ese momento comprendió que aquel pueblo estaba que ni mandado hacer para abrir un tercer burdel.

HISTORIA DE LAS CASAS

1

Dice la señora Eulalia Baladro de Pinto:

Los periódicos dijeron que el negocio de mis hermanas lo heredaron de mi padre, que mi padre fue famoso en Guatáparo por sus costumbres disolutas, y que murió de un balazo que le dieron los federales. Puras mentiras. Mi padre fue un hombre honrado, comerciante, nunca puso los pies en una casa de mala nota y no vivió en Guatáparo sino en San Mateo el Grande, en donde nacimos sus tres hijas y en donde todavía hay personas que lo recuerdan con admiración y respeto. Nunca tuvo pleitos con nadie y menos que nadie con los federales. Murió en San Mateo, en el año 47, de un dolor que le vino, confesado y comulgado, sin saber, por fortuna, que mis hermanas anduvieran metidas en una vida que a él no le hubiera parecido bien.

Mi hermana Arcángela llegó a ser dueña de un antro de vicio sin querer. Ella era prestamista, uno de los deudores no le pagó a tiempo y ella tuvo que quedarse con las propiedades, entre las que había una cantinita que estaba en las calles de Gómez Farías, en Pedrones. Durante meses anduvo buscándole administrador sin encontrar ninguno que saliera honrado, por lo que no le quedó más remedio que regentearla ella misma. Le fue tan bien que a la vuelta de dos años abrió la casa del Molino, que llegó a ser famosa en Pedrones.

Años más tarde, gracias a la amistad que tuvo con un político del Estado de Mezcala, le dieron licencia de abrir un negocio en San Pedro de las Corrientes. En esa ocasión fue a visitarme y me dijo:

—Voy a radicarme en San Pedro, ¿no te interesaría encargarte de un changarro que tengo en la calle del Molino?

Yo estaba casada con Teófilo y nada me faltaba entonces, pero quise saber qué clase de changarro era para ver si podía atenderlo sin faltar a mis obligaciones domésticas. Hasta ese día supe a qué se dedicaba mi hermana. Apenas podía creerlo.

—Primero muerta —le dije— que administrar un lugar de éstos.

Arcángela tomó a mal esta respuesta y durante años estuvimos distanciadas. Al ver que yo me negaba fue con el ofrecimiento a mi hermana Serafina, porque a pesar de sus defectos siempre ha tenido la idea de que los negocios deben quedar en la familia. Serafina aceptó porque era joven, inexperta, acababa de tener una desilusión amorosa y trabajaba de hilandera en la fábrica La Aurora. Ella se quedó al frente de la casa del Molino y Arcángela se fue a vivir en San Pedro de las Corrientes en donde abrió el México Lindo, que iba a ser el cabaret más famoso de esa ciudad.

Durante muchos años pareció que Dios las socorría. Mientras mi marido y yo perdimos todo lo que teníamos tres veces, trabajando honradamente, mis hermanas se volvieron ricas viviendo de la inmoralidad.

Dice Arcángela Baladro:

El negocio de la prostitución es muy sencillo, lo único que se necesita para que salga bien es tener mucho orden.

A las ocho de la noche bajan las muchachas de los cuartos y pasan delante de mí para que yo vea que están limpias, arregladas y peinadas. Se sientan en las mesas del cabaret. El encargado de la cantina tiene la caja en ceros. Se conecta la sinfonola y se abre la cortina de acero. Empiezan a llegar los clientes. Unos ya conocen el lugar y van derecho a la mujer que les gusta y la invitan a sentarse con ellos en una mesa, otros andan destanteados o son retraídos y prefieren llegar a la barra y tomarse una copa o dos antes de decidirse. Si yo veo que pasa un rato y ellos siguen tomando en la barra, les mando alguna de las muchachas que están desocupadas a que los invite. La mayoría de los hombres se va con la primera que los invita a una mesa. En mis casas está prohibido que las muchachas beban en la barra. A veces llega un señor que prefiere esperar que se desocupe alguna de las muchachas que están trabajando en los cuartos: mientras pague lo que se toma, que espere en la barra todo el tiempo que quiera. A veces llegan varios hombres que se sientan en una mesa y

prefieren platicar entre ellos, sin que ninguna muchacha los acompañe. Lo mismo: mientras paguen, que hagan lo que quieran. Lo que no permito es que alguien —suelen ser estudiantes los que tienen esta costumbre—, saque a una muchacha y baile con ella pieza tras pieza y se vaya en la madrugada sin haber gastado un peso. Para evitar esto, la sinfonola está arreglada y entre pieza y pieza hay un descanso y tiempo para tomarse una copa. Cuando se acaba una pieza, todo el mundo a las mesas. Está prohibido pasar a bailar de la barra o de la puerta, está prohibido que las muchachas cobren por bailar, está prohibido sentarse en una mesa sin consumir. Al servir una tanda el mesero tiene obligación de entregar al cliente la nota del consumo y a la muchacha su ficha. Al terminar su visita el cliente tiene obligación de pagar la cuenta, con buen modo y dinero en efectivo.

En mis casas las bebidas son legales. En veinte años nadie me ha podido reclamar con justicia que se le sirviera algo que no era lo que había pedido. Hasta a las muchachas se les sirve lo que piden. Que alguien pidé ron, pues se abre una botella de ron y se sirve en los vasos lo que hay adentro.

El cabaret tiene dos puertas. Una da a la calle y la otra a la casa. Por la que da a la calle entra el que quiere y sale el que ya pagó. Cuando un cliente que está en una mesa con una muchacha siente que quiere pasar un rato con ella, le dice que lo lleve a su cuarto. Ella contesta que sí, porque está prohibido decir que no. El cliente paga la cuenta, los dos se levantan de la mesa y salen del cabaret por la puerta que da a la casa. Esta puerta abre a un corredor donde está la escalera. Al pie de la escalera está la mesita de la encargada de los cuartos. Ella es la que le dice al cliente cuánto es lo que tiene que pagar, porque no todas las muchachas cuestan lo mismo. El cliente entrega el dinero a la encargada de los cuartos y ésta le entrega a la muchacha una ficha y al cliente una toalla. El cliente y la muchacha suben por la escalera, llegan al cuarto de ella, y allí están el tiempo que el señor haya contratado. Cuando terminan bajan juntos por la escalera. Esto es importante, para que la encargada de los cuartos se dé cuenta de que el cliente no ha maltratado a la muchacha. Al llegar al corredor se separan. El cliente puede regresar al cabaret, si quiere, y si no, puede salir a la calle por la puerta de la casa. La muchacha regresa al cabaret y sigue trabajando. Una buena trabajadora puede ganar tres, cuatro y hasta diez fichas en una noche.

Testimonio de la empleada Herminia N:

Nací en el pueblo de Encarnación, Estado de Mezcala. Éramos muy pobres. Soy la tercera de ocho hermanos. Cuando tenía catorce años conseguí un trabajo de cuidar niños. Ganaba veinticuatro pesos al mes.

Una tarde llegó a mi casa una señora que se llamaba Soledad, que habló con mi mamá y se comprometió a conseguirme un trabajo de criada en Pedrones. Dijo que me darían comida, casa y doscientos pesos al mes. Mi mamá quiso que me fuera esa misma noche con la señora Soledad. En el camión iban otras dos muchachas que también iban a trabajar de criadas. Cuando llegamos a Pedrones dormimos en la casa de la señora Soledad y al día siguiente ella nos llevó a la casa de la señora Serafina. Desde que entré en esta casa me dí cuenta de que no era una familia como las demás, porque en el corredor andaban varias mujeres en refajo. La señora Serafina me aceptó, pero no quiso a las otras dos muchachas que se fueron con la señora Soledad y no volví a verlas. La señora Serafina me llevó a un cuarto y me dijo:

—Éste va a ser tu cuarto. Aquí puedes tener tus cosas y estar tranquila.

Dicho esto se fue y me dejó sola en el cuarto. Yo estuve un rato muy largo allí sentada, sin atreverme a salir. En la tarde, la señora Serafina abrió la puerta. Yo me asusté, porque con ella venía un señor de bigotes.

—Este señor que ves aquí —me dijo la señora Serafina—, es muy amigo de la casa, se llama don Nazario. Quiere ver qué tan nuevecita estás.

(Sigue una descripción detallada de sus primeras experiencias, que fueron terribles. Dice que al principio sufrió mucho, pero que después se acostumbró y que llegó a gustarle ese género de vida. Dice que ganaba muchas fichas rojas y azules y que llegó a tener catorce vestidos. Se queja de que nunca le alcanzó lo que ganaba para pagar lo que Serafina le descontaba por concepto de alojamiento, comida, los vestidos que compraba y los doscientos pesos que Serafina enviaba a la madre cada mes —la declarante y su madre nunca se comunicaron por carta, por no saber ni la primera escribir ni la segunda leer—. Se queja también de que los doscientos pesos nunca los recibió su madre. Esto lo supo ocho años después, el día en que la encontró accidentalmente en un

mercado. Dice que no quería ver a su familia porque creía que se avergonzarían de ella cuando supieran en lo que se había convertido.)

Testimonio de Juana Cornejo, alias la Calavera:

Encontré a las señoras Baladro por casualidad. Yo vivía en un rancho y necesitaba dinero porque un hijo que yo tenía estaba enfermo. Fui a Pedrones a pedir trabajo y anduve de casa en casa tocando en las puertas, hasta que llegué a una que abrió la señora Arcángela. Ella me dijo: —Sí, aquí hay trabajo, pero no de criada. Si vienes a trabajar en esta casa será de puta.

Yo acepté y ella me adelantó veinte pesos para las medicinas, que de nada sirvieron, porque mi hijo se murió a los pocos días. Yo me quedé con las señoras.

(Sigue una lista de los lugares en que trabajó. Cuenta cómo la señora Serafina la nombró encargada de los cuartos y las instrucciones que le dio: "que nadie se vaya sin pagar, si alguien alborota, llamas a Ticho" —el coime—. Dice que en los doce años que desempeñó este cargo no tuvo ninguna dificultad con las patronas. Termina así:)

Las señoras no tuvieron queja de mí ni yo la tengo de ellas, porque me dieron todo lo que me hacía falta, por eso digo que son mujeres legales y que si la policía nos trajo a la cárcel fue por mala suerte.

Durante años las Baladro tuvieron la idea de abrir un tercer negocio. Comprendían que tanto la casa del Molino como el México Lindo estaban en zonas indiscretas —es decir, rojas—, lo que hacía que cierta clase de clientes aprensivos no patrocinara estos establecimientos con la frecuencia que ellos —o las dueñas— hubieran querido, por el miedo que les daba que algún conocido los viera caminar en la madrugada por un barrio tan mal reputado. Ésta es la razón por la que Serafina consideró que Concepción de Ruiz era el pueblo adecuado para abrir el tercer negocio: está bien situado, a 20 kilómetros de Pedrones y a 23 de San Pedro de las Corrientes, y es tan pequeño y tan olvidado que es casi secreto.

Serafina Baladro relata así los inicios del Casino del Danzón:

"No habían pasado ocho días de que conocí Concepción de Ruiz, cuando Hermenegildo —el capitán Bedoya— fue a verme con la noticia de que acababa de encontrar un terreno que estaba que ni mandado hacer para construir un negocio. Veintidós metros de frente tenía, por ochenta y cinco de fondo. Era propiedad de dos ancianas que necesitaban venderlo para pagar lo que costaba internar a un hermano suyo en el manicomio que tenían en Pedrones las monjas del Divino Verbo. Treinta y tres mil pesos querían por su terreno.

"A mí me gustó la propiedad desde la primera vez que la vi, pero mi hermana, sin verlo, le puso peros, porque había dado por parecerle mal todo lo que recomendaba Hermenegildo.

"—Te lo presenté para que te vendiera una pistola, no para que fuera tu amante —me decía.

"Y yo le contestaba:

"—Tengo derecho a vivir mi vida, ¿o no?"

"El caso es que una tarde, Hermenegildo y yo la esperamos en la puerta del terreno, para enseñárselo, creyendo que no iba a gustarle. Llegó en el coche del Escalera, entre una nube de polvo. Antes de bajarse empezó a encontrarle defectos a la calle: había hoyancos; las bardas eran de adobe. Mientras esperábamos a que nos abrieran la puerta dijo que el número 85 era de mala suerte, por sumar 13.

"Pero apenas entró cambió de opinión. Le gustó el tamaño, las bardas, los dos árboles de aguacate, el limonero, la buganvilia y el precio.

"—Aquí —dijo al llegar a un rincón del corral— voy a hacer un gallinero."

Antes de tomar determinación, las Baladro consultaron al licenciado Canales —un señor que tenía un puesto importante en el gobierno del Estado— sobre las dificultades que podría haber para obtener licencia de operar un nuevo negocio. El les contestó que ninguna. Eran los primeros meses del régimen del Gobernador Cabañas, antes de que a nadie se le ocurriera que a éste iba a darle por perseguir la prostitución.

Serafina y Arcángela decidieron comprar. Pusieron dinero en partes iguales y la propiedad, al ser escriturada, quedó a nombre de las dos. Conviene advertir que el capitán Bedoya cobró comisión a los vendedores por conseguir clientes que pagaran tan caro, a las compradoras, por conseguir un terreno barato, se quedó con quinientos pesos de lo que ellas le entregaron al notario y con mil

quinientos de lo que le dieron a él, Bedoya, para que repartiera entre los notables del municipio.

Esto ocurrió a mediados de febrero, el 28 las Baladro comisionaron a un arquitecto para que hiciera un proyecto "de un burdel como no ha habido otro en estos rumbos". Era un arquitecto que estaba en Pedrones de paso, procedente de Tijuana, en donde, según la fama, había construido varios burdeles. No le dijo a nadie que andaba huyendo de uno de sus clientes, que había quedado inconforme. Las Baladro le entregaron quinientos pesos.

El proyecto las dejó encantadas: quince cuartos con quince baños, un cabaret que figuraba el fondo del mar —levantaba uno los ojos y veía mantarrayas y tiburones colgando del techo—, dos salones reservados, uno estilo mozárabe, el otro, chinesco, y una alberca cubierta, que nadie pudo entender para qué servía, puesto que ninguna de las empleadas y casi ningún cliente sabían nadar.

Los quinientos pesos que le entregaron al arquitecto de anticipo fue todo lo que pagaron las Baladro por el proyecto, porque la noche del día en que se los entregó, el arquitecto se dio cuenta de que lo andaban siguiendo, y emprendió la huida. Sus perseguidores lo alcanzaron en Tehuacán, cuando orinaba en el mingitorio de un restaurante, y le dieron once balazos.

Las Baladro construyeron el edificio tal y como estaba en los planos, bajo la dirección de ellas mismas, el asesoramiento de un maestro de obras de confianza, el consejo de un joven que había decorado un salón de belleza en Pedrones, y la vigilancia del capitán Bedoya, "que era como de la familia", y que como la obra quedaba cerca del cuartel iba a revisarla todos los días, como si fuera el dueño.

El resultado de estos trabajos se llamó el Casino del Danzón. Al contemplar este edificio en la actualidad (1976) cuesta trabajo creer que fue construido hace apenas quince años. Parece ruina de alguna civilización olvidada —el joven decorador se empeñó en adornar la fachada con un bajorrelieve de estuco que se ha ido desmoronando—. Sobre la marquesina puede verse todavía los restos del letrero que dice:

EL SINO DE D ON

Abre la puerta un viejo. Es el cuidador, policía retirado, quien por veinte pesos —o menos— permite la entrada al curioso —o un grupo de éstos— al lugar donde ocurrieron las iniquidades —que veremos más tarde—. El cuidador acompaña la visita de una explicación.

Éste es el cabaret. Está iluminado por un solo foco eléctrico. En el centro de la pista de baile hay un agujero de tres metros de diámetro, rodeado de un montón de tierra. Las mesas y las sillas están apiladas en un rincón, dos mantarrayas de yeso se cayeron al suelo y se hicieron pedazos, un tiburón suspendido de la cola, se mece —hay chiflones— paseando las fauces a dos metros del piso. Un acuario eléctrico, que ocupa casi toda la pared, está apagado y medio destruido. Las algas y las colas de medusa de cartón, que colgaban como guirnaldas, han desaparecido, lo mismo que las bolas de vidrio azulado —"la luz, entre verde y violeta, salía de unas bolas de vidrio azulado que parecían burbujas enormes. . .", dice una descripción.

En la parte superior del muro opuesto al acuario eléctrico, en un lugar inesperado, hay un balcón, cuyo barandal ha desaparecido.

En el salón Bagdad, uno de los reservados, pueden verse los estragos de la intemperie. Alguien se llevó la armazón de la ventana y hay un boquete en el techo. Durante la época de lluvias, dice el cuidador, los muros se cubren de musgo, en la primavera, en cambio, anidan en él las golondrinas. En este cuarto ruinoso, de piso amarillo y negro, se llevaba a cabo la "variedad", que hizo famoso al Casino del Danzón. Hubo quien hizo el viaje desde Mezcala nomás para verla. Más tarde, en la época negra, el salón Bagdad fue uno de los "cuartos tapiados".

La alberca ha estado vacía casi desde la inauguración del cabaret —el agua era demasiado fría y nadie se atrevía a meterse en ella—. La familia del cuidador la usa para guardar triques.

Todos los cuartos dan al corredor y recuerdan, más que un lupanar, un convento. Están todavía amueblados, puesto que la situación legal del Casino sigue siendo una maraña. Las mujeres vivían en escasos diez metros cuadrados, moviéndose con trabajos alrededor de una cama enorme. Además de la cama, cada cuarto tiene un ropero, un tocador con espejo, y una silla de tule. Junto a cada cuarto hay un bañito minúsculo y elemental.

Cada mujer tenía en su cuarto algo que lo hacía distinguirse de los demás: un Divino Rostro en la puerta, una jarra de vidrio pintado, una cabeza de indio piel roja de barro, un calendario que

representa el rapto de la Malinche, la fotografía de una amiga, una plancha eléctrica, etc. Después de mostrar los cuartos, el cuidador conduce al visitante al corral, para que vea las excavaciones, que son la principal atracción. En la mayoría de los casos, parece, aquí termina la visita. Sin embargo, cuando la propina es generosa, el cuidador conduce al visitante a la habitación de Arcángela y le muestra, como bonificación, una fotografía que cuelga de la pared, en la que aparece un cadáver: es el de la madre de las Baladro, que fue retratada cuando estaba tendida en el ataúd, entre cuatro cirios.

Terminada la visita y de regreso a la calle, el visitante debe volver la mirada para notar una circunstancia importante: en la calle Independencia sólo hay dos casas de dos pisos, el Casino del Danzón y la de junto, que fue propiedad de la señora Aurora Benavides, quien, gracias a esa peculiaridad de su casa, pasó seis años en la cárcel.

DOS INCIDENTES Y UN TROPIEZO

1

Las Baladro inauguraron el Casino del Danzón en la noche del 15 de septiembre de 1961. Entre los que asistieron a la fiesta estaban el licenciado Canales, secretario particular del Gobernador en el Estado del Plan de Abajo, y el licenciado Sanabria, secretario particular del Gobernador en el Estado de Mezcala, el diputado Medrano, un líder ferrocarrilero y dos líderes campesinos, el gerente del Banco de Mezcala —sucursal en San Pedro de las Corrientes—, varios comerciantes y el dueño de un establo que tenía más de cien vacas. Dos de los tres presidentes municipales que habían sido invitados llegaron a las dos de la mañana, apenas concluyeron las ceremonias del Grito en sus respectivos municipios, etc. Las Baladro habían llegado a la cúspide de su carrera social, pero ellas no lo sabían, creían que todavía les quedaban muchas cimas por escalar.

A las doce de la noche —la fiesta empezó tardesito— se abrió la vidriera del balcón y en él aparecieron Arcángela, con una campana en la mano, y el licenciado Canales, con la bandera nacional. Arcángela tocó la campana para llamar la atención y los que estaban abajo aplaudieron. Cuando hubo silencio, el licenciado Canales agitó la bandera y gritó lo siguiente:

—¡Viva México, viva la Independencia Nacional, vivan los Héroes que nos dieron libertad, vivan las hermanas Baladro, viva el Casino del Danzón!

Los que estaban abajo contestaron con un griterío, apoyando al licenciado Canales. Arcángela, dicen, cogió la campana con ambas manos y volvió a repicar.

(Este fue el primer incidente. El diputado Medrano y uno de los líderes campesinos consideraron que los vivas a los Héroes y a las hermanas Baladro constituían una mezcla blasfema y fueron con el chisme al Gobernador Cabañas, quien inmediatamente retiró su amistad y quitó el empleo al licenciado Canales, cortando así el único apoyo que tenían las Baladro en el Palacio de Gobierno del Plan de Abajo.)

En la fiesta de inauguración, las Baladro se vistieron, por única vez en sus vidas, de largo — Serafina describe su vestido como tornasolado—, recibieron a sus invitados en el comedor de la casa y hasta que estuvieron reunidos los hicieron entrar en el cabaret. La impresión que causó el decorado fue imborrable. Cuando las exclamaciones se calmaron, entraron las muchachas, bien vestidas y adornadas. En ese momento Serafina anunció que aquella noche todo era gratis. Este aviso provocó confusión: los invitados entendieron que todo era gratis, hasta las mujeres, ellas, en cambio, entendieron que si nadie iba a pagar consumo no tenían obligación de acostarse con nadie.

Después del Grito, dicen los testimonios, los invitados fueron conducidos por Arcángela al salón Bagdad, en donde por primera vez se hizo la variedad, en la que participaban tres mujeres. Algunos de los señores se excitaban más de la cuenta y hubieran tomado parte en el espectáculo si Arcángela no se los hubiera impedido. Cuando el grupo regresó al cabaret, se generalizó el baile y ocurrió el segundo incidente.

Fue así: el licenciado Sanabria, a quien nadie le había notado tendencias equivocadas, se sintió impulsado por una pasión oscura y sacó a bailar al Escalera —que había entrado en el cabaret a dar un recado—. Los dos hombres bailaron un danzón —"Nereidas"— de principio a fin ante las miradas horrorizadas de todos los presentes —nadie más se atrevió a bailar—. Al terminar la pieza, el Escalera dio las gracias y se retiró. El licenciado Sanabria intentó bailar con varios señores que no aceptaron su invitación, comprendió que había hecho el ridículo, y les guardó para siempre mala voluntad a todos los que habían presenciado su deshonra, y en especial a las Baladro, por haberlo puesto en la tentación. Esta mala voluntad desempeñará un papel importante en esta historia, como veremos más adelante.

Descripción de un tropiezo:

¿Cómo fue que al Gobernador Cabañas se le ocurrió hacer algo que a nadie, en el Plan de Abajo, le había pasado por la cabeza en ciento cuarenta años de vida independiente: prohibir la prostitución?

Para explicar esta incógnita hay varias versiones que apuntan a motivos que son como ramas que brotan de una misma raíz, que es ésta: Cabañas fue, de todos los gobernadores que ha habido en el Plan de Abajo, el más ambicioso y el más resistente. Mientras que los demás han sido políticos de provincia que llegaron al Palacio de Gobierno exhaustos, el Gobernador Cabañas llegó fresquecito, con ganas de seguir adelante y de llegar más lejos. Su condición rozagante, unida a la reflexión de que en ciento veintitantos años el país no había estado gobernado por un oriundo del Plan de Abajo, lo hicieron concebir la idea de que él era "presidenciable".

Ordenó el Estado como una República en chiquito —la Oficina de Rentas se llamó Secretaría de Hacienda, la Junta de Mejoras, Secretaría de Obras Públicas, etc.— y trató de demostrar que podía gobernar el primero y que iba a poder gobernar la segunda si los "poderes de arriba" le daban la oportunidad.

Además de cambiar de nombre a las dependencias, Cabañas emprendió varias obras monumentales —un palacio, una carretera y un túnel— que costaron mucho dinero y que produjeron un déficit. Para contrarrestarlo, Cabañas tuvo que aumentar los impuestos.

Quiso hacerlo de la manera menos dolorosa para los causantes y por esta razón organizó las Jornadas Patronales. Estas consistían en que el Gobernador en persona llegaba a las ciudades, reunía a los comerciantes del municipio en el casino de cada lugar, y les demostraba que lo que estaban pagando de impuestos al Estado era una miseria y que era urgente que pagaran más. Los comerciantes respondieron a este llamado diciendo que el Estado era una pocilga y que no valía lo que les cobraban. Se quejaron de todo, desde el diámetro insuficiente de las atarjeas y la falta de agua hasta los antros de vicio que abundaban, "tolerados por las autoridades".

El resultado de las Jornadas fue que Cabañas aumentó los impuestos y para contentar parcialmente a los quejosos, corrigió, de los defectos expuestos, el que tenía remedio más barato: mandó cerrar los burdeles.

La Ley de Moralización del Plan de Abajo, que proscribía la prostitución y el lenocinio y hace delincuentes hasta a los que entregan refrescos en los burdeles, fue presentada por iniciativa del Gobernador Cabañas ante el Congreso del Estado, discutida durante media hora y aprobada por unanimidad y con aplausos, el día dos de marzo de 1962.

La aplicación de la ley, que nadie esperaba, afectó a cerca de treinta mil personas cuyas fuentes de ingreso estaban relacionadas directa o indirectamente con la prostitución, a los gobiernos municipales, cuyos ingresos estaban formados, en un treinta o en un cuarenta por ciento, de impuestos que pagaban los prostíbulos, y a cientos de empleados públicos que recibían propinas de los lenones. Ninguno de los afectados protestó:

(Se sabe que Arcángela, acompañada del licenciado Rendón, se presentó en la oficina del juez Peralta y le ofreció cinco mil pesos por un amparo. El juez describe su respuesta así: "Traté de hacerle ver a la señora Baladro que lo que me estaba pidiendo no era propiamente un amparo, sino un instrumento jurídico que le diera inmunidad respecto a una ley que había sido aprobada por el Congreso. Le dije también que aunque lo que me pedía hubiera sido un amparo tampoco hubiera podido concedérselo a ningún precio, ya que el señor Gobernador en persona nos había pedido a los jueces que no entorpeciéramos la aplicación de la ley, en la que él tenía especial interés".

La Ley de Moralización se aplicó con rigor sin precedentes en el Estado del Plan de Abajo. Para fines del mes de marzo no quedaba un prostíbulo abierto.

Serafina y Arcángela Baladro, siguiendo los impulsos de una intuición que podría parecer profética, sacaron los muebles de la casa del Molino, y en cambio, dejaron intacto el Casino del Danzón, en donde cuando los actuarios pusieron los sellos en las puertas, las camas estaban hechas. Dicen ellas que tenían el presentimiento de que Dios iba a hacerles el milagro de permitirles reabrir muy pronto su tan querido burdel modelo.

El día de la clausura en la calle del Molino, en Pedrones, hubo escenas patéticas. Había seis camiones llenos de muebles y de mujeres —en una sola cuadra había tres prostíbulos—. Hubo despedidas muy tristes entre las mujeres, porque las Baladro traspasaron a once de ellas a un individuo que tenía negocios en Guatáparo. Las banquetas se llenaron de curiosos, gente que no había puesto los pies en un burdel y quería ver lo que había adentro. Los policías que guardaban el orden tenían la mirada baja y andaban de mal humor, porque estaban perdiendo el sobresueldo. Cuando el licenciado Ávalos llegó a poner los sellos, le dijo a Serafina:

—No me lo tome a mal, doña Sera, hago esto nomás porque es mi obligación.

Durante cuatro años, ella le había dado quinientos pesos al mes.

Cuando las puertas estaban selladas y los camiones cargados, una mujer del pueblo se acercó a Serafina y le dio las gracias, a nombre de los vecinos, por haber pagado lo que costó la banquetta.

Las mujeres, las sillas, las camas, las palanganas, los colchones, los bultos de ropa, llegaron a San Pedro de las Corrientes en camiones, al atardecer de un día triste. Las patronas llegaron en coche, de humor negro.

Los primeros días fueron difíciles, porque hubo que acomodar a veintiséis mujeres donde antes nomás habían vivido catorce, por lo que hubo necesidad de dividir los cuartos, que quedaron demasiado chicos. Lo que cobró el maestro de obras le pareció a Arcángela precio de hambreador. Ella estuvo varias semanas muy abatida, creyendo que iban a quedarse en la miseria. Hasta inició tratos con una señora Eugenia, que tenía negocio en Mezcala, para traspasar otras ocho mujeres, tratos que no concluyeron, porque empezaron a llegar los señores. Unos eran clientes viejos, que vivían en el Plan de Abajo y cruzaban los límites de su Estado en busca de esparcimiento, otros eran clientes nuevos, del Plan de Abajo también, gente que nunca había pisado burdeles, pero que al verlos cerrados y proscritos había entrado en la tentación. La afluencia de forasteros en busca de placeres que estaban prohibidos en otras partes actuó como estímulo para los hombres que vivían en San Pedro de las Corrientes, y los impulsó a frecuentar más los cabarets. "Los hombres son como las moscas", dice Serafina, "mientras más ven que se juntan, más se juntan".

En el México Lindo había aglomeración todas las noches. Los sábados las mujeres no se daban abasto. Serafina decidió comprar una sinfonola nueva y ella misma la pagó. El capitán Bedoya vio a las Baladro tan prósperas en San Pedro de las Corrientes, que empezó a gestionar su traslado al regimiento que tenía su base en ese lugar —lo que más le molestaba de vivir él en Concepción de Ruiz y Serafina en San Pedro, eran los dos viajes diarios que tenía que hacer en los autobuses de la Flecha Escarlata: llegó a estar convencido de que iba a acabar sus días víctima de un accidente en la cuesta del Perro—. Arcángela dio en decir que nunca les había ido tan bien en el negocio, y que lo que Dios les había arrebatado a ella y a su hermana con una mano, se los estaba devolviendo con la otra. En eso llegó diciembre y ocurrió el incidente de Beto.

UNA VIDA

1

El hombre baja la cuesta con los hombros erguidos, los brazos rígidos, los puños cerrados, la cabeza gacha, las piernas tías a veces y a veces lacias, los pies encuentran el suelo a medio camino o bien pierden fondo en el escalón y lo obligan a dar un traspié. (Los que lo vieron pasar, después se supo, creyeron que estaba borracho.)

Son las nueve de la noche. La bajada del Santuario es una calle empedrada, con escalones cada vez que hace falta, bordeada de casas de dos pisos, con muros de colores y puertas cerradas. Hay un farol cada cien metros. Al pie de la loma están las luces del centro. El cielo se ilumina cada rato con los fuegos artificiales que hay en la plaza de la Concepción. Se oyen cohetes, bandas de música, sinfonolas, mariachis, voces, gritos de alegría ranchera, aullidos de perros. Es el ocho de diciembre.

El hombre no tiene ánimos para saber de esto: lleva la mirada turbia fija en el suelo, está absorto en llegar a la meta. Los perros que lo ven pasar le ladran y luego se acercan a oler la sangre que escurre. Unos cincuenta metros más arriba de la cuesta, siguiendo sus pasos, van los dos agentes de la Judicial, que se detienen cuando él se detiene a tomar aliento, apoyado en el tronco de un fresno, y que echan a andar cuando él sigue su camino terco.

Al llegar al pie de la loma viene la prueba más grave. En la esquina el hombre se detiene y, sin levantar la mirada, como reconociendo las piedras del piso, da la vuelta a la derecha y va por la calle de Allende, caminando con paso más lento. La gente lo ve pasar, tropezar, golpearse con la pared y dejar una mancha que nadie reconocerá hasta el día siguiente.

—Aquí dejó la sangre el muerto —dirán las mujeres, señalando el borrón negruzco.

El hombre va de un traspié en otro, pierde el sentido de dirección, cruza la calle de sesgo y se estrella con un puesto de fritangas que está en el umbral de una casa. La mesa, el anafre, las brasas, el sartén y los tacos, se separan con estruendo y van a caer, cada cual por su lado, en el empedrado. El hombre sigue su camino, cada vez más torpe y cada vez más rápido. La gente le abre el paso. La fritanguera lo persigue, lo alcanza, empieza a reclamarle, pero la palidez que le nota la cohibe y regresa desalentada a recoger los tacos.

"México Lindo", dice el letrero de luces. El hombre, haciendo un esfuerzo supremo, sube el escalón de la entrada, aparta las hojas de la puertecita, entra en el cabaret lleno de humo, empuja a dos parroquianos, se apoya en una mesa cuyos comensales lo miran sin reconocerlo, vuelca un vaso y cae al piso.

El rumor de la conversación cesa cuando una mujer grita. La gente se amontona. La sinfonola automática empieza a tocar un mambo. Alguien, sensato, la desconecta. Hay un silencio. Serafina, que está en la caja, cruza la pista de baile, se abre paso entre los curiosos y llega hasta el lugar que es el centro de la atención. Se da cuenta de que el cadáver que está en el suelo es el de su sobrino.

2

Lo que se sabe de la vida de Humberto Paredes Baladro, el hijo de Arcángela, tiene tantas lagunas como lo que se sabe de su muerte.

Nació en 1939, en la casa del Molino. Su madre fue Arcángela y su padre un hombre del que se ignora todo menos que se apellidaba Paredes. (Al ser interrogada acerca de este individuo, Arcángela finge sordera.)

Serafina dice que en los meses anteriores al nacimiento encontró a su hermana en el mercado y que la notó embarazada, pero que no se atrevió a comentar el fenómeno, por parecerle "que hubiera sido falta de respeto". Supo que Arcángela había dado a luz cuando fue invitada al bautizo. Está segura de que ni entonces ni después hizo mención la madre del padre de la criatura.

El niño creció en el burdel, pero Arcángela decidió hacer de él un hombre de provecho. Le tenía prohibido, dice la Calavera, salir del patio, subir las escaleras, entrar en los cuartos y asomarse en el corral. A las empleadas, Arcángela les prohibió explicarle al niño lo que buscaban los hombres que

entraban en la casa. Ambas prohibiciones surtieron tan buen efecto, que cuando Humberto Paredes entró en la escuela Josefa Ortiz de Domínguez era completamente ignorante. En el primer día de clases, sus compañeros, que sabían quién era, lo instruyeron. Cuando el niño regresó a la casa preguntó a la Calavera, "¿tú eres puta?", la Calavera contestó que sí, el niño preguntó si su madre era puta, la Calavera contestó que no, que era madrota.

Al tercer día de clases, la directora de la escuela oyó gritos acompasados en el patio y salió a ver qué pasaba. Vio a treinta niños brincando en círculos "como indios pieles rojas" y gritando "hijo de la Baladrona". En el centro de los círculos estaba el alumno Paredes Baladro, que lloraba.

Humberto fue enviado a su casa con un mozo, un sobre con los treinta pesos que Arcángela había pagado por la inscripción y un recado de la directora que rogaba a la madre enviar al niño a otra escuela.

Al leer este mensaje Arcángela comprendió que había llegado el momento de separarse de su hijo. Con el objeto de alejarlo del vicio lo inscribió, a partir de ese día, en escuelas que estaban en ciudades lejanas, en donde nadie sabía el nombre de la madre ni sospechaba su oficio.

En la época que sigue, Arcángela le escribía a su hijo cartas semanales, muy largas, con tinta verde en papel rayado, en las que le daba consejos, untarse sebo detrás de las orejas para protegerse del enfriamiento, dormir con los pies apuntando al sur para evitar el mal de ojo, etc., de las que se conservan nomás las que el hijo traspapeló. El contestaba con misivas cortas, pidiendo dinero —no se sabe de dónde sacó Arcángela la idea de que el dinero era el peor corruptor de menores—, que no surtieron efecto, pero que Arcángela conserva hasta la fecha en una cajita de Olinalá.

El niño cambió varias veces de internado. La primera, cuando el encargado del Ignacio Allende, en Muérdago, descubrió dos horadaciones en la pared del baño que usaba su esposa. Según revelaron varios internos, al ser interrogados, las horadaciones, que daban a un pasillo poco transitado, habían sido hechas por el alumno Paredes Baladro —que tenía doce años—, quien cobraba a sus compañeros un tostón por ver a la esposa del encargado en la tina de baño, y veinte centavos por verla sentada en el excusado.

Un año después, varios alumnos de la escuela Juan Escutia, de Cuévano, se quejaron a la dirección del plantel de que el alumno Paredes Baladro los explotaba. Les cobraba un peso semanal a cada uno, y si no se lo daban, los hacía golpear por el alumno Gutiérrez Carrasco —alias el Gorila.

Se sabe que ingresó en la escuela de Medicina, en Cuévano, pero no terminó el primer año. Sus estudios se interrumpieron bruscamente el día en que le dio una puñalada a un compañero —no se sabe el motivo—. El hecho ocurrió en un salón de clases, llegó la policía, hubo un lío. Arcángela tuvo que intervenir. Pagó la curación del herido y le dio a la familia una indemnización muy grande para que retiraran los cargos —le tocó la suerte de tratar con gente pobre y razonable—, compró testigos, compró al juez y no descansó hasta ver a su hijo libre, en la calle. El licenciado Rendón la convenció de que lo mejor sería que Humberto se fuera a los Estados Unidos mientras pasaba el escándalo.

Un año pasó Humberto Paredes en Los Ángeles. La madre tenía la esperanza de que aprendiera inglés y que con ese conocimiento pudiera establecerse en el comercio. Se equivocó nomás a medias: Humberto regresó a San Pedro de las Corrientes sin hablar una palabra de inglés, pero en cambio trajo las semillas de amapola que iban a constituir la fuente de sus ingresos en los pocos años que le quedaban de vida.

Humberto Paredes siguió viviendo en el México Lindo, pero por instrucciones de los que lo empleaban —parece— alquiló una casa en la calle de Los Bridones, en donde en apariencia compraba y vendía semillas y en realidad ha de haber guardado la droga y hecho las transacciones. Conviene advertir que la policía no encontró nada comprometedor en ella después de la muerte de Humberto, ni logró descubrir quiénes eran sus contactos.

3

En las tres fotos que se conservan de Humberto Paredes aparece la misma cara ancha y chata, la mandíbula firme que heredó de su madre, el pelo lacio de indio y el rictus propio del autócrata: una especie de Benito Juárez del hampa. En la primera foto el sujeto aparece al volante del Buick convertible —rojo sangre, dicen los que lo vieron— que compró con el primer producto de su trabajo y que constituyó el único lujo que tuvo en su vida. Al fondo de la foto se ve un huizache. En

la segunda foto está de perfil, con suéter rayado. Con la mano derecha empuña la escuadra calibre .38 que llevaba en la bolsa cuando fue asesinado. A pesar de que Arcángela afirma que nunca vio a su hijo usar un arma de fuego, la barda que se ve al fondo de la fotografía es sin duda la del México Lindo. En la tercera foto Humberto aparece en traje de baño, con el pelo mojado. Sonríe mirando a la cámara y rodea con el brazo el talle de una mujer que es bella de pueblo, lleva el pelo en racimo de bucles artificiales, y tiene puesto un traje de baño espectacular.

4

Dice que ya lo había visto en el coche rojo, que no le simpatizaba por parecerle que "nomás quería llamar la atención" —Humberto usaba una camisa roja y anteojos verdes, abría el escape del motor, tocaba la bocina con frecuencia, etc. —. Un día ella iba cruzando la calle cuando él apareció en el coche, tomó una vuelta forzada y estuvo a punto de atropellarla. Cuando la vio asustada, detuvo el coche y en vez de disculparse, abrió la portezuela y la invitó a subir. Ella, sintiéndose ofendida, siguió su camino. Él fue tras de ella en el coche, a vuelta de rueda, sin decirle ninguna de las cosas que los hombres les dicen a las mujeres en estos casos. Esto la extrañó. Fue en el coche tras de ella hasta la subida del Santuario, que es transitable nomás a pie. Cuando vio que ella tomaba la cuesta dejó el convertible y la siguió de lejos, sin tratar de alcanzarla, "sin decirle cosas groseras ni acercarse a ella con intenciones de tocarla". Ella llegó a su casa, entró, cerró la puerta, subió a su cuarto y asomó a la ventana a tiempo para verlo, parado enfrente de la casa, titubear un instante y empezar a bajar la cuesta. En los días que siguieron lo describió a varias de sus amigas y ellas le dijeron lo que se decía de él: que era hijo de la Baladrona, que le había dado una puñalada a un muchacho, que había estado en la cárcel, que había tenido que salir del país mientras pasaba el escándalo, que era traficante de drogas, además de varios crímenes imaginarios.

El agente Demetrio Guillomar llegó a Pedrones con instrucciones precisas. Su misión consistía en descubrir al intermediario entre los campesinos productores de amapola y los que la refinaban, y en reunir pruebas para abrirle juicio. Como había la sospecha de que el intermediario gozaba de la protección de las autoridades locales, Guillomar tenía órdenes de no comunicarse con éstas ni revelar el motivo de su visita. Se registró en el hotel Francés como agente vendedor de seguros de vida y pasó varias semanas en la región sin resultados. De pronto descubrió algo. No se sabe qué ni cómo: es posible que siguiendo la pista de Bedoya —quien había descubierto los sembradíos y quemado las cosechas— haya dado con Humberto Paredes, cuyo nombre aparece por primera vez en el archivo de la policía judicial el día 15 de noviembre, en un comunicado de Guillomar.

Dice que sufría mucho. Que no sabía si creer lo que decía la gente: que Humberto era un hombre malo, o lo que le decía su corazón: que no podía ser malo uno que era tan cariñoso. Conserva todavía un jarro de loza de Cuévano que él le regaló y que dice "amor sincero". No aceptó nunca subirse con él en el coche, ni cuando la invitó a tomar helados en Muérdago, en primer lugar, porque era abierto, y podía verla la gente, en segundo, porque creía que si se subía en un coche sola con un muchacho perdería la virginidad, que había decidido conservar hasta su matrimonio. Estas limitaciones no dejaban a la pareja más alternativa que pasear conversando por las calles que están cerca del río, que están arboladas y son solitarias. En estos paseos, Humberto le contaba cosas de su vida que no coincidían con lo que decía la gente, por lo que Conchita dudaba si lo que le estaba diciendo era la verdad o si la estaba engañando. Ella le hablaba del futuro, de sus planes matrimoniales, de los hijos que iba a tener, de cómo se iban a llamar y de la educación que ella les iba a dar. No comprendía que estas conversaciones lo exasperaban hasta el día en que, tomándola del brazo firmemente la llevó al talud, la tumbó en el piso y le arrancó los calzones. Hecho esto, Humberto quedó un momento como azorado, que Conchita aprovechó para salir corriendo. El no la siguió. Al día siguiente, Humberto la esperó en donde sabía que tenía que pasar —Conchita da clase en una escuela de monjas— y le pidió perdón. Ella le dijo que no quería volver a verlo.

El agente Guillomar hizo varios viajes a San Pedro de las Corrientes y habló varias veces con Humberto Paredes. Es posible que haya estado inclusive en la casa de la calle de Los Bridones. No se sabe qué dijeron. Quizá el agente fingió querer vender un plantío o comprar droga. Quizá no fingió nada y dijo sencillamente quién era. Existe una fuerte probabilidad de que los diez mil pesos

que Humberto retiró del banco el día 1° de diciembre hayan ido a dar a manos del agente Guillomar. En los días que siguieron, parece, Humberto tuvo su última oportunidad de escapar —que no aprovechó.

Dice que cansada de la insistencia de él accedió a ir al balneario El Farallón, que puso al principio como condición que el viaje lo hicieran en un autobús y no en el coche, que cambió de parecer al ver que los autobuses iban repletos, que se fueron en el coche, que Humberto la trató con mucha consideración y que no intentó abusar de ella. Un fotógrafo de oficio les tomó la foto que se conserva. Pasaron el día felices. Cuando regresaron a San Pedro de las Corrientes, él estaba abriendo la portezuela del coche, para que ella se apeara, cuando pasaron los dos hermanos de ella. Dice Conchita que por un momento temió que sus hermanos le reclamaran a Humberto —a ella le tenían prohibido andar con hombres—, pero ellos se fueron caminando por la banqueta, sin voltear siquiera, como si no hubieran visto nada. Eso fue lo que ella creyó, pero cuando regresó a su casa, ellos la estaban esperando, furiosos. La regañaron severamente y le prohibieron volver a ver al "hijo de la Baladrona".

—Si ese hombre vuelve a acercarse a ti, se muere —dijo uno de ellos.

Más tarde, Conchita vio que sus hermanos sacaban las pistolas que habían estado guardadas en un cajón, y que las aceitaban.

El día siete de diciembre llegó a Pedrones el agente Pacheco, se reunió con el agente Guillomar y le entregó las instrucciones que traía de la oficina central de efectuar la captura.

Dice que en la mañana del día ocho —día de su santo—, tocó a la puerta de la casa un hombre desconocido —por la descripción se deduce que es Ticho—, con un paquete envuelto para regalo que enviaba Humberto Paredes. Conchita se negó a aceptarlo. Había decidido no volver a ver a Humberto, ya que sus hermanos se lo habían prohibido.

Los agentes Guillomar y Pacheco estuvieron a punto de efectuar la captura de Humberto Paredes a las siete de la noche, cuando éste salía de la cantina El Galeón acompañado de varios mariachis. No lo hicieron por el temor de que los mariachis fueran amigos del inculpado y de que opusieran resistencia. Decidieron esperar un rato y seguir de lejos al grupo, que se fue por la subida del Santuario.

Dice que cuando oyó que los mariachis tocaban "La Ingrata" sintió una angustia muy grande. Sabía que la canción estaba dedicada a ella y que era Humberto el que se la dedicaba. Hubiera querido decirle a Humberto que se fuera, que sus hermanos estaban en la casa y que se habían armado. Pero no podía salir a la calle porque había visitas que habían ido a felicitarla y ella tenía que atenderlas. Dice que los mariachis tocaron varias canciones —"Perfidia", entre otras—, y que las personas que estaban en su casa le preguntaban, con sorna:

—¿Para quién será esa serenata, Conchita?

Dice que vio que sus hermanos salían de la sala y bajaban al patio. Que poco después de que los mariachis terminaron la última canción asomó a la ventana, que los alcanzó a ver caminando cuesta abajo, sin Humberto, que entonces oyó que tocaban a la puerta, que no pudo más y decidió ir a ver qué pasaba. Iba bajando la escalera cuando oyó los disparos. (Parece que los hermanos Zamora estaban parapetados en unas macetas. Abrieron la puerta tirando de un cordón y dispararon sobre el que estaba en el umbral, que era Humberto.)

Los agentes Guillomar y Pacheco siguieron al que iban a aprehender de lejos, cuando bajó la cuesta y cuando recorrió la calle de Allende. Cuando lo vieron entrar en el México Lindo, dieron aviso al policía Segoviano, que estaba parado en la esquina.

LA MALA NOCHE

1

Una de las mujeres sale del cabaret para avisarle a la madre. Pasado este movimiento, la escena parece cuadro plástico. Todos miran fascinados al cadáver. No se mueven más que los que se acomodan para ver mejor. Silencio.

De pronto se oye un silbatazo. Es el policía Segoviano anunciándose desde la esquina. En un instante se rompe el trance. A la contemplación fascinada y respetuosa de la muerte sigue el pánico. El silbato recuerda a la clientela que existe la policía y la hace lanzarse sobre la puerta —nadie quiere aparecer en la lista de los testigos que vieron lo que pasó en el antro—, amontonarse, arrancar las hojas, derribar el cancel, salir a la calle y desperdigarse —los más precavidos se van sin volver la cabeza hasta llegar a la Plaza de Armas—. Cuando pasa el tumulto y el policía Segoviano entra en el local no encuentra más que el cadáver, las mujeres y los meseros. Da otro silbatazo y dice:

—Nadie se mueva. Cierren las puertas.

Lo que sigue es entre triste y aburrido: mientras se espera la llegada del médico forense y del Ministerio Público, la madre, que estaba en su cuarto haciendo apuntes en la libreta, entra en el cabaret a ver qué pasa —le avisaron de algo terrible, pero no se atrevieron a decirle qué— y al ver en el piso a su hijo muerto lanza gritos extraños, inarticulados, guturales, como nadie había oído antes ni volverá a oír después. No se acerca al cadáver, ni lo toma en sus brazos, ni lo mira llorosa, como se podría suponer, sino que retrocede, se sienta en el borde de una silla y, con las manos en las rodillas, cierra los ojos y grita.

El agente del Ministerio Público hace las preguntas necesarias para levantar el acta: "¿dónde estaba usted cuando oyó los disparos?", "no oí los disparos"; "¿cómo se dio cuenta entonces de que algo raro pasaba?", "vi un muerto en el piso", etc.

El médico llega tarde, con sombrero y bufanda —está acatarrado—, pone la maleta en el piso y toma el pulso al cadáver. Después va al teléfono y pide una ambulancia, cuelga, recoge la maleta y se va a su casa.

Las mujeres encienden veladoras y las colocan alrededor de Humberto. La cara —está boca arriba— la cubren con una mascada de seda azul. Llegan los ambulantes con la camilla, ponen el cuerpo sobre ella —volcando dos veladoras— y salen cargándola. En la calle hay un gentío a pesar de ser las once y media de la noche. El agente del Ministerio Público sigue interrogando: "¿y usted qué notó?"

Humberto Paredes fue velado en ausencia. Mientras su cadáver estaba en el Hospital Civil, sobre una plancha, esperando ser autopsiado, las mujeres llorosas, vestidas de negro, se reunieron en el comedor, pusieron la mesa en un rincón, encendieron velas, se hincaron y rezaron rosarios dirigidas por la Calavera, quien había tenido una juventud devota. Arcángela no asistió al velorio. Pasó la noche tranquila, sola y amodorrada, en su cuarto a oscuras, gracias a un cocimiento de hojas de lechuga que le dio a beber la Calavera. El capitán Bedoya, a quien Serafina avisó por teléfono del suceso, llegó a San Pedro de las Corrientes en el último autobús de la Flecha Escarlata, entró en el comedor a la mitad de un Padre Nuestro, se quitó la gorra, hincó una sola rodilla en tierra y se santiguó, cosa que rara vez hacía por ser ateo. Al cabo de un rato, cuando se dio cuenta de que el difunto no estaba en el cuarto, se sentó en una silla.

A las diez de la mañana siguiente, Serafina, acompañada del capitán Bedoya y del licenciado Rendón, solicitó en la Presidencia Municipal permiso para retirar el cadáver de su sobrino del Hospital Civil. El Presidente Municipal, que era amigo de ella, le dio la noticia: había llegado una orden de clausurar el México Lindo. Serafina se alarmó al principio, pero más tarde, entre el capitán Bedoya y el licenciado Rendón la convencieron de que lo que había dicho el Presidente Municipal no podía ser cierto: equivaldría a violar la Constitución del Estado.

A las cuatro de la tarde, cuando los empleados de la funeraria estaban sacando de la casa el

féretro, llegó el actuario con la notificación: se retiraba a Arcángela *indefinidamente* la licencia de operar el México Lindo, por no cumplir el local con lo dispuesto por el Reglamento de Salubridad del Estado de Mezcala: la ventana de los excusados de hombres tenía ochenta centímetros de ancho, en vez de uno veinte, como marca la ley. Se concedía a la propietaria un plazo de veinticuatro horas para desalojar el local.

Cuando Arcángela firmó al pie del documento dándose por enterada, no sabía lo que hacía, porque el dolor la había dejado trastornada. El licenciado Rendón fue notificado por Serafina del suceso y prometió ir a buscar un amparo. Durante la procesión, la carroza fúnebre se descompuso. El padre Grajales, capellán del panteón, se negó a decir las oraciones de costumbre, por considerar que el difunto había vivido en pecado y muerto sin dar señales de arrepentimiento sincero. Cuando los enterradores echaron la primera palada de tierra, Arcángela se desmayó.

Cuando las dolientes regresaban del panteón, a las seis de la tarde, encontraron al licenciado Rendón que les dijo que ninguno de los jueces del pueblo había querido concederles amparo. Al entrar en el México Lindo se dieron cuenta de que el juez Torres había improvisado oficina en el cabaret. Con él estaban un notario público y dos mecanógrafos. El juez separó a las Baladro de sus empleadas, hizo que éstas entraran en el cabaret, que se sentaran en unas sillas que había hecho poner en un rincón a propósito, y que allí esperaran turno para pasar al otro extremo del salón en donde estaban él, el notario público y los mecanógrafos. El juez hacía preguntas en voz baja y pedía a cada mujer que contestara en voz baja también, para no influenciar a las otras, ni darles tiempo de que se prepararan. Una vez que cada mujer contestaba las preguntas que le hacía el juez, salía del cabaret.

Las preguntas que hizo el juez a cada una de las mujeres fueron: cuánto tiempo tenía de ejercer la prostitución, cuánto de trabajar con las hermanas Baladro, si había recibido mal trato y si ejercía el oficio voluntariamente u obligada por otra persona.

Las veintiséis examinadas respondieron que no habían recibido mal trato y que ejercían la prostitución voluntariamente. Este interrogatorio se llevó a cabo en condiciones propicias para que las mujeres contestaran la verdad. El interés que tiene se debe a que varias de las interrogadas declararon exactamente lo contrario catorce meses después.

El acta original de este examen está en el archivo del juzgado de San Pedro de las Corrientes.

(En los documentos referentes a la muerte de Humberto Paredes Baladro aparecen tres irregularidades: el acta levantada por el Ministerio Público da a entender que el occiso murió a consecuencia de un tiroteo ocurrido en el interior del México Lindo, a pesar de que ninguno de los que estaban allí dijo haber oído disparos; a los hermanos Zamora no se les formó juicio; los agentes Guillomar y Pacheco admiten haber bajado la cuesta siguiendo al individuo que tenían órdenes de aprehender, pero no dicen haberse dado cuenta de que se estaba muriendo. No hay evidencia de que las autoridades hayan encontrado, en el México Lindo o en la casa de la calle de Los Bridones, pruebas de que Humberto Paredes Baladro se dedicara al tráfico de drogas.)

Esa noche, en el comedor, Serafina discutió con el capitán Bedoya lo que había que hacer al día siguiente, cuando desocuparan la casa. Arcángela, parece, no tomó parte en esta conversación.

El capitán Bedoya afirma que, en vista de que todas las casas de las hermanas estaban clausuradas, aconsejó a Serafina despedir a las empleadas y dedicarse a otra actividad.

Dice que Serafina se negó a seguir su consejo por dos razones. La primera es que había un juez presente, que seguramente la hubiera obligado a pagar indemnización a cada una de las despedidas. La segunda es que el licenciado Rendón opinaba que la clausura del México Lindo era injustificada y que no iba a ser definitiva. El licenciado Rendón iba a iniciar un trámite para revocar la orden y le había prometido a Serafina que en dos meses o cuando mucho tres, ella y su hermana iban a poder reabrir su negocio.

Después de eliminar la idea de despedir a las mujeres, Serafina y el capitán discutieron dónde llevarlas mientras volvía a funcionar el México Lindo. Estudiaron varias posibilidades, desde la de llegar con veintiséis mujeres a un hotel, que se desechó por costosa, hasta repartir a las mujeres en varios burdeles de la región, que Serafina rechazó, por el peligro que había de que los lenones hospitalarios se negaran después a devolver la mercancía. La solución que adoptaron fue ilegal pero sencillísima: salir de un burdel clausurado para entrar en otro burdel clausurado. Decidieron llevar a las mujeres al Casino del Danzón, una casa con todas las comodidades, quince cuartos, en donde

podrían pasar dos o tres meses sin que nadie las viera. Los sellos que había en las puertas no había necesidad de romperlos, porque se podía entrar en la casa brincando por la azotea de la de junto, que era de la señora Aurora Benavides, una mujer de buen corazón que no les podía negar un favor a las hermanas Baladro.

Dice Aurora Bautista que Serafina las reunió en el corredor y les dijo:

—Esta misma noche nos vamos. Tráiganse nomás lo puesto, dejen en sus cuartos todo lo demás, que al fin en dos meses vamos a estar de regreso.

Por más que le preguntaron no quiso decirles a dónde iba a llevarlas.

Dice el capitán Bedoya que fue del Escalera la idea de que él, Bedoya, se sentara junto a la ventanilla del coche, con la gorra del uniforme puesta, con el objeto de que las tres barras infundieran respeto en caso de que algún policía de caminos los detuviera, por parecerle raro ver cinco coches en fila, por la carretera, en la madrugada, llenos de mujeres apeñuscadas.

Dice Aurora Bautista que estaba sentada en el coche, junto al Escalera, afuera del México Lindo, cuando salió el capitán de la casa, abrió la puerta del coche y se sentó encima de ella.

Dice el capitán Bedoya que el viaje fue incómodo, pero sin contratiempos. En cambio, cuando llegaron a Concepción de Ruiz y a la calle Independencia, estuvieron tocando en el número 83 cerca de una hora, antes de que despertara la señora Benavides y les abriera la puerta.

Dice Aurora Bautista que ella vio que Serafina le dio al capitán Bedoya el dinero que sacó de su bolsa y que el capitán Bedoya lo repartió entre los choferes, diciéndoles: —Lo que vieron esta noche se les olvida, y si se acuerdan acuérdense también de ésta —puso la mano sobre la pistola que traía colgando del cinto.

Dice el capitán Bedoya que uno de los momentos más peligrosos de su vida fue cuando tuvo que dar el brinco entre una azotea y la otra de la mano de Arcángela, porque ella se negaba a darlo sola. Estuvieron a punto de caerse los dos.

Dice Aurora Bautista que cuando llegaron al Casino del Danzón la luz eléctrica estaba cortada, no había velas y no llevaban nada de comer. Se acostaron en la oscuridad y durmieron dos mujeres en cada cuarto. A la mañana siguiente, Ticho salió brincando por la azotea y fue al mercado. Almorzaron a las dos de la tarde.

Ese día, 10 de diciembre de 1962, la señora Aurora Benavides y la señora Serafina Baladro celebraron un acuerdo de palabra, en el que la primera consintió que Eustiquio Natera (Ticho) hiciera un boquete en el muro que separa el vestíbulo de la casa de la señora Benavides del comedor de la casa de las hermanas Baladro, con el objeto de que las personas que vivían en la casa número 85 de la calle Independencia pudieran entrar y salir a la calle por la puerta de la casa número 83, sin necesidad de brincar por las azoteas. En compensación de este favor, la señora Baladro se comprometió a entregar a la señora Benavides la cantidad de doscientos pesos los días primeros de cada mes.

Ese mismo día se celebró otro acuerdo en el que la señora Benavides consiente que el mismo Eustiquio Natera conecte un alambre a su instalación eléctrica para llevar la corriente a la casa de junto. Veinte pesos al mes.

Ambos arreglos fueron respetados por ambas partes durante los trece meses que transcurrieron entre su celebración y el día en que el capitán Teódulo Cueto encontró los cadáveres enterrados en el corral.

LA VIDA SECRETA

1

En Concepción de Ruiz las casas que cuentan están alrededor de la Plaza de Armas: el Palacio Municipal, los juzgados, la Inspección de Policía y el hotel Gómez. En la Plaza crecen treinta y ocho laureles, considerados por muchos el rasgo más bello del pueblo —las iglesias, todos admiten, no valen nada—. Cinco veces cada año un jardinero los poda hasta darles la forma de un cilindro perfecto, a imitación de los árboles que hay en el Jardín de la Constitución, en Cuévano, que es la capital del Estado.

Es un pueblo chico. Tiene cuarenta y dos manzanas. A partir del centro no se puede caminar más de cuatro cuadras en ninguna dirección sin llegar a los basureros. Según el directorio telefónico, en Concepción de Ruiz hay veintiocho suscriptores, de los cuales once se apellidan Gómez.

Si se para uno en una calle que mira hacia el oriente o el sur, ve en perspectiva las paredes de adobe, la calle de tierra y en el horizonte, los alfalfares. Si en cambio mira hacia el poniente o el norte, ve recortarse sobre los techos planos el perfil azulado de la sierra de Güemes. El que camina nota que todas las puertas son iguales, de mezquite, y todas las ventanas diferentes, de fierro. Éstas las hizo un herrero natural del pueblo que se precia de nunca haber repetido un diseño.

Aparte de las ventanas y los laureles, no hay nada que distinga este pueblo, en donde no se hacen ni dulces cubiertos. Los que se venden son traídos de Murangato.

Hay cuatro casas de dos pisos: el Palacio Municipal, el hotel Gómez, el Casino del Danzón y la casa de la señora Benavides. Las dos primeras fueron construidas al mismo tiempo y se inauguraron en 1910, durante las fiestas del Centenario. Cincuenta años pasaron sin que ningún habitante de Concepción de Ruiz sintiera necesidad de tener un segundo piso, hasta que llegaron las hermanas Baladro y construyeron el Casino del Danzón. Cuando la obra estaba a medias, la señora Benavides decidió agregarle otro piso a su casa, no porque necesitara más cuartos —es viuda y vivía sola— sino por no tolerar que alguien, en la misma cuadra, tuviera una casa más alta que la suya.

La calle Independencia es la segunda a partir de la orilla. En la esquina próxima al Casino del Danzón hay un molino de nixtamal y una carnicería. Más cerca, cruzando la calle, hay un estanquillo. Los dueños de estos tres comercios sabían que las mujeres habían regresado y que estaban viviendo en la casa clausurada. Ninguno de ellos dio aviso a la policía.

Señales de vida en el Casino del Danzón que fueron observadas por los vecinos entre el 10 de diciembre de 1962 y mediados de enero de 1964:

Una mujer que vive en la casa contigua dice que con frecuencia oía en el corral voces y ruido de gente que lava ropa y una vez a varias mujeres que cantaban "Paloma Currucucú".

Un muchacho dice que una tarde decidió brincar la barda —de la casa que creía desocupada— con objeto de recoger aguacates. Estaba montado en la barda, cuando vio a dos mujeres agachadas, que se le habían adelantado.

Un empleado de la Compañía de Luz y Fuerza dice que cada vez que pasaba por la calle Independencia en la nochecita, le extrañaba ver una luz en las ventanas del comedor —las únicas que dan a la calle—, por haber él mismo estado encargado de cortar la luz de aquella casa el día que las autoridades la clausuraron.

El propietario del molino de nixtamal que está en la esquina dice que la mujer llamada la Calavera acostumbraba ir al negocio que es de su propiedad todos los días y que hacía que le molieran seis kilos de nixtamal y a veces siete.

Una mujer que vive en una casa de enfrente dice que a veces en las mañanas, cuando estaba barriendo la acera, veía salir de la casa de la señora Benavides a tres mujeres * con canastas que se iban caminando para el lado del mercado. Sabía que ninguna de las tres era la señora Benavides a quien conoce muy bien.

La misma testigo dice que le extrañaba que un militar visitara con frecuencia a la señora Benavides por ser ésta una señora recatada, socia de la Vela Perpetua.

Pedro Talavera, comerciante, dice que en una ocasión encontró en la bodega de los hermanos Barajas al individuo llamado Ticho, quien en una época había trabajado de coime en el Casino del Danzón. Dice que le preguntó: "Y ahora a qué se dedica, compadre", que el otro le contestó, "tengo unas gallinitas", dicho lo cual cargó un costal de ochenta kilos y se fue. Antes de llegar a la puerta de la bodega, del costal se cayeron varios frijoles —que no es comida de gallinas.

Un agente viajero dice que encontró en la terminal de camiones a tres mujeres que había conocido en el México Lindo y sabía que eran prostitutas. Les preguntó dónde estaban trabajando, con intenciones de visitarlas, y que ellas le contestaron que ya habían dejado la vida y que trabajaban de obreras, pero no supieron decirle en qué fábrica, lo cual le extrañó.

(Siguen más testimonios, de los que se desprende que hasta septiembre las empleadas de las Baladro salían a la calle, rara vez, en grupos de dos o tres. Ninguno de los testimonios hace mención de que funcionara la sinfonola, ni se sabe de ningún hombre que haya asistido, durante la época que nos interesa, al Casino del Danzón en calidad de cliente.)

Dice la Calavera:

En los primeros días que pasamos en Concepción de Ruiz después de nuestro regreso, la señora Arcángela no levantó la cabeza. Pasaba los días y las noches acostada en su cama, mirando al techo, en el cuarto casi a oscuras. No estaba ni dormida ni despierta. No habló con nadie ni comió. Bebía sólo los tés que yo le hacía. La señora Serafina se encargaba de todo. Ella me daba el dinero, yo iba al mercado y le hacía a ella las cuentas.

Así han de haber pasado cerca de dos semanas. Entonces, una mañana bajé a la cocina a encender la lumbre y oí un ruido. La señora Arcángela se me había adelantado, la encontré cerca del brasero, asando unos chiles. Me miró y me dijo:

—Tengo hambre.

Todo cambió. Preguntó cuánto se estaba gastando. Quiso ver las cuentas.

—Están tirando el dinero —dijo.

Le dio por la economía. Un día le pareció mal que yo comprara nopales.

—¿Si hay tantos en el cerro de balde, por qué los traes del mercado en donde cuestan dinero? Llévate a tres mujeres, que al fin no tienen nada que hacer y las pones a que corten nopales hasta llenar cubetas y que las traigan cargando.

Les tomó mala voluntad a las muchachas, porque no trabajaban.

—Míralas —me dijo una vez que vio a unas que estaban lavando—. Parecen pájaros recién salidos del cascarón. Nomás abren la boca, esperando a que les den de comer.

Todas las noches apuntaba en su libro lo que cada muchacha se comía.

(El libro de Arcángela es un cuaderno de forma italiana, con pasta dura, de los que se consiguen en cualquier papelería. Su contenido está fechado de junio de 1962 a septiembre de 1963. Arcángela escribe con caligrafía sin refinamientos, pero legible, con tinta verde. En las primeras páginas aparece el estado de cuentas semanal de las empleadas: en la primera columna los nombres, en las dos siguientes, el "haber" —lo que cada mujer ganaba por concepto de comisiones en el cabaret y de trabajo en el cuarto—, en las cuatro siguientes, el "debe", descuentos por concepto alojamiento, comida, vestidos y dinero entregado. En las últimas columnas aparecen los saldos semanales, que de ser negativos causaban intereses a razón del tres por ciento mensual. Durante los meses que las mujeres estuvieron viviendo en el Casino del Danzón cerrado, sin ningún ingreso, acumularon deudas enormes, que suman más de medio millón de pesos. Arcángela llevó cuentas rigurosas de lo que sus empleadas le debían hasta mediados de septiembre, época en que perdió la esperanza de cobrar.) En febrero —prosigue la Calavera— la señora Arcángela dijo que no podía seguir manteniendo a tanta huevona y decidió traspasarle once muchachas a don Sirenio Pantoja, que tenía negocios en Jaloste y que desde hacía tiempo le había dicho a la señora que él compraría las mujeres que ella no quisiera. Si voy a decir la verdad, la señora le vendió a don Sirenio lo peorcito, las más revoltosas y las más feas. Cuando se fueron nos quedamos más contentas. Dicen que don Sirenio le dio a la señora once mil pesos.

En representación de las hermanas Baladro, el licenciado Rendón inició las siguientes acciones legales: tres demandas consecutivas contra funcionarios públicos destinadas a demostrar que la clausura del México Lindo era anticonstitucional, injusta e improcedente. Estas tres demandas

fallaron porque el juez que las examinó las declaró, a su vez, improcedentes. El licenciado Rendón pidió entonces al tribunal que fijara la multa que tenían que pagar sus representadas para volver a abrir el México Lindo. El tribunal tardó tanto en deliberar sobre esta multa que la presente historia terminará antes de que se sepa su decisión. Al ver que el tiempo pasaba en vano, el licenciado Rendón solicitó por las Baladro licencia para abrir otro negocio que no fuera el México Lindo. Le fue negada por estar pendiente de pago la multa que las solicitantes tenían que pagar por el México Lindo. Es decir, no podían abrir otro negocio porque no habían pagado la multa, y no podían pagar la multa porque no se sabía de cuánto era. El juez se negó a aceptar fianza o depósito. Por último, el licenciado Rendón hizo un escrito dirigido al Gobernador de Mezcala y firmado por las Baladro, lleno de fórmulas respetuosas, pidiéndole licencia para abrir un centro nocturno "en la ciudad del Estado que usted tenga a bien señalar". Este papel fue de una oficina a otra lentamente y regresó al cabo de varios meses a manos del licenciado Rendón con una inscripción a mano, que decía: "niéguese cualquier petición que hagan las que suscriben". Y la firma del licenciado Sanabria —el hombre que bailó con el Escalera—, secretario particular del Gobernador.

Las gestiones legales que las Baladro hicieron en el Plan de Abajo tuvieron más éxito. En el mes de marzo de 1963 liberaron la casa del Molino y se la vendieron a un talabartero, que la convirtió en taller. El capitán Bedoya logró convencer a las hermanas de que el dinero que recibieron en esta transacción deberían invertirlo en un rancho.

Me llamo Radomiro Reyna Razo, son natural de Concepción de Ruiz. Yo fui quien vendió a las hermanas Baladro el rancho Los Ángeles, pero advierto que cuando firmé la escritura ignoraba quiénes eran ellas, a qué negocio se dedicaban y nunca imaginé el uso que iban a dar a las tierras que les vendí.

Fue así: yo necesitaba pagar una deuda y no tenía con qué, por lo que decidí vender parte de mis propiedades. Esta intención la expuse a varias personas y una tarde, en la cantina del hotel Gómez, se me acercó el capitán Bedoya, a quien yo conocía nomás de vista, y me dijo:

—¿Cuánto me da de comisión si le consigo comprador para esas tierras que vende?

Yo le hice una proposición, él la aceptó y a los dos días llegaron a mi casa, en un coche de sitio, las señoras Baladro.

Nunca me hubiera imaginado que fueran madrotas. Al contrario, las vi tan serias que las invité a entrar en la sala y se las presenté a mi esposa. Iban vestidas de negro. La mayor, que era la que más autoridad tenía, llevaba un manto, como si fuera a pasar la tarde en la iglesia. Cuidaba a su hermana como si ésta fuera señorita. Cuando la más joven cruzó la pierna, la mayor le dijo: —Cúbrete, Serafina.

La otra jaló el vestido hasta que le tapó la rodilla. A mi esposa le causaron tan buena impresión que les ofreció vermouth con galletas y ellas se lo tomaron con mucha decencia, sin decir palabrotas ni emborracharse. Después ofrecí llevarlas a los terrenos y mi esposa nos acompañó. ¿Quién me hubiera dicho que estábamos en el mismo coche mi esposa y yo y dos lenonas?

El día en que firmamos la escritura ellas llegaron a la notaría con una bolsa de papel con manchas de grasa de que fueron sacando ciento cincuenta mil pesos en billetes de quinientos, que me entregaron. El capitán Bedoya estuvo presente, pero me hizo seña de que no le diera el dinero de su comisión delante de las señoras. Salimos a la calle con algún pretexto y entonces le pagué.

Después de la firma, cuando ellas y el capitán se habían ido, el notario, que las conocía, me dijo qué clase de mujeres eran. Pero era demasiado tarde, las firmas estaban echadas, yo tenía el dinero en la mano y estaba muy urgido.

Dice Eulalia Baladro de Pinto:

Teófilo acababa de perder todo lo que teníamos por tercera vez. Cuando llegó la carta de mis hermanas los licenciados estaban embargándonos los muebles de la sala. La carta dice así:

"Querida Eulalia:

"En vista de que el negocio de que hemos vivido tantos años se está poniendo cada día más difícil hemos decidido dedicarnos a la agricultura. Queremos que Teófilo, que sabe tanto de ranchos, lo administre, etc...."

La carta había sido escrita por Arcángela, pero firman las dos. Teófilo y yo vimos en ella un rayo de esperanza y al día siguiente hicimos las maletas y nos fuimos a Concepción de Ruiz. (Dice que

por instrucciones de sus hermanas se hospedaron en el hotel Gómez. Pretende que en los siete meses que siguieron, de trato frecuente, ni ella ni su marido se dieron cuenta de que sus hermanas estuvieran viviendo en el Casino del Danzón. La misma tarde de su llegada fueron a ver el rancho con las Baladro, en el coche del Escalera.)

—En este pedacito —le dijo Arcángela a Teófilo— quiero que siembres flores para ponerle a Beto en su tumba el día de Muertos.

Era el principio del tiempo de aguas y el maíz estaba brotando —dice Eulalia—, pero el lugar me pareció muy solitario. (Describe la casa del rancho, la troje en ruinas, el tejaban destartado y el sentimiento de melancolía que la invadió cuando miró a su alrededor y comprendió que no le alcanzaba la vista para ver otra casa habitada.)

Teófilo —dice Eulalia— hizo un proyecto de lo que había que hacer para que el rancho fuera productivo y un presupuesto de lo que iba a costar. A mis hermanas les pareció muy bien el proyecto, pero muy caro el presupuesto. Le entregaron a mi marido, poco a poco, menos de la mitad del dinero que hacía falta, por eso pudo arreglar la casa, pero no alcanzó para conectar el agua y la luz eléctrica. Pudo reparar la troje, pero no alcanzó el dinero para comprar las vacas, pudo sembrar el maíz pero no la alfalfa. En cambio de todas las cosas que faltaron nos dieron algo que no hacía falta.

Una mañana llegaron mis hermanas al rancho con un bulto largo, envuelto en periódico. Arcángela lo puso en la mesa de la cocina y le dijo a Teófilo que lo desenvolviera. Era la carabina.

—Te la doy —le dijo a Teófilo— para que le des con ella al que se quiera llevar las vacas.

Vacas no había entonces ni las hubo después.

El día 14 de julio las hermanas Baladro hicieron un día de campo en el rancho Los Ángeles. Invitaron a un sacerdote que bendijo las tierras que ellas acababan de comprar y las bautizó con su nuevo nombre —anteriormente el rancho se había llamado El Pitayo—. La lista de los hombres que asistieron a esta fiesta refleja el cambio en la fortuna de las hermanas Baladro. En vez de diputados locales, presidentes municipales, líderes obreros y gerentes de banco, estuvieron el capitán Bedoya, un ayudante suyo llamado el Valiente Nicolás, el Escalera, Ticho y Teófilo Pinto. Asistieron también quince mujeres. Mientras esperaban que llegara el sacerdote que iba a bendecir las tierras, hombres y mujeres formaron dos equipos mixtos y jugaron fútbol con una pelota que llevaba el Escalera en la cajuela del coche.

Cuando el sacerdote se fue —tenía que celebrar un bautizo— los asistentes abrieron botellas y brindaron, comieron tarde, mole rojo hecho por la Calavera y arroz hecho por Eulalia, el Escalera tocó la guitarra, las mujeres cantaron. No llovió.

Tres días después murió Blanca.

HISTORIA DE BLANCA

1

(Blanca N: Ticomán, 1936—Concepción de Ruiz, 1963.)

En Ticomán la arena es blanca, suelta, los pies se hunden al caminar. La playa es ancha. Hay un río pedregoso que desemboca en el mar. En el lecho de este río los habitantes del lugar han cavado pozos en tiempo de secas desde que alcanza la memoria. La gente de Ticomán es de tierra adentro y vive de espaldas al mar. Los hombres trabajan en las milpas que están en la falda del cerro, las mujeres dan de comer a los puercos que están en el corral. Nadie sabe nadar, nadie se atreve a meterse en el mar, nadie espera nada de él. Lo único que aprovechan del mar es la leña: esperan a que el río en tiempo de aguas la arrastre al mar y que el mar la arroje a la playa.

En el mar olvidado se ven, a lo lejos, dos peñascos blancos, y más lejos, barcos que pasan y nunca llegan a Ticomán.

Las familias son numerosas. Los hombres adultos, cuando se emborrachan, dicen que quisieran irse a trabajar en otra parte. Los hijos varones, cuando crecen, se van. Las mujeres se quedan, aunque no todas.

Podemos imaginar que Blanca, de niña, hizo lo que hacen en Ticomán las de su edad: caminó en la playa con un perro, recogió leña a la orilla del mar, sacó agua del pozo, etc., hasta que llegó a Ticomán una vieja, de rebozo, que dio por sentarse en las tardes en una silla de tule y quedarse mirando el mar. Vio pasar a la niña que llevaba una brazada de leña.

De la playa, la historia brinca a la feria de Ocampo. A esta feria asiste mucha gente devota, que va a cumplir mandas hechas a la Virgen de Ocampo. Unos, por hacer penitencia, bajan cargando vigas desde la Ermita —que es donde está el manantial de aguas milagrosas—, otros caminan descalzos un trecho sobre pencas de nopal, las mujeres cruzan de rodillas el atrio del santuario, que tiene piso de piedra pómez y cien metros de largo. El caso es llegar sangrando ante la imagen venerada: sólo así se tiene la seguridad de que ha sido uno perdonado o de que se le va a conceder el milagro.

Muchos no van a la feria por motivos religiosos, sino por el comercio que hay. En Ocampo, durante los días de la feria se compra y se vende de todo: incienso, cirios pascuales, milagritos de plata, triduos, caballos, gallos de pelea, una yunta de bueyes, una mujer.

En la feria de Ocampo de 1950, Jovita N, la mujer que se sentaba en las tardes en la silla de tule y se quedaba mirando al mar, vendió a las hermanas Arcángela y Serafina Baladro una niña de catorce años, llamada Blanca, en trescientos pesos.

Según la Calavera, que presencié la transacción, ésta tuvo lugar en una de las galerías que hay en Ocampo en las que se hospedan los peregrinos. Las Baladro inspeccionaron minuciosamente a la niña antes de cerrar el trato y no le encontraron más defecto que los dientes manchados —así los tienen todos los de Ticomán, por beber el agua que sacan de los pozos cavados en el lecho del río—, lo cual fue motivo de regateo. La señora Jovita pedía cuatrocientos pesos.

Ese mismo día ocurrió algo que, según lo recuerda la Calavera muchos años después, tiene todas las características de un mal presagio. Fue así. A la misma fonda en que comían las Baladro durante los días que pasaron en Ocampo acostumbraban ir dos muchachas hermanas que habían llegado a aquel pueblo acompañando a su padre, que estaba cumpliendo una manda. Serafina, que necesitaba entonces mujeres para la casa del Molino, las encontró de buen ver, y aprovechó un rato en que el padre estaba ausente para entablar conversación con ellas. Les dijo que era dueña de una zapatería en Pedrones y que necesitaba dependientas. Les ofreció trabajo, un sueldo de doscientos pesos al mes, casa y comida. Pareció que a las muchachas, que venían de Pueblo Viejo, la perspectiva de ir a vivir en Pedrones les interesó y quedaron de resolver al día siguiente. Es decir, el día en que las Baladro compraron a Blanca. Después de comprar a ésta y pagarla, la llevaron a comer en la fonda. Estaban las cuatro —la cuarta es la Calavera— comiendo el arroz, cuando llegó el hombre que estaba haciendo la manda, acompañado, en vez de por sus dos hijas, por dos gendarmes, que se llevaron a Serafina a jalones. Estuvo detenida en la cárcel municipal veinticuatro horas, acusada de

intento de perversión de menores. Arcángela tuvo que pagar doscientos cincuenta pesos para que la pusieran en libertad. El presagio, explica la Calavera, consiste en que el primer día que pasaron con Blanca acabó en la primera noche que Serafina pasó en la cárcel.

2

Carácter de Blanca:

Fue apartada de su familia con engaños, vendida y comprada, iniciada en la prostitución a los catorce años y sin embargo, todo parece indicar que fue feliz.

No se sabe qué le ofreció la señora Jovita a Blanca —o la señora Jovita a la madre y la madre a Blanca— para inducirla a acompañarla los cuatrocientos kilómetros que separan Ticomán de Ocampo. Lo más probable es que no haya cumplido su promesa. Sin embargo, en el momento del desengaño, cuando las Baladro inspeccionaron a Blanca entre los camastros del galerón de los peregrinos, ésta, dice la Calavera con admiración, no dio señales ni de sorpresa ni de vergüenza, se fue con las Baladro sin protestar cuando, cerrado el trato, Jovita le dijo, "acompaña a las señoras", y no perdió el apetito cuando los gendarmes se llevaron a Serafina: fue la única que tuvo ánimos de comer el postre. Días después, en el México Lindo, cuando Arcángela le explicó en qué iban a consistir sus obligaciones —según la Calavera es el momento en que muchas lloran—, contestó sin inmutarse, "como usted diga, señora"

En los años en que ejerció la prostitución no se recuerda que haya habido contra ella ninguna queja, y en cambio, sí muchos elogios.

Tuvo varios nombres. En el Padrón Antivenéreo del Estado de Mezcala estuvo registrada como María de Jesús Gómez, María Elena Lara, Pilar Cardona, Norma Mendoza y, por fin, con el nombre que conservó hasta su muerte y con el que se le recuerda hasta la fecha: Blanca Medina.

(Si no siguió cambiando de nombre, advierte la Calavera, no fue porque le faltaran ganas, sino porque el doctor Arellano, que era el que llevaba el Padrón, se exasperó, y le dijo muy enojado que no podía seguir cambiándose.)

La variedad de nombres parece haber correspondido a los diferentes aspectos de su personalidad que, aunque elemental, fue multitudinaria. Según la describen los que la conocieron, su gran talento y el secreto de su éxito, consistió en la habilidad de permitir aflorar ante cada hombre ciertas cualidades que él, sin darse cuenta, esperaba. A esto se deben las contradicciones que hay en los relatos de sus admiradores: a uno lo hizo esperar dos horas, en la barra, solo, mientras ella, en una mesa, también sola, fingía esperar a "un novio", que no existía y que por supuesto nunca llegó. Después fingió estar despechada, fue por el que estaba en la barra, lo llevó a su cuarto y se le entregó en una especie de catalepsia erótica que al otro le pareció formidable. En cambio, a otro, un abogado, le rasgó la corbata al desnudarlo, de un empujón lo echó en la cama y se lanzó sobre él. Este cliente también quedó satisfecho.

Unos dicen que sabía escuchar con atención y en silencio, y que tenía paciencia para oír las historias que le contaban, por largas que fueran. Otros la describen locuaz: el Libertino, por ejemplo, dice que durante una temporada de varios meses, cada vez que la visitó, ella le contó un nuevo episodio de una historia inventada. Lo que más admira al Libertino es que durante la misma temporada Blanca estaba contándole otra historia muy diferente y también inventada a un amigo de él que también la visitaba. En cambio, un ingeniero minero que estuvo con Blanca una sola vez asegura que tuvieron un forcejeo inolvidable, que duró dos horas, durante las cuales ella no dijo una sola palabra.

Sus compañeras la recuerdan con admiración y afecto. A pesar de ser la que más fichas ganaba no dio motivo de envidias. Recomendaba los servicios de sus compañeras menos afortunadas y cedía el paso a cualquiera que tuviera los visos de una oportunidad. Nadie la recuerda jalándose las greñas con otra por celos o por avaricia. Regalaba a otras su ropa cuando todavía estaba en buen estado. Las patronas y la Calavera la adoraron.

Se sabe que la única inhibición de Blanca se la producían los dientes manchados, los cuales iban a dar origen a su único lujo. Ahorró durante años y cuando tuvo lo suficiente fue con un dentista famoso de Pedrones que le puso cuatro dientes de oro en vez de los incisivos superiores. Esta innovación ha de haber modificado la apariencia de Blanca, pero no la desfiguró. Según el Libertino, que la conoció con los dientes manchados, sin dientes —en los días entre que le quitaron

unos y le pusieron los otros—, y con dientes de oro, no sabe decir cómo le gustaba más. El brillo dorado no hizo más que resaltar su belleza exótica: Blanca era negra.

3

La historia que Blanca le contó al Libertino:

Blanca dijo que había salido a la calle, había llegado a la Plaza de Armas y se había sentado en una banca. Pasó un hombre que a ella le pareció muy guapo, y volvió a pasar y volvió a pasar, hasta que se sentó en la banca de enfrente y se le quedó mirando. Blanca regresó a la casa, sin que el otro se atreviera a hablarle. Al día siguiente, Blanca volvió a la Plaza de Armas y el hombre a pasear frente a ella, a sentarse y a mirarla. Al tercer día el hombre se le acercó y le dijo que era futbolista y le preguntó quién era ella. Ella le dice que es mesera en un restaurante. Él le dice que quiere casarse con ella. Ella le dice que es imposible, porque tiene una madre enferma (?)

Siguen muchos episodios en que el hombre, que insiste y la persigue, está a punto de descubrir la verdadera profesión de ella. Por ejemplo: la invita a una ostionería y ella se toma varias cervezas, pierde la memoria, y cuando vuelve en sí siente la angustia de no saber si durante la obnubilación dijo: "¡Ay, jaraija, soy puta!" O bien, el hombre llega con otros futbolistas al México Lindo y ella tiene que esconderse debajo de una mesa, etc.

La historia termina la noche en que el Libertino llega al cabaret y encuentra a Blanca triste, le pregunta la causa de la tristeza y ella le dice que el futbolista ha muerto. A continuación describe, con lujo de detalles naturalistas, un accidente sangriento ocurrido en la carretera. A partir de esa noche, Blanca no vuelve a mencionar al futbolista y el Libertino no se atreve a preguntarle por el difunto.

4

Su enfermedad:

En el mes de septiembre de 1962 —los burdeles del Plan de Abajo han sido clausurados, todas las mujeres viven y trabajan en el México Lindo— Blanca se dio cuenta de que estaba embarazada. No era la primera vez. Como en ocasiones anteriores, pidió ayuda a la Calavera y ésta —según propia declaración— preparó una infusión de hojas de abrotano macho y de ruda, que la paciente tomó, caliente, una taza, tres veces al día. Este remedio, que la Calavera había preparado muchas veces y que había sido usado con excelentes resultados por la mayoría de las mujeres que trabajaban con las Baladro, era considerado infalible para provocar el aborto. Blanca lo tomó durante dos meses sin ningún efecto, en vista de lo cual decidió consultar su caso con las hermanas Baladro. Serafina le aconsejó someterse a una operación y le dijo que ella y su hermana pagarían al médico.

El doctor Arellano, cuya firma aparecía al pie de varios documentos que estaban en poder de Arcángela, aceptó provocar el aborto a cambio de éstos, después de hacerse del rogar y de advertir que la operación era peligrosa por estar el embarazo muy avanzado. Operó a Blanca en la habitación de ésta, ayudado por la Calavera, un día de noviembre. El éxito fue parcial, porque se provocó el aborto, pero también una hemorragia abundante y persistente, que el médico atribuyó a la inestabilidad sanguínea que tenía la enferma causada por el tratamiento a base del abrotano macho y la ruda. Para parar la hemorragia tuvo que administrar a la paciente ocho inyecciones de vitamina K. A las once de la noche, la hemorragia cesó y todos creyeron que Blanca estaba salvada. El doctor se retiró a su casa después de que Arcángela le entregó sus documentos. Serafina y Arcángela fueron a atender el cabaret y la Calavera, los cuartos. La enferma se quedó sola, dormida. Al día siguiente, cuando la Calavera entró en el cuarto con un vaso de jugo de naranja, notó que las facciones de Blanca habían perdido la simetría. La inspección que se hizo después demostró que el costado izquierdo de Blanca estaba paralizado.

El doctor Arellano se negó a visitar a la enferma, por lo que Serafina, contra la voluntad de Arcángela, que temía el gasto y las complicaciones, llamó al doctor Abdulio Meneses, quien examinó a Blanca y después de hacer varias preguntas torpes sobre el origen de la enfermedad — que han de haber recibido respuestas más torpes— dispuso la hospitalización de la paciente en su sanatorio particular, con el objeto de someterla a un tratamiento intenso.

Blanca fue admitida en el Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar —que tenía fama de ser de los mejor atendidos de la región— el 4 de diciembre de 1962. En los documentos de ingreso Serafina

Baladro aparece como su parienta más cercana y la responsable de pagar la cuenta. Los días 5 y 6, varias compañeras de trabajo de Blanca la visitaron y la encontraron muy mejorada, el 7, el Libertino le llevó un ramo de rosas rojas, y no pudo reprimir —dice una enfermera que lo vio— un gesto de horror al verla tan deformada, la noche del 8 asesinaron a Beto, el 10 se clausuró el México Lindo, el 11 el doctor Meneses desesperó de cobrar la cuenta y dispuso que se suspendiera el tratamiento de Blanca y que se le diera de alta.

Los documentos de salida del Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar dan la impresión de que la enferma fue recogida por unos parientes —hay una firma ilegible—. Ese mismo día Blanca ingresó en el Hospital Civil de San Pedro de las Corrientes con el nombre de María Méndez —el único que llevó en su vida que no inventó ella misma—, sin que en la ficha aparezca referencia a ningún pariente ni al doctor Abdulio Meneses.

En enero, el Libertino quiso visitar a Blanca, y la recepcionista del Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar le informó que la enferma había sido dada de alta y recogida por sus parientes. El Libertino supuso que Blanca estaría sana y viviendo con las Baladro y no insistió en buscarla. Confiaba en que las hermanas no tardarían en reaparecer, abriendo un negocio ya fuera en San Pedro o en algún otro pueblo de la región, y en que cuando esto ocurriera se comunicarían con él que era uno de los clientes más asiduos. Las Baladro, por su parte, olvidaron a Blanca por un tiempo, con las angustias de la muerte de Beto, la clausura del México Lindo y el trastorno de la mudanza. Cuando la recordaron por fin, la supusieron en el Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar, con una cuenta de gastos muy larga que Serafina se había comprometido a liquidar. Esta última consideración las hizo no intentar visitarla, ni averiguar cómo estaba.

Así llegó marzo, mes en que el Libertino tuvo que ir a Concepción de Ruiz a cobrar una cuenta morosa —vende refacciones de coches—. Terminado el negocio, en un arranque de nostalgia erótica, quiso ver otra vez la fachada del Casino del Danzón. Dejó el coche en la Plaza de Armas, caminó hasta la calle de Independencia, y estaba parado frente a la puerta sellada, cuando vio con sorpresa que por la puerta de la casa de junto salía la Calavera, que iba a comprar manteca. Se abrazaron como viejos amigos que eran, la Calavera le contó dos mentiras —que salía de visitar a la señora Benavides que era su amiga, y que ella y las demás mujeres estaban viviendo en Muérdago—, el Libertino le preguntó por Blanca, ella le contestó que estaba en el Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar. . .

Así fue como se dieron cuenta de que Blanca había desaparecido. Mientras caminaban juntos hacia la carnicería decidieron buscarla, al Libertino se le ocurrió dar aviso a la policía, la Calavera le suplicó que no lo hiciera —para explicarle por qué era necesaria tanta discreción, tuvo que decirle dónde estaban viviendo las Baladro, ella y las demás mujeres—, el Libertino accedió a buscar a Blanca él mismo, con discreción y comunicar los resultados, cuando los hubiera, al teléfono del sitio de coches donde trabajaba el Escalera.

Tres días después de esta conversación el Libertino encontró a Blanca en el primer lugar en que la buscó: en la sala de mujeres del Hospital Civil. No era ni la sombra de la mujer que él había conocido: el rostro de la enferma se había vuelto grotesco y sus facultades mentales habían sido afectadas. Le costaba trabajo conocer y recordar. Su voz, por estar la mitad de la boca paralizada, era casi ininteligible.

El Libertino quedó tan trastornado por su hallazgo, que avisó a la Calavera por la vía que habían acordado, y no quiso saber nada más de Blanca.

5

La Calavera visitó a Blanca al día siguiente. El director del hospital, al ver que la enferma María Méndez tenía una visitante, llamó a la Calavera aparte y le dijo que la otra estaba desahuciada, que por favor dijera a los parientes que se la llevaran, porque había casos más meritorios que el de ella que estaban esperando la cama.

Al día siguiente, las hermanas Baladro llegaron al Hospital Civil en el coche del Escalera, firmaron los papeles que hubo necesidad de firmar, y se llevaron a Blanca a vivir con ellas en el Casino del Danzón.

Según los testimonios, dos mujeres bajaban todas las mañanas a Blanca de su cuarto y la llevaban al corral en donde la dejaban que tomara el sol un rato, acurrucada en una artesa. Después volvían a

subirla a su cuarto. Estaba esquelética, se alimentaba de atoles que hacía la Calavera, no daba señales de entender lo que oía, ni nadie entendía lo que ella decía.

En mayo, Arcángela, que se quejaba constantemente de los gastos tan grandes que tenían que hacer para mantener tantas bocas y de la falta de ingresos, decidió que puesto que Blanca no podía masticar, lo mejor sería quitarle los dientes de oro y venderlos, en compensación de los trabajos que estaban pasando por su culpa. Con este fin entró una mañana en el cuarto de Blanca y quiso arrancarle los dientes, pero la otra cerró la boca de tal manera que Arcángela, después de forcejear un rato, tuvo que desistir de su intento.

El 5 de julio la Calavera hizo un viaje a Pedrones y consultó a una señora Tomasa N, que es curandera famosa, sobre el remedio de la parálisis. Fue Tomasa N quien le explicó el tratamiento que se verá más adelante y se lo recomendó como eficaz. De regreso a Concepción de Ruiz, la Calavera pidió a sus patronas permiso para intentar una cura y ellas se lo concedieron.

(Pasan varios días en que la Calavera y otras mujeres están ocupadas preparando el mole que va a consumirse en la bendición del rancho.)

Llega el 17 de julio. Ticho une con alambre las patas de tres mesas para darles rigidez y las coloca en el centro del cabaret, que es el lugar que la Calavera ha considerado más propicio para llevar a cabo la curación. Hecho esto, Ticho sale a la calle y no sabe lo que ocurrirá después. A las once se encienden dos braseros y se colocan a los lados de las mesas. Marta, Rosa, Evelia y Feliza, que actúan como ayudantes de la Calavera, bajan a la enferma de su cuarto, la desnudan y la colocan sobre las tres mesas. Mientras las ayudantes ponen a calentar en los braseros seis planchas de hierro, la Calavera fricciona el cuerpo de la enferma con una tintura de corteza de cazahuate. Las asistentes atan a la enferma de las mesas con dos sábanas. Las Baladro presencian la curación desde el balcón que hay en la parte alta del cabaret. Las asistentes cubren el cuerpo de la enferma con una manta ligera de franela. Marta, con un jarrito en la mano, está encargada de rociar la manta, sobre la cual la Calavera aplica las planchas calientes, Rosa es la que cambia las planchas cuando se enfrían, Evelia y Feliza sujetan a la enferma cuando se retuerce.

La receta dice: aplicar las planchas bien calientes, en la manta humedecida, sobre el lado paralizado de la enferma, hasta que la manta adquiera un color café oscuro.

Al principio pareció que la curación iba a tener éxito. La enferma no sólo gritó con más coherencia que la que había tenido al hablar en los últimos meses, sino que al serle aplicadas las planchas se notó que movía músculos que habían estado inmóviles mucho tiempo. Después, la enferma perdió el conocimiento. Las que la curaban trataron de hacerla volver en sí dándole un poco de CocaCola, pero no lograron hacérsela tragar: se le escurría por entre los labios. Por un momento, la Calavera dudó entre suspender la curación o seguir adelante. Optó por lo segundo y siguió aplicando las planchas hasta que la manta adquirió el color café oscuro que había recomendado la señora Tomasa. Intentaron otra vez darle CocaCola sin resultado. Al retirar la manta del cuerpo de la enferma vieron, con sorpresa, que la piel se había quedado adherida a la tela.

— ¡Tápenla, tápenla! — dicen que gritó Serafina desde el balcón.

Una mujer fue corriendo por otra manta. Las otras desataron a la enferma. Cuando estuvo otra vez cubierta, entre todas la subieron a su habitación y la acostaron en la cama. No volvió en sí. Las que habían intentado curarla y las patronas la acompañaron hasta las doce de la noche, hora en que dejó de respirar.

VISTAS VARIAS

1

María del Carmen Régulez dice de aquel día que después del almuerzo la Calavera dijo a ella y otras tres mujeres:

—Salgan a pasear, den una vuelta, si les sobra tiempo vayan al mercado y quédense un rato mirando las verduras. No regresen a esta casa antes de las cinco de la tarde.

Le dio un peso a cada una para que comieran. A las mujeres les extrañó la orden, pero la obedecieron. Las cuatro se fueron caminando por la calle Cuauhtémoc y pasaron por un taller mecánico en donde trabajaban tres muchachos que las conocían, que al verlas pasar las siguieron "diciéndoles groserías". Ellas salieron del pueblo y se fueron rumbo al ojo de agua, en donde los muchachos las alcanzaron y "abusaron de ellas" detrás de unos carrizos. Después de comer en el mercado, dieron vueltas en la Plaza hasta que dieron las cinco.

Cuando regresaron al Casino del Danzón entraron en la cocina con intención de avisar a la Calavera que habían regresado. No había nadie en la cocina ni rastros de comida, la lumbre no estaba encendida, no había carbón en la hornilla.

María del Carmen salió al corral a quitar una ropa que había dejado colgada en el tendedero. Notó que la artesa de Blanca no estaba debajo del limonero, sino junto a la puerta cerrada del cabaret.

Cuando regresó a la cocina encontró a otras mujeres que también habían salido a la calle y estaban de regreso —aquel día salieron once mujeres a la calle, cosa que ocurría muy rara vez.

Dice que cuando subió a su cuarto oyó voces en el de Blanca, que sintió curiosidad, pero que no se atrevió a entrar por parecerle que entre las voces se oían las de las patronas. Que estuvo en su cuarto un rato, que después oyó ruido en el corredor, que entreabrió la puerta y vio por la rendija a Arcángela y la Calavera que caminaban hacia la escalera. Que oyó que Arcángela decía:

—Tú tuviste la culpa.

Aquella noche no hubo cena, nomás té de hojas de naranjo. Varias mujeres le preguntaron a Feliza qué había pasado, pero ella no les quiso decir. Corrió el rumor de que Blanca había empeorado. Cuando subió a su cuarto —dice María del Carmen— notó que la artesa ya no estaba junto a la puerta del cabaret.

Dice que durmió un rato, pero el hambre la despertó. Oyó ruido de voces y pasos. Quiso levantarse a ver qué pasaba, pero antes de hacerlo se quedó dormida profundamente otra vez.

En la mañana, María del Carmen despertó temprano —otra vez con hambre— y bajó a la cocina. La Calavera había encendido la lumbre y estaba dándole de comer a Ticho un desayuno de chicharrones en salsa verde. María del Carmen preguntó si Blanca se había puesto más enferma y la Calavera contestó:

—Tan enferma que tuvimos que llevarla al hospital otra vez.

Dice María del Carmen que durante unos días creyó ser verdad lo que la Calavera le había dicho.

Dice Ticho, refiriéndose a los sucesos ocurridos el día y la noche anteriores, que después de amarrar las patas de las mesas y de colocar éstas donde la Calavera le ordenó, pidió permiso a ella para irse a trabajar. (Desde la clausura del México Lindo, las Baladro no pagaban sueldo a Ticho, por lo que tenía que hacer trabajos de cargador a destajo.)

Cuenta que fue a la bodega de los hermanos Barajas y estuvo cargando cajas de jitomate, bolsas de chile seco y costales de papas, de cuartos que tenían goteras a otros que estaban secos, que suspendió el trabajo a las dos de la tarde para cruzar la calle al mercado y comerse un taco de tripa, que regresó a la bodega y que estuvo cargando bultos hasta las ocho de la noche, hora en que el encargado se dio por satisfecho y le entregó los veinte pesos que le había prometido.

Dice que al regresar al Casino del Danzón no encontró a nadie a quien poder darle aviso de su regreso —es decir, las Baladro o la Calavera—, que entró en la cocina, vio que no había comida y entró en la covacha del carbón, que es donde habita. Se echó sobre el catre y se quedó dormido.

Dice:

No sé decir qué horas eran cuando desperté. La Calavera estaba en la puerta de la covacha con una lámpara de petróleo en la mano. Le dije "Calaverita" y empecé a levantarle las enaguas. Pero ella no quiso. Nomás me dijo "vente" y se fue. Creí que iba a darme de comer y me fui tras de ella, pero en vez de llevarme a la cocina me llevó al patio, allí se paró y me dijo:

—Ve al armario y trae la pala y el pico. Cuando la Calavera vio que yo traía las herramientas en las manos, empezó a caminar y yo la seguí. No había más luz que la de la lámpara; no alcanzaba a verse más que las enaguas de la Calavera. Llegamos al otro lado del corral (el ángulo noroeste) en donde ella puso la lámpara en el suelo y me dijo:

—Quiero que hagas un trabajo calladito. (Le ordenó que excavara un agujero rectangular de dos fe pasos de largo por uno de ancho y de una profundidad tal que Ticho parado adentro tuviera los sobacos a la altura de la superficie. Después de dar estas indicaciones, la Calavera regresó a la casa. Ticho excavó con facilidad en la tierra blanda del corral, pero cuando el zapapico empezó a golpear contra el tepetate, salieron de la casa Arcángela y la Calavera y le ordenaron que suspendiera el trabajo.) El agujero no tenía ni un metro de profundidad. Sigue Ticho:

La señora Arcángela dijo:

—Déjalo como está. Peor es que despiertes a los vecinos.

La Calavera me llevó a la cocina, me hizo un huevo frito y me dio un jarro de té de hojas de naranjo al que le echó un chorro de alcohol. Yo volví a decirle "Calaverita" y ella volvió a no querer, por lo que regresé a la covacha y me quedé dormido otra vez.

Desperté cuando estaba clareando. La Calavera estaba en la puerta de la covacha con la lámpara de petróleo en la mano. Le dije "Calaverita" otra vez y ella volvió a zafarse y a decirme "vente".

Fuimos al otro lado del corral. Me di cuenta de que alguien había estado echando tierra en el agujero que yo había hecho, hasta medio cubrirlo.

—Quiero que acabes de tapar este agujero —me dijo la Calavera— y que apiones la tierra con el tronco del mezquite. Si algo de tierra te sobra, óyeme bien, quiero que la riegues con la pala por el corral, de manera que nadie se dé cuenta de que aquí hubo un agujero.

Hice el trabajo tal como me lo ordenaron. Cuando la Calavera vio que el agujero estaba tapado, la tierra apisonada y las sobras regadas por el corral, era de día. Me llevó a la cocina y me dio un almuerzo de chicharrones que ella acababa de guisar. Cuando estaba comiéndomelos entró en la cocina una muchacha y le preguntó a la Calavera cómo seguía Blanca. La Calavera contestó que se había puesto tan enferma que habían tenido que llevarla otra vez al hospital. Hasta entonces comprendí lo que había estado haciendo toda la noche.

Dice el capitán Bedoya:

El 17 de julio lo tengo presente porque fue un día muy atrabancado. El mayor Marín, que traía la paga, se atrasó dos días y llegó al cuartel de Concepción de Ruiz a la misma hora que el camión del forraje, que debía haber llegado el día veinte. (Explica que se atrasó la maniobra de descarga porque de acuerdo con la ordenanza el destacamento tiene que formarse en cuadro y pasar revista antes de recibir la paga.) Salí del cuartel apenas a tiempo para llegar corriendo a la oficina de telégrafos antes de que cerraran el despacho de giros. (El capitán Bedoya compró uno de cincuenta pesos a nombre de la niña Carmelita Bedoya —su hija— y lo acompañó de un mensaje que dice "RECIBE FELICITACIONES DE PAPACITO MOTIVO ONOMÁSTICO". Está dirigido a una calle en Atzacapozalco. El capitán Bedoya no envió ni cuelga ni mensaje a su esposa, que también se llama Carmen. Nótese que el capitán, que tenía dinero en el banco, prefirió esperar a que llegara el mayor Marín con la paga de la quincena y enviar el regalo de su hija con un día de retraso.) De la oficina de telégrafos —sigue Bedoya— me fui a la casa de Serafina.

La encontré en el comedor, temblorosa y desencajada. Le pregunté qué le sucedía y ella me dijo que había tenido un día agitado por haberse puesto Blanca muy grave. La vi tan nerviosa que me despedí de ella, cené en el hotel Gómez y pasé la noche en el cuartel. Al día siguiente Serafina me dijo que habían tenido que llevar a Blanca al hospital.

—Espero que sea al Civil —dije yo.

Ella me contestó que, en efecto, la habían llevado al Hospital Civil.

Al capitán Bedoya le pareció siempre una locura que las Baladro gastaran dinero en Blanca. Cuando la internaron en el sanatorio del doctor Meneses, varios testigos oyeron al capitán comentar

lo siguiente:

—Es tirar el dinero. Es posible que esa mujer vuelva a caminar pero la cara no se la compone nadie, ¿y de qué sirve una puta que da miedo?

Cuando Blanca fue llevada al Casino del Danzón ya enferma, Serafina prefirió no decirle nada al capitán, hasta que éste salió un día al corral y encontró a la paralítica acostada en la artesa, debajo del limonero.

—¿Qué es esto? —dicen que preguntó a varias mujeres que estaban allí cerca.

Ellas le dijeron que era Blanca. Entonces el capitán dijo:

—Esta mujer ya no sirve. Lo que deberían hacer es llamar a Ticho para que la lleve en la noche cargando a los basureros y la deje allí, para que se la coman los perros.

(Estos comentarios del capitán fueron posiblemente el motivo de que Serafina prefiriera no revelarles la verdadera suerte de Blanca.)

Dice el capitán:

Una noche de principios de agosto, cuando estábamos en la cama, ya a oscuras, Serafina me dijo que estaba perdiendo esperanza de poder reabrir el negocio. A mí me dio gusto que empezara a ver la razón, porque yo esa esperanza la había perdido hacía mucho tiempo. Pero no se me ocurrió preguntarle qué era lo que la hacía pensar así.

A la mañana siguiente desperté de buen humor, me puse los calzones y la guayabera y salí al corredor a respirar el aire fresco de la mañana. Era un día sin nubes, como si fuera de tiempo de secas. Por eso miré al cielo y vi los zopilotes. Eran dos y volaban en círculos, alrededor de un punto que parecía estar encima de mi cabeza.

Le juro que soy ateo, pero sentí una sensación tan fea que me persigné.

Fragmento del careo entre Aurora Bautista y Eustiquio Natera, alias Ticho:

Aurora Bautista: ¿No es cierto que un día estabas entrando en la casa con un costal de carbón en la espalda cuando doña Arcángela te dijo, "corta una rama de cahuatl y ve a espantar esos animales que andan en el corral", no es cierto que eso te dijo?

Ticho: No recuerdo la ocasión.

Aurora Bautista: ¿Tampoco te acuerdan de que fuiste a la mata y cortaste una rama grandecita y fuiste con ella a donde estaban los zopilotes y los espantaste y ellos revolotearon y volvieron a pararse en el piso?

Ticho: En los años que tengo de vida he espantado zopilotes varias veces. No sé cuál de ellas es la que quieres que tenga presente.

Aurora Bautista: La vez que doña Serafina se desesperó, sacó la pistola, te la entregó y te dijo, "mátalos a balazos", y entonces la señora Arcángela salió al corredor y les dijo, "¿qué es lo que quieren, asustar al vecindario?" ¿Ya no te acuerdas?

Ticho: Yo creo que no era yo el que estaba allí.

Aurora Bautista: ¿No eras tú tampoco el que estaba en la cocina con la Calavera, Luz María y conmigo, cuando entró el capitán Bedoya a pedir un jarro de agua, y después de beberlo dijo, "no sé de dónde viene esta jodiondez", y la Calavera le contestó, "del perro que se murió en la casa de junto"? ¿No eras tú el que estaba allí sentado, comiéndose una tortilla?

(Ticho contesta con evasivas a ésta y a las siguientes preguntas de Aurora Bautista:)

¿No es cierto que una tarde llegaste con un bote redondito y doña Arcángela te preguntó, "cuánto te costó la gasolina"?

¿No te acuerdas de que esa noche sacaste la pala y el pico y estuviste escarbando en el corral?

¿. . . y que más noche encendiste una lumbrera que duró mucho rato y que al día siguiente amaneció el aire apestoso?

Ticho: Yo creo que lo que dices lo viste en sueños. Nunca pasó.

EL CATORCE DE SEPTIEMBRE

1

El catorce de septiembre de 1963 las hermanas Baladro se reunieron con el señor Sirenio Pantoja —propietario de casas de prostitución en Jaloste— con el objeto de tratar la venta de las últimas quince mujeres que les quedaban. Esta decisión de parte de ellas indica que habían perdido toda esperanza de volver a abrir un negocio.

La reunión se llevó a cabo en una nevería de Pedrones llamada La Siberia, a las once de la mañana. Las Baladro tenían la obsesión de que don Sirenio no sospechara que estaban viviendo en el Casino del Danzón —el trato anterior, en el que le vendieron al mismo señor once mujeres, se efectuó en una banca de la Alameda en Pedrones— sin tener en cuenta probablemente que las mujeres que le vendían sabían este secreto.

Según parece, en la segunda ocasión don Sirenio quiso obtener condiciones más favorables —eran ellas las que lo habían buscado para proponerle el negocio y no él a ellas, como había ocurrido la primera vez—. Alegó haber tenido fuertes gastos recientemente y ofreció trescientos pesos por cada mujer. Las Baladro rechazaron el ofrecimiento e hicieron gestos como de que se retiraban ofendidas. Don Sirenio ofreció cuatrocientos. Las Baladro se quedaron en la nevería regateando. Cuando don Sirenio ofreció seiscientos y ellas estuvieron de acuerdo en vender, habían perdido la mañana, con los resultados que se verán más adelante.

2

El balcón que hay en el cabaret del Casino del Danzón no aparece en el proyecto original que hizo el arquitecto, rompe la ilusión que el resto del decorado pretende producir en el espectador —la de estar en el fondo del mar— y provocó, dicen, protestas apasionadas del joven decorador que había asesorado a las Baladro en la construcción del burdel. A pesar de tantos defectos, allí está el balcón.

Fue idea de Serafina quien en su viaje a Acapulco vio desde la calle, y nunca olvidó, a un trío de cancioneros, que acompañándose de guitarras cantaban desde un balcón, mientras unos turistas comían en un patio. Se le ocurrió que en una noche de gala —es decir, cuando llegaba algún político o personaje importante con sus amigos y hacía que se cerrara el local al público— hubiera sido bonito contratar a un trío, y que cuando menos esperaran los que estaban abajo, se abriera el balcón, aparecieran los cancioneros y le cantaran "Las Mañanitas" al que pagaba la cuenta.

El balcón se construyó, pero nunca llegaron a él los cancioneros. Sirvió para que en él aparecieran Arcángela y el licenciado Canales el día de la inauguración, cuando éste dio el grito que le costó el trabajo, sirvió para que Arcángela y Serafina vieran cómo se hacía la curación de Blanca y también sirvió para lo que a continuación se verá.

Conviene advertir que el barandal de hierro que había en el balcón nunca quedó bien puesto. El herrero que lo fabricó advirtió al maestro de obras que el barandal estaba mal colocado; el maestro de obras, después de cerciorarse de que, en efecto, el barandal estaba mal colocado, ordenó a un albañil que lo reforzara, el albañil, a su vez, prometió reforzarlo y nunca lo reforzó.

Meses después, ya terminada la obra, Arcángela comentó:

—Es fuerza que arreglen este barandal, porque está suelto. Si alguien se recarga aquí con ganas, lo desprende y se va de cabeza hasta el piso —que está cuatro metros más abajo.

Después de este comentario nadie volvió a acordarse del barandal hasta el 14 de septiembre.

3

Para llegar al balcón se pasa por el corredor que da a los cuartos. En el corredor estaban las mujeres al principio del pleito, dicen quienes las vieron.

La imagen es más o menos así: hay dos mujeres con las caras muy cerca una de la otra, frente a

frente, cada una está aferrada con ambas manos de las greñas de la otra. Tienen las facciones descompuestas, los ojos a veces cerrados por el dolor, a veces desorbitados, la boca torcida, les escurre una baba espumosa, los vestidos desarreglados y rotos —por un escote asoman los pedazos de un brassiere—. Se mueven al mismo tiempo, muy juntas, como si estuvieran bailando: tres pasos para allá, dos para acá, de vez en cuando un pisotón, un puntapié en la espinilla, un rodillazo en la barriga. Los ruidos que hacen las mujeres son casi animales: pujidos, quejidos, resoplidos, de vez en cuando, una palabra corta y malsonante —"puta", etc.

Cuando el pleito empezó las dos mujeres estaban solas, pero duró tanto que todas las que vivían en la casa se dieron cuenta de que algo raro pasaba y se fueron acercando al corredor para ver el espectáculo. (A esas horas la Calavera está en el mercado.)

Trece mujeres contemplan a dos desgreñarse sin que ninguna intervenga para separarlas. Esto es porque las dos que están peleando son "amigas del alma", es decir, son amantes, y las demás consideran que su pleito es asunto privado en el que no debe intervenir la comunidad. A esto se debe que durante un rato las mujeres hayan visto en silencio y con interés una lucha aguerrida pero pareja —un empujón para acá, un jalón para allá—, creyendo que estaba destinada a terminar con el agotamiento de las peleantes. El final del pleito hubiera sido incruento si las Baladro, que estaban en ese momento afuera de la casa, bajándose del coche del Escalera, se hubieran dado prisa: hubieran estado a tiempo para dar un grito y establecer las paces. O bien, si las que estaban peleando no hubieran tenido la mala suerte de acercarse al balcón, de darle una a otra un jalón muy fuerte, de golpear la otra el barandal con la nalga, de desprenderse el barandal y de precipitarse las dos, agarradas todavía de las greñas, de cabeza hasta el piso. Sus cráneos se estrellaron contra el cemento y se rompieron como huevos. En ese momento terminaron las dos sus vidas. Se llamaban Evelia y Feliza.

4

Las Baladro habían entrado por la puerta de la casa de la señora Benavides, estaban cruzando el boquete que unía las dos casas y entrando en su comedor cuando oyeron pasos, traspies, pujidos. Arcángela estaba a punto de preguntar "¿qué pasa?" cuando oyó, primero un golpe sonoro —nalga contra barandal—, después un crujido —el barandal se desprende—, golpe reverberante —barandal contra el piso—, golpe seco —cabezas contra cemento. Es posible que alguna de las que vieron ocurrir el accidente haya gritado, que una o varias mujeres hayan bajado por la escalera corriendo, pero la muerte acaba siempre por imponer su silencio en los que la contemplan.

Podemos suponer entonces que cuando las Baladro abrieron la puerta que da de la casa al cabaret, todo estaba en silencio. Entraron en un recinto lleno de polvo calizo y fueron distinguiendo, primero los fierros retorcidos, después las muertas, y por último, al levantar la mirada, en el marco del balcón sin barandal, cinco, seis y más mujeres que miran hacia abajo.

Podemos pasar por alto los equívocos —¿quién las empujó?—, las recriminaciones —ustedes tuvieron la culpa, por no separarlas—, etc. Las Baladro han de haber terminado por entender que toda la responsabilidad era de las víctimas. Descubrieron también, en uno de los cadáveres, el motivo posible del pleito: los dientes de oro de Blanca. Evelia tenía los dientes de oro de Blanca en el brassiere: la única parte de su ropa en donde se podía guardar algo, porque usaba vestidos escotados de una pieza, sin mangas y sin bolsas.

La historia de los dientes de oro de Blanca es la siguiente: Arcángela intentó quitárselos a su dueña cuando ésta estaba enferma, sin lograrlo; cuando Blanca murió, Arcángela tenía tantas preocupaciones, que se olvidó de quitarle los dientes a la muerta; en cambio, cuando hubo necesidad de desenterrar el cadáver para quemarlo, Arcángela se acordó de los dientes y decidió recuperarlos. Fue entonces cuando descubrió que habían desaparecido.

No dijo nada, pero pasó semanas cavilando. Una de las mujeres que vivían en la casa se había robado los dientes de Blanca. Ella —Arcángela—, Serafina, Ticho y la Calavera estaban por encima de toda sospecha —porque así le daba la gana pensarlo a Arcángela—; por consiguiente, la culpable tenía que ser alguna de las cuatro mujeres que habían tomado parte en la curación y después en el entierro. Al llegar a este punto del razonamiento la mente se le ofuscaba, por eso no había podido resolver el misterio: la culpable no sólo se cobijaba bajo el techo que ella y su hermana habían mandado construir con su dinero, sino que estaba comiéndose las tortillas que ella y su hermana

compraban. Y se había robado los dientes de oro, que a ellas les correspondían por derecho, como justa compensación de todos los sacrificios —y gastos tremendos— que habían tenido que hacer cuando Blanca estuvo enferma.

Este misterio quedó aclarado aquel 14 de septiembre. Los dientes medio asomaban en el brassiere de Evelia ya muerta. Arcángela, cuando andaba entre los escombros, los vio, los recogió, los guardó en su bolsa y se los vendió a un joyero de Pedrones quince días después en quinientos pesos. La culpable, al ser descubierta, no sólo retribuyó lo robado, sino que ya estaba castigada.

5

El desenlace abrupto deja una parte de la historia en secreto. Sólo pueden hacerse suposiciones. Las relaciones entre Evelia y Feliza duraron diez años, dicen sus compañeras. Fueron amantes constantes y apacibles, puestas como ejemplo y envidiadas por algunas de las otras empleadas. Según las descripciones, cumplían fielmente con sus obligaciones en el burdel, pero vivían como marido y mujer —Feliza le llevaba a Evelia el plato a la mesa y le remendaba la ropa, Evelia guardaba el dinero que ganaba Feliza—. Después de diez años de vivir en perfecta armonía, sin haber dado señales de discrepancia —en el tendedero estaba colgado el refajo de Evelia que había lavado Feliza—, acabaron matándose.

La explicación del desenlace debemos quizá buscarla en los dientes de oro de Blanca.

Años antes, cuando Blanca inventó la variedad en la que tenían que participar tres mujeres, escogió como compañeras de actuación a Evelia y a Feliza. Parece que entre las tres se estableció una relación que duró más que la variedad y más que la salud de Blanca. Evelia y Feliza visitaron a Blanca en el hospital del doctor Meneses, ayudaron al Escalera a subirla en el coche, después de que Serafina firmó los papeles que daban de baja a la enferma en el Hospital Civil de San Pedro de las Corrientes, ellas eran también quienes bajaban cargando a Blanca de su cuarto todas las mañanas, para ponerla en la artesa que estaba debajo del limonero, y quienes la subían cargando en las tardes a su cuarto otra vez, ellas quisieron tomar parte en la curación —Feliza fue quien trató de darle a beber CocaCola a la enferma para revivirla, Evelia fue quien fue a buscar la cobija.

Hipótesis: una de las dos, Evelia o Feliza, le quitó los dientes a la muerta cuando estaba tendida, en un momento en que se quedó sola con ella, no dijo nada a nadie, y tres meses después la que no sabía nada encontró los dientes en poder de su amiga, consideró el robo y el secreto una traición y agarró a la otra de las greñas.

Otra hipótesis: estando Blanca muy enferma y segura de que Arcángela iba a quitarle los dientes, prefirió cederlos en vida a la amiga que más quería —Evelia o Feliza—, y cuando la otra supo quién era la preferida, tuvo un ataque de celos con las consecuencias ya vistas.

Así pudo ser.

6

Ahora hay que volver al momento en que Arcángela y Serafina, después de haber abierto la puerta, entrado en el cabaret y distinguido entre la nube de polvo a las muertas, el barandal retorcido, los dientes de oro de Blanca, etc., levantan la mirada y ven asomar en el marco del balcón sin barandal cinco, seis, siete. . . hasta llegar a trece, rostros de mujeres que miran hacia abajo.

En ese instante, sin que ninguna de las afectadas se dé cuenta las relaciones entre las dueñas de la casa y sus empleadas se modifican radicalmente. Las mujeres asomadas en el balcón son testigos de que allí abajo hay dos muertas y de lo que más tarde se hará con los cadáveres. Las Baladro son las dueñas de la casa, las directoras de la comunidad y, por consiguiente, las responsables de lo que ocurra en ella.

En apariencia todo se simplifica. No hay necesidad, por ejemplo, de hacer el entierro a la media noche, procurando no hacer ruido para no despertar a las durmientes. A las seis de la tarde, cuando Ticho regresa de un trabajo —de cargar sacos de cemento—, la Calavera lo conduce al rincón del corral, a pocos metros de la tumba de Blanca, y le ordena que cave una fosa doble, de un metro ochenta de hondo, sin importar que el zapapico y la barreta hagan ruido al golpear contra el tepetate. Ticho obedece y a las doce de la noche Evelia y Feliza están enterradas.

Esa noche, debido a un asunto relacionado con el servicio, el capitán Bedoya no visitó a Serafina, ni el 15 de septiembre, por ser víspera de desfile y estar la tropa acuartelada. El 16 en la noche, el

capitán llegó a la casa mortificado: el caballo tordillo se había encabritado cuando el desfile iba en plena avenida Juárez, de Pedrones, y casi lo había desmontado. Sentía que había hecho el ridículo ante los soldados a su mando y cientos de espectadores. El sable se le había caído al piso, un niño lo había recogido y se lo había entregado, haciéndolo sentir todavía más humillado.

—Quiero beber para olvidar mi vergüenza —se había dicho el capitán cuando caminaba cabizbajo, con las manos en las bolsas, hacia la calle Independencia.

En este estado de ánimo, Serafina le dio la noticia de que Evelia y Feliza habían fallecido y estaban en el corral. (Serafina, que nunca le había revelado a Bedoya lo que había sucedido con Blanca, había sentido remordimientos al verlo tan ignorante, preguntando qué sería lo que olía a muerto.) Empezó la conversación Serafina, diciendo:

—Voy a decirte una cosa, porque no quiero que haya secretos entre tú y yo, etc.

Cuando la noticia estuvo dada, el capitán contestó:

—Muy bien. Ahora nomás te hace falta que se mueran las otras trece para enterrarlas en el corral.

Meses después, durante el juicio, el capitán declaró que esta frase la dijo de guasa, y el juez no se lo creyó.

El 18 de septiembre Serafina llamó por teléfono a don Sirenio Pantoja y le dijo, "con mucha pena", que su hermana había cambiado de opinión y decidido no vender las mujeres como había quedado. Dice don Sirenio que por el tono de voz de Serafina comprendió que era inútil hacer un ofrecimiento mejor. Pensó que o ya habían vendido a otro comprador o estaban decididas a no vender a ningún precio.

LA LEY MARCIAL

1

Cada año, en el 24 de septiembre, una de las mujeres, María del Carmen Régulez, tenía la costumbre de visitar a su madre que se llamaba Mercedes.

En la antevíspera de esta fecha María del Carmen pedía a Serafina permiso para no trabajar en la noche del 24, y a Arcángela le pedía dinero, ya fuera del que ésta le tenía "guardado", o, cuando estaba muy bajo su saldo, prestado. Dice María del Carmen que nunca, hasta el último año, había tenido dificultad: Serafina le daba siempre permiso y Arcángela le entregaba el dinero. El día 23 María del Carmen salía del burdel al mercado, compraba un ramo de flores, de preferencia gladiolas, que llegaban siempre marchitas a los brazos abiertos de la festejada, y una tela para vestido, o un rebozo o unos zapatos. Al día siguiente la jornada empezaba rayando el sol, porque María del Carmen tenía que tomar tres camiones para llegar al rancho donde vivía su familia. Se apeaba del tercero de éstos en una loma pelada y caminaba por una vereda apenas visible hasta llegar a un pitayó. Desde allí se divisaban las casas y la nopalera.

Cada año los perros desconocían a María del Carmen, cada año salían la madre y las cuñadas de la cocina a tranquilizarlos, cada año al verse las mujeres otra vez juntas, lloraban, cada año entraban en la cocina, se sentaban alrededor del brasero y hablaban —alguien había muerto, había nacido un niño, la cosecha se había perdido—. Los hombres regresaban del campo a la media tarde, la familia se sentaba a comer, María del Carmen ayudaba a servir la mesa. Sólo la madre sabía el oficio de su hija —como que había sido ella quien la había vendido—, el resto de la familia creía que era criada. En la noche tomaban té de hojas de naranjo con alcohol y se emborrachaban.

Al día siguiente, rayando el sol, María del Carmen emprendía el regreso al burdel.

Aquel año, el 22 de septiembre, María del Carmen pidió a Serafina permiso para ir al rancho y Serafina, por primera vez, se lo negó.

—Mi hermana —dijo— ha decidido que no salgan a la calle más que las que van con la Calavera al mercado a comprar la comida.

No explicó el motivo de la prohibición, ni dijo cuánto tiempo iba a durar su vigencia. María del Carmen no se atrevió a preguntar ninguna de las dos cosas porque, como todas las empleadas de las hermanas Baladro, tenía miedo de las patronas. En cambio, comentó con sus compañeras que Serafina le había prohibido ir al rancho y que le había dicho que nomás las dos mujeres que iban con la Calavera al mercado —que siempre eran las mismas— iban a poder salir a la calle. Estas conversaciones, repetidas muchas veces en la indolencia del burdel cerrado, hicieron que las once mujeres que habían sido excluidas del privilegio se sintieran cautivas y, lo que es más importante, unidas.

2

Rosa N y Marta N eran las dos mujeres que salían de la casa, acompañando a la Calavera, a comprar la comida. Rosa aparece en el Padrón Antivenéreo de San Pedro de las Corrientes con los nombres sucesivos de Margarita Rosa, Rosa de las Nieves y María del Rosal. En el burdel le decían Rosa a secas. Tuvo fama de obediente. Cuando los burdeles estaban abiertos —dicen quienes la trataron— era la primera en bajar de su cuarto y presentarse ante la patrona —Serafina o Arcángela, porque con las dos trabajó— para que le diera el visto bueno. Si ésta le encontraba algún defecto —el esmalte de las uñas desprendiéndose en costras, o un moño prendido del cabello que no iba con el color del vestido—, Rosa regresaba de buen modo a su cuarto —cosa que ninguna otra hacía— y procuraba corregirlo. En los burdeles cerrados, Rosa se distinguió por hacer trabajos pesados, desagradables o innecesarios, como lavar el revés de cazuelas cochambrosas, o cargar la canasta más pesada del mercado.

La otra fama que tenía Rosa era de delatora —rajona—. Fama sustentada en dos incidentes: en una ocasión un cliente borracho se quitó el reloj de pulsera y lo puso sobre la mesa, una de las mujeres que estaban sentadas con él lo tomó y lo guardó. La única persona que presencié esta

acción fue Rosa. Antes de terminar la velada Arcángela intervino, obligó a la culpable a devolver la prenda y le impuso de castigo una multa que la otra tardó en pagar seis meses. En otra ocasión, Carmelo N, que fue mesero de la casa del Molino en una época, inventó un sistema para defraudar a Serafina: consistía en entregar a varias mujeres que eran cómplices suyas fichas por consumos imaginarios, las mujeres entregaban las fichas a Serafina, cobraban su comisión y le daban una parte de ésta a Carmelo. Este negocio particular duró hasta que Carmelo cometió el error de invitar a Rosa a formar parte de su organización. Al día siguiente perdió el empleo.

Aparte de ser obediente y rajona, Rosa no tenía más virtudes. Era verdiosa, tenía un catarro perpetuo —cuando se sonaba las narices, dice la Calavera, "parecía un clarín de órdenes"— y expresión de mártir. Los hombres que se acercaban a ella lo hacían por estar muy borrachos o por no ver bien en la luz engañosa del cabaret. En las mesas, dicen las que la conocieron, su tema de conversación predilecto era lo mal que la había tratado el destino —"la vida me jugó chueco", decía con frecuencia—. Pocos eran los hombres que se atrevían a subir al cuarto de Rosa y menos los que estuvieron en él dos veces.

Las Baladro soportaron a Rosa diez años y medio, en parte por obediente, en parte por delatora, pero sobre todo, porque no lograron deshacerse de ella. Primero se la pasaron una a la otra, después intentaron venderla varias veces a un tercero, pero los compradores, al verla, la rechazaron. Por fin las Baladro se resignaron y la usaban para ahuyentar clientes molestos o insolventes.

Rosa, que tenía ingresos minúsculos, acumuló en diez años la deuda más grande que aparece en el libro de Arcángela —cuarenta y cinco mil cuatrocientos pesos—. Es posible que, con la falta de lógica propia de la avaricia, Arcángela haya tenido la esperanza de que Rosa se volviera atractiva de la noche a la mañana y lograra pagarle a la familia todo el dinero que debía.

3

La perdición de Rosa fue caminar por el corredor que daba a los cuartos a hora en que no debía.

Aurora Bautista, una de las mujeres que vivían en el Casino del Danzón, al conversar con María del Carmen y enterarse de que excepto las dos que salían con la Calavera, ninguna iba a poder salir a la calle, decidió escapar del burdel.

Expuso su idea a tres de sus amigas y ellas estuvieron de acuerdo en acompañarla. Se reunieron varias veces en el cuarto de una de ellas para hacer planes. Decidieron que la fuga tenía que hacerse en la noche, entre las once, hora en que todos estaban dormidos, y las doce, hora en que salía el último camión que iba a Pedrones. En cuanto a salir de la casa, no podía hacerse por donde lo hacían las Baladro, porque hubieran necesitado la llave del comedor, que siempre colgaba en el seno de Serafina; brincar una de las bardas significaba caer en un corral ajeno, entre perros desconocidos; no quedaba entonces más que usar una escalera de mano para llegar a la azotea del Casino, pasar dando un brinco a la de la señora Benavides, de la que podían bajar fácilmente al nivel de la calle, y salir por la puerta, que se quedaba atrancada por dentro.

En la casa había una escalera de mano que se guardaba en la covacha donde dormía Ticho. Ticho tenía la fama de dormir un sueño de piedra.

La tarde en que las amigas se pusieron de acuerdo en escapar del burdel por medio de una escalera de mano, oyeron un ruido en el corredor, como si hubiera alguien afuera de donde estaban hablando. Las cuatro mujeres se quedaron calladas. Luz María, la dueña del cuarto, se levantó sigilosamente y abrió la puerta. Vio que no había nadie precisamente afuera, pero que a unos metros, caminando por el corredor en dirección a donde ella estaba, iba Rosa. . .

Las mujeres estuvieron un rato sopesando la posibilidad de que Rosa pudiera haberlas oído, pero llegaron a la conclusión de que no era probable. Sin embargo, en vista de este incidente ambiguo, decidieron adelantar la partida y fugarse esa misma noche.

Podemos imaginar el equipaje, las bolsas de pita, las cajas de cartón amarradas, etc.; cada una puso de sus pertenencias lo máspreciado —el vestido anaranjado, el bolero de peluche, la bolsa con chaquiras, los zapatos de charol—, teniendo en cuenta, al hacer la selección, que iba a ser necesario dar un brinco y, posiblemente, echar a correr por la calle. Dicen que con el dinero que reunieron entre las cuatro les alcanzaba para pagar el pasaje a Pedrones y les sobraban cuarenta y cinco pesos, con los que pensaban seguir viajando, no sabían en qué dirección, pero alejándose siempre de Concepción de Ruiz.

En la noche, cuando todo estaba en calma, las mujeres se reunieron en el corredor, descalzas, bajaron la escalera y cruzaron el patio. Una de ellas, Luz María, confiesa haber recogido una piedra redonda grande, que tenía que sostener con ambas manos, con intenciones de golpear a Ticho en la cabeza en caso de verlo despertar. Entraron en la covacha, que no tiene puerta. Ticho no despertó, pero ellas, a tientas, se dieron cuenta de que la escalera de mano no estaba en donde siempre había estado.

Salieron de la covacha desconcertadas y se reunieron en la cocina a oscuras. Allí tuvieron una conferencia en voz baja. Llegaron a la conclusión de que Rosa las había delatado. Esto las enfureció.

La siguiente escena debe ser así: hay una mujer dormida en una cama grande, en un cuarto oscuro; se abre la puerta silenciosamente —desde que el burdel había sido clausurado, las Baladro quitaron los pasadores de los cuartos, de manera que las mujeres no podían encerrarse—, en la claridad del umbral se ven pasar varias siluetas; la puerta se vuelve a cerrar.

No se sabe si Rosa despertó cuando las otras encendieron la luz, cuando la descubrieron o cuando empezaron a golpearla. Ni siquiera se sabe si las que la atacaron encendieron la luz o si la golpearon a oscuras. Tampoco se sabe si el miedo hizo enmudecer a Rosa, si las atacantes le impidieron gritar o si gritó con todas sus fuerzas y nadie la oyó.

—La chancletearon —dice la Calavera al describir esta venganza.

Las heridas de Rosa fueron causadas por los tacones altos de los zapatos con que las otras la golpearon.

Al día siguiente, cuando todas las mujeres, menos Rosa, almorzaban en la cocina, la Calavera subió al cuarto de ésta a ver qué le pasaba. Al acercarse a la puerta oyó el gemido. Rosa estaba en la cama, seminconsciente, cubierta con una cobija. No tenía heridas en la cara, pero su cuerpo y especialmente las nalgas, estaba lleno de moretones y heridas que con el tiempo y la mala atención supuraron y se hicieron llagas.

4

Rosa no supo —o no quiso— decir quiénes la habían atacado. Las Baladro, que habían decidido castigar severamente aquel "desorden", no sabían a quién atribuir el asalto —lo que indica que Rosa no había denunciado la fuga proyectada y que la escalera de mano no había estado en su sitio por casualidad— y no hallaban qué hacer para descubrir a las culpables.

La mujer que sirvió aquel mediodía la mesa de las patronas afirma que fue el capitán Bedoya quien aconsejó a éstas la manera de descubrir la identidad de las responsables.

Las mujeres lo vieron pasearse cabizbajo por el corral, agacharse de vez en cuando, levantar una piedra, sopesarla, y apartar en un montón las que eran boludas, ni muy ligeras ni muy pesadas. Después anduvo examinando los pisos de la casa, hasta que dio con el de la azotehuela que le pareció el más apropiado para lo que quería hacer. (La azotehuela está entre la covacha del carbón y la cocina, es parte de la construcción antigua y tiene piso de piedra laja puesta de canto.)

Las Baladro reunieron a las mujeres en la azotehuela y Arcángela dijo:

—Digan quién le pegó a Rosa.

Nadie contestó.

Arcángela ordenó a las mujeres hincarse en el piso irregular y cuando obedecieron, el capitán, que allí estaba, les explicó cómo deberían poner los brazos: extendidos, en cruz, con las palmas de las manos extendidas también, hacia arriba. Cuando todas estuvieron en esta postura, el capitán y la Calavera fueron poniendo una piedra de las que él había escogido antes, en la palma de cada mano.

A una mujer que soltó una piedra Arcángela le dio un varazo. (Éste fue el primer castigo corporal impuesto en el Casino del Danzón. La vara con que se dio y otras las había cortado el capitán esa tarde de la mata de cazahuate.) En menos de quince minutos, dicen, confesaron las culpables, y se suspendió el castigo de las que no lo eran.

Aurora Bautista, Luz María, María del Carmen y Socorro fueron conducidas por la Calavera al salón Bagdad, en donde se les sometió a otro castigo inventado también por el capitán. Consistía en que, por turnos, cada una de las castigadas golpeaba a las otras tres, hasta que las cuatro quedaron tan magulladas que pasaron varios días sin poder moverse.

(En los veintitrés años que el capitán Bedoya sirvió en el Ejército, no se tiene noticia de que haya

impuesto ningún castigo corporal, ni los que sirvieron con él, o a sus órdenes, recuerdan haberlo visto mezclado en ningún acto de crueldad. Durante el juicio, al ser interrogado sobre su participación en la "penitencia" y en los golpes que las mujeres se dieron unas a otras, el capitán reconoció haber ideado ambas prácticas y explicó:

—Consideré que aquellas mujeres eran culpables de un acto de insubordinación, y que era necesario descubrirlas y castigarlas de manera ejemplar.

—¿Está usted satisfecho de su proceder en esa ocasión? —le preguntó el juez. —Sí, señor.

5

En vez de que los ánimos se calmaran, al día siguiente de los "castigos ejemplares" ocurrió otro acto de insubordinación.

Fue así: Marta Henríquez Dorantes, la otra mujer que tenía permiso de salir de la casa acompañando a la Calavera al mercado, estaba en los lavaderos exprimiendo su ropa, cuando se dio cuenta de que varias de sus compañeras se habían acercado y estaban alrededor de ella, en silencio, y sin hacer nada que justificara su presencia en aquel lugar.

Estaba apenas dándose cuenta de estas circunstancias cuando las otras se echaron sobre ella. Como eran cuatro la dominaron fácilmente. La tumbaron al piso, la amordazaron y la ataron con la ropa húmeda que acababa de lavar, la hicieron levantarse y estuvieron a punto de darle una muerte extraña. En un rincón del corral había un excusado común antiguo que estaba en desuso desde hacía muchos años. Las mujeres llevaron a Marta arrastrando hasta esta construcción, quitaron las tablas del común e intentaron meterla en el agujero. (Por las descripciones de este hecho se deduce que las atacantes tenían intención de enterrar viva a la víctima.) Su gordura la salvó. Marta es una mujer de osamenta muy ancha y por más esfuerzos que hicieron las otras no lograron hacerla pasar por el orificio. Estaban en el forcejeo cuando llegó la Calavera.

En esta ocasión no hubo castigo, sino separación. Las Baladro decidieron que las cuatro mujeres que habían atacado a Marta fueran llevadas al rancho Los Ángeles y encerradas en la troje, mientras que las cuatro que habían atacado a Rosa fueron encerradas cada una en su cuarto, con un candado en la puerta.

Por considerar que cuatro mujeres aisladas justifican montar guardia en las noches, el capitán Bedoya hizo que a partir de la siguiente, un soldado de confianza —el Valiente Nicolás— se quedara en el Casino del Danzón, armado, y estuviera a las órdenes de las Baladro, en caso de que algo se ofreciera.

LO QUE HIZO TEÓFILO

1

Teófilo Pinto, el marido de Eulalia Baladro, es un hombre taciturno, con la expresión funérea de quien "trabajó toda la vida honradamente y sin descanso, para perder tres veces todo lo que tenía y acabar en la cárcel".

Al explicar su actuación dice:

Como negocio, el rancho Los Ángeles fue un fracaso. Mis cuñadas tuvieron la culpa porque no me entregaron el dinero que me habían prometido. Habían dicho que iban a abrir en el banco una cuenta en mi nombre y depositar en ella quince mil pesos, para que yo fuera sacándolos conforme se fuera necesitando y gastándolos en lo que considerara prudente. ¿Vio usted la cuenta? ¿Vio usted los quince mil pesos? Pues yo tampoco.

Mandaban a Ticho cada sábado, con el dinero justo para pagar la raya. Si había un gasto imprevisto, yo tenía que hacerlo con mi dinero y después tenía que mandarles recados con Ticho, para que me lo devolvieran.

La situación había sido mala, pero se puso peor a mediados de octubre. Llegó el sábado y llegó el mediodía y Ticho no apareció. Los peones y yo nos sentamos en la punta del caño y nos quedamos mirando la carretera, viendo pasar camiones, sin que ninguno se detuviera y se bajara de él Ticho con el sobre de los centavos. Cuando estaba metiéndose el sol no aguanté la vergüenza. Fui a la casa, saqué de un cajón el dinero que Eulalia había guardado para un caso de enfermedad, regresé a donde estaban los peones y le entregué diez pesos a cada uno.

—Tengan paciencia, muchachos —les dije—. El lunes les pagaré lo que falta.

Ellos se fueron con la cabeza gacha, ya casi de noche, guardando los diez pesos.

Todo el domingo esperé noticias de mis cuñadas, pero no hubo señal de ellas. Yo hubiera querido hablarles y decirles lo que pasaba y que aquello no podía seguir así, pero ellas nunca quisieron decirme dónde vivían.

El lunes regresaron los peones y estuvieron trabajando hasta el mediodía, pero al llegar esa hora y ellos ver que Ticho no aparecía con el dinero, suspendieron el trabajo y se fueron. Regresaron martes y miércoles, a cobrar, y como no pude pagarles, esa noche me hicieron una trastada.

Yo había puesto catorce láminas tendidas sobre el caño del riego, para evitar que se trasminara el agua y se fuera sobre el camino. Pues bien, los peones, al perder la esperanza de cobrar su sueldo, regresaron en la noche del miércoles, cuando mi esposa y yo estábamos dormidos y se llevaron las láminas.

Al día siguiente me levanté, asomé a la ventana y lo primero que vi fue el espejo del agua brillando sobre el camino. No me costó trabajo imaginar quién era el culpable del daño: se necesita una mala intención para llegar a un lugar tan apartado y llevarse cargando catorce láminas.

Creo también que algo le hicieron los peones al tractor. porque ese día jueves se paró en la mitad del barbecho y por más que hice no pude echarlo a andar.

Regresé a la casa desesperado.

—Ganas me dan —le dije a mi esposa— de hacer las maletas, pararnos tú y yo con ellas en la carretera, subirnos en el primer camión que pase y viajar en él a donde nos lleve, para no volver a saber ni de este rancho ni de tus hermanas.

Eso fue lo que debimos hacer y no hicimos.

Eulalia no quería ofender a sus hermanas y yo no insistí porque tenía la esperanza de que mis cuñadas me pagaran el dinero que me debían. Además quería ver nacer el trigo que estaba sembrado.

El lunes siguiente estábamos en la cocina comiendo cuando oímos un coche que pitaba como si estuviera pidiendo auxilio. Salimos al portal y desde allí lo vimos: era el coche azul en que siempre viajaban mis cuñadas que se había atascado en el lodazal del camino. Estaba lleno de gente. Tuve que cargar piedras y ponerlas en el lodo para que Arcángela pudiera bajarse del coche sin embarrarse los zapatos. Cuando ella llegó a terreno firme yo le reclamé por no haberme mandado el

dinero de la raya el sábado y le dije que los peones se habían ido. Ella me interrumpió.

—Espérate, que lo que voy a decirte es más serio.

Hizo que yo caminara con ella unos pasos, hasta que sintió que los que estaban en el coche no podían oírnos. Entonces me dijo estas palabras:

—En el coche vienen cuatro muchachas que se han portado muy mal: necesito apartarlas de las demás para que no les den malas ideas. Voy a dejarlas aquí unos días, mientras se sosiegan.

Entonces me di cuenta de que en el asiento trasero del coche había cuatro mujeres que me miraban muy raro. Estaban asustadas.

Arcángela me dio varios consejos:

—Tenlas encerradas. Dales de comer lo que quieras. Si ves que alguna se quiere escapar, sacas la carabina y le das un tiro.

2

La troje del rancho Los Ángeles es un cuarto alargado, con piso de cemento, muros de tabique sin aplanado y techo de concreto. La luz es poca y entra por una claraboya que está arriba de la puerta, la cual es de mezquite y se cierra por fuera con aldabón y candado. La claraboya tiene una cruz de fierro, entre cuyos brazos no pasa una persona.

Al preparar la troje para que en ella vivieran las cuatro mujeres, Teófilo sacó de ella todo lo que hubiera facilitado la huida —una cuerda, un banco, una escalera—, o servido de arma —un barretón, un taburete, una pala—. No dejó en el interior más que unos olotes y un montoncito de tamo.

Teófilo entregó a las mujeres varios petates que ellas pusieron en el piso. Ellas traían cobijas, pero pasaron fríos, porque no había manera de cerrar la claraboya y porque fue un mes de noviembre muy riguroso —cayeron cuatro heladas—. Las cuatro mujeres se resfriaron y al cabo de varios días se aliviaron.

Una de las partes oscuras de esta historia es que dos personas tan orgullosas de su honorabilidad como el matrimonio Pinto hayan accedido a servir de carceleros, sin oponer la menor resistencia. La explicación parcial de este enigma puede estar en el cheque de dos mil pesos, girado sobre la cuenta de Arcángela Baladro, que Teófilo hizo efectivo en el Banco de Abajo, en Pedrones, el día 3 de noviembre. A partir de esa fecha, no hay constancia de que Teófilo haya tratado de contratar nuevos peones. Una buena parte del terreno ya barbechado se quedó sin sembrar. Las únicas actividades agrícolas que se llevaron a cabo las hizo Ticho —a quien las Baladro ordenaron que en vez de irse a trabajar en alguna bodega, cargando costales, fuera todas las mañanas al rancho "a ver qué se ofrecía" —. Él fue quien recogió las mazorcas del maíz que estaba en toriles, las puso en costales y las llevó cargando a la casa, y él era el que se ponía las botas de hule, cogía la pala y se pasaba el día entre el lodo, regando el trigo que estaba sembrado. A Teófilo, mientras tanto, le dio por obsesión echar a andar el tractor y pasaba horas dándole vueltas al cabezal, sin lograr más que explosiones falsas.

Las cuatro mujeres vivieron tres semanas en la troje, durante las cuales, parece, no sufrieron maltrato ni de Teófilo ni de Eulalia. Su vida era así: por la mañana, temprano, Teófilo abría la puerta y las dejaba salir al campo un rato, para que hicieran sus necesidades y se lavaran, si querían, con el agua de la noria. Después las volvía a encerrar. A eso de las nueve Teófilo abría la puerta por segunda vez y Eulalia entraba llevando las cazuelas de la comida. Las prisioneras almorzaban tortillas, frijoles, salsa de chile y una jarra de té de hojas de naranjo. No alcanzaban a llenarse pero tampoco se quedaban con mucha hambre. Eulalia regresaba por los trastos vacíos y ella misma los lavaba. Las mujeres pasaban el día encerradas. A las seis de la tarde Teófilo las dejaba salir al campo otro rato, al cabo del cual ellas volvían a entrar en la troje, cenaban los mismos platillos, en igual cantidad, que habían comido en el almuerzo y, después de retirar los platos, Teófilo cerraba el candado para no volver a abrirlo hasta el día siguiente.

Las relaciones entre los esposos Pinto y las prisioneras eran relativamente cordiales. Teófilo advirtió a las mujeres:

—Entre ustedes y nosotros no hay enemistad ni pleito. Ustedes están pasando unos días aquí porque ésa fue la orden que dio doña Arcángela. La otra orden que dio es que no las dejara irse. Estén ustedes tranquilas en esta casa, en donde nadie les hace mal modo y en donde nada les falta y

no tendremos dificultad.

Una de las mujeres se atrevió a preguntar cuánto tiempo habían de estar encerradas, a lo que Teófilo contestó:

—El que doña Arcángela disponga.

3

Ticho se levanta antes de que amanezca —por gusto, prefiere pasar el día en el campo que cargando costales en las bodegas—, se viste de entre coime y labriego: camiseta agujerada, traje de casimir, huaraches y sombrero ancho, y viaja en el primer camión que sale de Concepción de Ruiz. Llega al rancho clareando, cuando todos están dormidos excepto un perro, que no le ladra. Se pone las botas que están debajo del tejaban y con la pala en la mano se va a buscar el riego y a ver qué perjuicios y qué avances logró el agua durante la noche.

El día y a la hora que nos interesan Ticho estaba parado en la punta del caño, cerca de la carretera. Podemos imaginar lo que vio:

Alejándose de él, paralelos y juntos, están el camino y el caño de riego. El camino es atascoso, con lodazal y charco; el caño está sobre un bordo de tierra cubierto de yerba verde. Estos dos elementos dividen el rancho en dos partes. A la derecha de Ticho está el terreno sembrado y regado: una superficie de tierra negra con puntas diminutas de trigo verde. A su izquierda está el barbecho abandonado: negro cenizo, con terrones como peñascos. En el otro extremo del caño y del camino, está la noria, junto a la noria, la troje y junto a la troje, la casa. La casa está pintada de blanco, tiene un portal y dos ventanas, la troje es del color del ladrillo y tiene una puerta cerrada. Unos metros a la izquierda de la casa está el tejaban y debajo del tejaban, el tractor —rojo.

Es en la mañana, temprano. No hay una nube. Hace frío.

Una figura humana sale del portal de la casa, va a la troje y abre la puerta grande. Poco a poco, sin prisas, van saliendo de la troje cuatro figuras envueltas en trapos. Se paran un momento en el sol, después van a donde está la cerca, se levantan las enaguas y se ponen en cuclillas, en hilera. La figura que abrió la puerta se mueve hacia el tejaban, se indina frente al tractor, hace un movimiento brusco y una voluta blanca aparece encima del tubo de escape. Se oye la explosión falsa y después nada. Otra figura aparece en el portal de la casa y allí se queda, inmóvil.

Ticho se distrae, se inclina sobre la pala, mueve un terrón para que corra el agua, refuerza un bordito, etc. No vuelve a levantar la cabeza hasta que oye el grito.

Cuando vuelve a mirar la escena, la situación ha cambiado. Las cuatro mujeres que estaban en cuclillas están ahora corriendo por el barbecho. Ticho comprende que están tratando de cruzarlo sesgado, para llegar a la carretera en el punto más alejado de donde él está parado. La figura que estaba en el portal ha desaparecido, la que estaba en el tejaban se mueve hacia el portal. Las cuatro figuras que corren por el barbecho se van separando unas de otras. La carrera es difícil, los pies se tuercen, se les hunden entre los terrones, corren y no avanzan. Las otras dos figuras están ahora en el portal. La que había entrado en la casa y ha vuelto a salir le entrega a la que acaba de llegar del tejaban un objeto que ésta coge con las dos manos.

Esta figura, erguida, se queda inmóvil un momento. No se ve ni el fognazo ni el humo. Las detonaciones cogen a Ticho por sorpresa y lo sobresaltan.

LA MALA RACHA

1

—Dice el señor don Teófilo que las cuatro mujeres que usted le dejó encargadas ya se le estaban fugando, por lo que, en obediencia de las órdenes que usted le tenía dadas, disparó sobre ellas con aquella carabina que usted le había dado para que cuidara las vacas. Una ya se murió. Otra está agonizando. Las otras dos se rindieron y pudimos volver a encerrarlas. Ésta es la novedad. Dice don Teófilo también que está en espera de las nuevas órdenes que usted quiera darle.

Estas fueron, mutatis mutandis, las palabras con que Ticho dio a Arcángela la noticia, una hora escasa después del suceso. Es posible imaginar las que dijo Arcángela al oírlas. Ella no admitió, ni entonces ni después, ni admite ahora, haber pronunciado la palabra "carabina" en relación con las cuatro mujeres que llevó al rancho Los Ángeles.

—Le dije que las cuidara, que las atendiera, que no dejara que se fueran, pero no que las balaceara.

En la actualidad se refiere a Teófilo invariablemente como "el pendejo de mi cuñado".

Conviene advertir que ni el Escalera, que fue quien llevó a las mujeres al rancho, ni Eulalia, que salió con Teófilo al encuentro del coche cuando éste se quedó atascado, oyeron a Arcángela hablar de la carabina.

El resultado es el mismo: Arcángela dio a Teófilo la carabina, llevó a las mujeres al rancho, y Teófilo, sintiendo que así cumplía una orden que Arcángela le había dado, disparó sobre ellas.

Al poco rato de recibir la noticia Arcángela se sintió mal —se enfermó del coraje, según ella—, tuvo que acostarse y la Calavera le llevó a la cama una taza de té de istafiate. Según la Calavera, Arcángela dijo en esa ocasión: —Se me hace, Calaverita, que ya nos llevó la chingada.

Mientras Arcángela se reponía, Serafina y Ticho fueron al rancho Los Ángeles en el coche del Escalera. Cuando llegaron la mujer herida había muerto.

No hay memoria de que Serafina haya reprochado a Teófilo su actuación. Se limitó a tomar las disposiciones que consideró prudentes: caminó por los campos seguida de Ticho, que llevaba en el hombro una pala y un pico, hasta que encontró un lugar que le pareció adecuado. Estaba lejos de la carretera, al pie de un bordito, protegido de miradas indiscretas —aunque no había quien las echara— por unos nopales. Allí le ordenó a Ticho excavar.

Mientras este trabajo se hacía, Serafina regresó a la casa del rancho. Había llegado a la conclusión de que ni Teófilo ni su esposa estaban capacitados para "cuidar mujeres", por lo que hizo que su cuñado abriera la troje, ordenó a las dos mujeres que estaban allí encerradas que se subieran en el coche, y regresó con ellas al pueblo. Después de dejarlas, cada una en un cuarto, otra vez encerradas, hizo un segundo viaje al rancho, a supervisar el entierro.

La ropa de las muertas se puso en un montón al que se le prendió fuego. Los cadáveres, envueltos en costales, fueron llevados del tejaban —donde habían estado tendidos— a la fosa, por Ticho, el Escalera y Teófilo, que al principio se resistió a participar en la tarea funérea. Cuando el Escalera y Ticho cubrieron la fosa y borraron los rastros lo mejor que pudieron, Serafina se dio por satisfecha. Estaba oscureciendo. Hacía frío. Eulalia los invitó a pasar a la casa a comer algo —los hombres estaban hambrientos—, pero Serafina rehusó la invitación y dijo que era hora de regresar al pueblo. Todos fueron al coche y allí se despidieron: Serafina le dio un beso a su hermana, Teófilo abrió la portezuela del coche y dicen que preguntó a su cuñada:

—¿Qué órdenes me dejas ahora?

—Ninguna —contestó Serafina—. Cuando Arcángela se sienta mejor decidirá qué hace contigo.

Dicho esto, regresaron al pueblo. Teófilo y Eulalia se quedaron en el rancho solos, con dos crímenes en la conciencia, dos cadáveres enterrados a cincuenta pasos, al pie del bordito, y el sentimiento molesto de no haber satisfecho a quienes les daban trabajo.

En las semanas que siguen, la comunidad del Casino del Danzón se divide y se reagrupa varias veces, de acuerdo con las oscilaciones oscuras del capricho de Arcángela.

Las cuatro mujeres que habían golpeado a Rosa fueron separadas de sus compañeras como la peste. Durante un tiempo ocuparon el escalón más bajo en la jerarquía del burdel: vivían encerradas, cada una por separado, en los cuartos más oscuros de la casa. La Calavera llevaba a sus cuartos, dos veces cada día, tortillas y frijoles, en cantidades que siempre las dejaban con hambre. En cambio, las tres que no habían participado en ningún asalto, y Marta, tenían libertad para andar por la casa, inclusive podían entrar en la cocina y prepararse un bocado cuando sentían hambre intempestiva. Su única limitación era la calle, a la que no podían salir tres de ellas. La otra, Marta, podía hacerlo sólo acompañando a la Calavera al mercado. Rosa, que seguía enferma; sin poder moverse, estaba relativamente bien atendida, en su cama. Estas mujeres y sus patronas comían modestamente, pero bastante: frijoles y tortillas, los que quisieran, sopa de fideo, de vez en cuando, guisado de carne, dos o tres veces por semana, especialmente cuando se quedaba a cenar en la casa el capitán Bedoya —a quien la Calavera servía siempre un huevo en el almuerzo, huevo que las otras nomás veían pasar en un plato—. A las nueve de la noche llegaba el Valiente. El capitán le había dado órdenes de llevar ropa de civil cuando estuviera al servicio de las Baladro, pero él, que no la tenía en cantidad suficiente, llegaba la mayoría de las noches con una camisa reglamentaria, en cuyo cuello podían leerse, desteñidos, los números del regimiento. La Calavera lo consentía. Le daba de cenar dos huevos ahogados en una salsa de chile cascabel, un altero de tortillas y una jarra de té de hojas de naranjo, con el objeto, decía la Calavera, de que el otro pudiera resistir mejor "los fríos". El Valiente dizque hacía guardia para que no se escaparan las cuatro reclusas. En realidad, se envolvía en el capote y se dormía profundamente, atravesado a la mitad de la escalera, con un rifle automático al lado.

Cuando Teófilo mató a las dos mujeres la situación cambió. Las dos sobrevivientes del suceso pasaron a ocupar el lugar más bajo de la escala jerárquica del burdel. Por haber visto morir a sus compañeras de fuga, fueron tratadas como criminales. Fueron encerradas en "cuartos tapiados", de comer se les daba lo que dejaban en las cazuelas las demás, que era casi nada, y nunca salieron. Tan eficazmente aisladas estuvieron estas dos, que las otras que vivían en la casa no supieron, sino hasta varios meses después, ni que ellas estuvieran allí encerradas, ni lo que había sucedido en el rancho.

En contraste con el castigo y aislamiento rigurosos impuestos a las mujeres que habían regresado del rancho, Arcángela decidió disminuir la pena de las cuatro que habían atacado a Rosa —aunque ésta seguía enferma—, y dispuso que durante el día se les permitiera salir de los cuartos, comer en la cocina hasta llenarse, reunirse entre sí y hablar con las demás. Después de la cena, regresaban a sus respectivos cuartos en donde la Calavera las encerraba hasta el día siguiente.

Parece que este acto, de cerrar un candado en las noches y de volver a abrirlo por la mañana, valió a la Calavera la enemistad de las encerradas, con quienes hasta esas fechas había conservado relaciones relativamente cordiales —a pesar de que ni por un momento cupo la menor duda de que la Calavera era partidaria incondicional de las Baladro, y en consecuencia, enemiga de las insurrectas.

Parece que no hubo provocación ni pleito. No se sabe lo que querían conseguir las cuatro mujeres. El incidente fue así. Una mañana, después del almuerzo, las cuatro estaban en la cocina lavando los trastes, cuando entró la Calavera. Ella dice que en el momento en que entró comprendió que la estaban esperando, ellas afirman que no se habían puesto de acuerdo. La Calavera dice que no abrió la boca, ellas, que las insultó diciéndoles "¡Qué chingaos!" (?). El caso es que antes de que la Calavera pudiera defenderse, Aurora Bautista le estrelló la cazuela en la cara, y otra, la víctima no sabe decir quién, le pegó en la cabeza con el cucharón de palo.

Todo parece indicar que la intención de las cuatro mujeres fue hacerle a la Calavera lo mismo que las otras cuatro habían tratado de hacerle a Marta: echarla por el excusado viejo y enterrarla viva. (Conviene notar que este intento hubiera tenido más probabilidades de éxito que el anterior, porque siendo la Calavera mucho más delgada que Marta sí hubiera cabido por el agujero.

Afortunadamente para todas las participantes, el intento se frustró. Las mujeres caminaban por el corral en dirección al excusado viejo, llevando en brazos a la Calavera, semiconsciente, cuando se cruzaron con Arcángela, que regresaba a la casa después de darles de comer a las gallinas. Lo que

ocurrió entonces pone de manifiesto la autoridad que aún en esa época tenía la madrota sobre sus empleadas. En el momento de verla las cuatro quedaron sobrecogidas y no atinaron a hacer nada más que obedecer sus órdenes. Arcángela, sin necesidad de soltar un plato que llevaba en la mano, hizo que las otras cuatro llevaran a la Calavera a su cuarto, la acostaran sobre su cama, y llamaran a Serafina, que estaba en el comedor, cosiendo, para pedirle que las encerrara a ellas.

Esa noche el capitán Bedoya vigiló el castigo. Hizo que las cuatro culpables se golpearan unas a otras con el cucharón de palo. Fue en esa ocasión cuando Aurora Bautista, impulsada por un instinto oscuro, golpeó en la boca varias veces a Socorro hasta romperle los dientes. María del Carmen gritó: "vas a matarla", y el capitán intervino arrebatando a Aurora el cucharón. (Durante el juicio, el capitán hizo referencia a este acto humanitario.)

La Calavera, que tuvo la cara hinchada durante más de una semana, no intervino esa noche en el castigo, ni dio muestras después de guardar rencor a quienes la habían atacado.

3

A mediados de diciembre, el capitán Bedoya tuvo que hacer un viaje a la ciudad de Mezcala para arreglar un asunto relacionado con el servicio. Antes de emprenderlo hizo dos consideraciones: una, que lo mismo cuesta un cuarto de hotel si duerme uno solo que si está acompañado, dos, que la vida en el Casino del Danzón era cada vez más opresiva y que Serafina, que había estado en tensión constante durante meses, merecía un descanso. El capitán la invitó a acompañarlo y Serafina aceptó.

Hicieron el viaje en autobús de primera. El capitán fue galante: permitió a Serafina sentarse en el asiento que estaba junto a la ventanilla, y, cosa que nunca había hecho por nadie, bajó del camión en una parada a comprar los tejocotes cubiertos que a ella se le antojaron —y él los pagó—. El capitán iba de uniforme, Serafina, para evitar desgreñarse, se cubrió la cabeza con una mascada roja.

Dice el capitán que en el momento de arrancar el camión Serafina pareció olvidar los problemas que había en la casa, entró en calma, quedó absorta en la contemplación del paisaje y con frecuencia hizo comentarios tales como: "mira qué peñasco tan grande", o "¿qué se sentirá vivir en este lugar tan solitario?", los que, según el capitán, indican claramente la aspiración que tenía entonces Serafina de dejar el lenocinio y dedicarse a la agricultura.

A las ocho de la noche llegaron a la ciudad de Mezcala. El capitán siguió complaciente. Desechó la idea de hospedarse en alguno de los hoteles cercanos a la terminal de autobuses, por considerarlos "baratos, pero en un lugar muy ruidoso". Tomaron un taxi —que él pagó— que los llevó a un hotel céntrico y relativamente elegante. El capitán no se enfadó ni cuando en la administración le dijo el empleado lo que costaban los cuartos. Insistió en que le mostraran varios para que Serafina escogiera el que más le gustara. Se quedaron por fin en uno que tenía un balcón desde el que se veía un pequeño parque, con bancas, y el atrio de una iglesia.

Serafina se quitó la mascada roja y el capitán la llevó a cenar en una cervecería famosa.

Al día siguiente, el capitán pasó la mayor parte de la mañana en las oficinas de la Jefatura de Operaciones. Serafina fue a los portales y compró dulces típicos de Mezcala para llevarlos de recuerdo a su hermana. Al medio día, cuando el capitán regresaba al hotel, la vio desde lejos, asomada al balcón, agitando la mano y sonriéndole. Dice que en muchos meses no la había visto tan contenta.

Después de comer fueron al cine; después del cine se separaron: el capitán regresó a la Jefatura, con el objeto de proseguir su diligencia y Serafina se fue caminando en dirección al hotel. Describe lo que ocurrió de la manera siguiente. Iba por una calle cuyo nombre no recuerda, al atardecer. Había mucha gente. De pronto, dice, notó en la acera de enfrente algo, no sabe decir qué —una silueta, un gesto—, que la inquietó. Dice que siguió caminando, que al principio no supo lo que le pasaba, que tardó un rato en darse cuenta de que había visto a Simón Corona entre la gente. Toda la rabia contenida aquellos años se le vino encima, sintió la boca amarga y tuvo que detenerse a escupir. Dice que sintió otra vez la humillación de aquella noche en Acapulco, cuando preocupada entró en la tienda, vio la otra puerta y comprendió que Simón la había engañado. Dice que volvió a sentir una gran lástima de sí misma: tan buena que ella había sido y tan mal que el otro le había pagado. Cree que si hubiera llevado la pistola calibre .45 en la bolsa de mano, hubiera disparado sobre la gente que iba pasando por la acera de enfrente. Pero no la llevaba.

Dice que se volvió como loca. Cruzó la calle esquivando los coches, le dio un codazo a un

hombre gordo que le estorbaba el paso, corrió unos metros, llegó a la esquina, y se quedó allí parada, mirando en todas direcciones, sin encontrar el rastro del hombre que odiaba.

Dice que perdió el rumbo, que anduvo por las calles, que tuvo que preguntar el camino para regresar al hotel. En este extravío se le recrudecieron las ganas de vengarse.

—¿Cómo es posible que una ofensa tan terrible se quede sin castigo? No es justo.

Dice el capitán Bedoya que cuando regresó al hotel encontró a Serafina transformada. En vez de estar asomada en el balcón, como él esperaba, la vio, cuando abrió la puerta, sentada en una silla, en un rincón de la habitación casi a oscuras. Lo miraba. Era evidente que había estado esperándolo. Apenas había entrado él, ella dijo:

—Hay en mi vida algo que tú no sabes.

Es posible imaginar al capitán quitándose la chamarra, entrando en el cuarto de baño y orinando con la puerta abierta, mientras Serafina, de pie en el centro de la habitación describe, con voz transida por la emoción, la historia de sus relaciones con Simón Corona —de quien el capitán ignoraba la existencia—. Se oyen las palabras "burla", "ingratitude", "imperdonable", etc., y termina diciendo:

—Para matar a ese hombre quería yo la pistola calibre .45 que tú me vendiste. . .

Lo que ocurre después es sorprendente: el capitán Bedoya, en vez de decirle a Serafina que está diciendo tonterías, que procure calmarse y olvidar el incidente, le da la razón y promete ayudarla a llevar a cabo la venganza.

Según parece, Serafina pasó el día siguiente caminando por las calles de Mezcala en busca de Simón Corona. No lo encontró —después se supo que Simón Corona no estuvo en esa ciudad en esos días, lo que Serafina vio en la calle fue una ilusión—. El capitán la convenció con trabajos de regresar a Concepción de Ruiz. Ella no olvidó ni el propósito que se había hecho, ni la promesa del capitán de ayudarla, por lo que unos días después, Serafina, el capitán, el Valiente Nicolás y el Escalera, emprendieron el viaje al Salto de la Tuxpana. (Véase el Capítulo 1.)

(Durante el juicio, el capitán Bedoya sostuvo que el viaje al Salto de la Tuxpana tuvo por finalidad "darle un buen susto" a Simón Corona, no matarlo, como hubiera podido pensarse a juzgar por la cantidad de disparos con armas de calibres letales que Serafina y el Valiente Nicolás hicieron hacia el interior de la panadería. La declaración del Valiente concuerda con la del capitán: dijo ser gran tirador, que no hubiera tenido dificultad en atinarles a los dos que estaban echados en el piso, detrás del mostrador. Serafina, en cambio, a la pregunta del juez "¿cree usted que este hombre — Simón Corona— merecía la muerte por dejarla en una esquina esperándolo, cuando no tenía intenciones de regresar?", contestó que sí y después confesó que al pararse en la puerta de la panadería, disparó contra los cuerpos, pero que la pistola calibre .45 "no la obedeció".)

LLEGA LA POLICÍA

1

—¿Sospecha usted de alguien que pueda ser el autor de este ataque? —preguntó el agente del Ministerio Público del Salto de la Tuxpana a Simón Corona, que estaba vendado y recostado en una cama del puesto de socorros.

Simón contestó sin titubear que de Serafina. Al pedirle el agente las señas de la presunta culpable, Simón dio la dirección de la casa del Molino, porque no sabía que existiera el Casino del Danzón. A partir de ese momento, la averiguación sigue rutas burocráticas, se convierte en papeles que se quedan días enteros en el cajón de un escritorio, que se multiplican, que regresan al punto de partida, que salen reexpedidos, que llegan a otra oficina, que se quedan otros días en el cajón de otro escritorio. En este caso no sabe uno de qué admirarse más, si de la tortuosidad o de la infalibilidad de la justicia. El trámite burocrático culmina cuando llega a las manos del inspector Teódulo Cueto, de la policía de Concepción de Ruiz, en forma de un papel que dice: "Sírvese poner a disposición de la Procuraduría del Estado de Mezcala a la señora Serafina Baladro Juárez, etc."

Lo primero que hizo el inspector al recibir esta orden fue entrevistarse con el capitán Bedoya en la cantina del hotel Gómez. El inspector Cueto niega haber tenido esta entrevista. El capitán Bedoya, en cambio, describe lo que se dijo en ella de la manera siguiente:

Me dijo que me avisaba que le había llegado orden de aprehender a Serafina, por lo que era prudente que ella pusiera sobreaviso a su abogado. Yo le dije que no entendía por qué había orden de aprehensión contra Serafina ni menos por qué ella había de necesitar abogado. El inspector me dijo entonces que había ocurrido una balacera en el Salto de la Tuxpana y que el nombre de ella aparecía en las actas. Al oír esto yo contesté:

—Le juro a usted, inspector, como oficial del Ejército Mexicano y por el honor de mi santa madre, que Serafina no conoce a nadie en el Salto de la Tuxpana, ni ha estado en ese pueblo, ni sabe dónde está y es posible que ni se imagine que exista.

El inspector me dijo que me agradecía mi sinceridad, que estaba seguro de que sobre la cabeza de Serafina no pesaba ningún delito. Sin embargo, iba a tener que aprehenderla. Yo entonces le di las gracias por haberme dado el pitazo. Él agregó que, de acuerdo con las instrucciones que tenía, su obligación era romper al día siguiente los sellos del Casino del Danzón y revisar el interior del local. Me dijo que tenía la seguridad de encontrar todo en orden. Yo le dije que no tuviera pendiente. Que todo estaba en orden. Dicho lo cual, nos despedimos.

Se despidieron y el capitán Bedoya se fue lo más pronto que pudo al Casino. La noticia, como es natural, causó consternación. Dice la Calavera que Arcángela recriminó a Serafina:

—Por egoísta, por buscar nomás tu venganza —parece que le dijo— nos hundiste.

Serafina contestó:

—¿Qué culpa tengo de haber nacido apasionada?

Hubo movilización y órdenes perentorias. Ticho hizo mezcla en el comedor y empezó a tapar el boquete. Fue llamado el Escalera. Se dieron órdenes a las mujeres de preparar las cobijas y los trastos para ir a pasar la noche en el rancho Los Ángeles. Serafina trató de comunicarse con el licenciado Rendón, quien en este punto desaparece de la historia. Las Baladro intentaron comunicarse con él en más de treinta ocasiones durante los siguientes quince días, sin conseguirlo. Hubo titubeos. Serafina propuso a su hermana, ante testigos:

—Vámonos a los Estados Unidos.

Pero se fueron al rancho. En la tarde, el Escalera hizo cuatro viajes en el coche. Las once mujeres que quedaban volvieron a estar reunidas. Pusieron petates en la troje y durmieron en ella, bajo la vigilancia de la Calavera, en armonía aparente. Hizo frío. En la mañana se descubrió que Rosa tenía calentura. La Calavera diagnosticó resfriado y para curarlo preparó té de orégano. Rosa lo bebió, pareció aliviarse y murió tres horas después. Ticho la enterró al pie del bordito, en una fosa que cavó precipitadamente, contigua a las otras dos.

Al día siguiente, 14 de enero, el inspector Cueto rompió los sellos de la casa en la calle Independencia y entró en ella acompañado de tres uniformados y un actuario. Parece que la recorrieron sin encontrar nada que les pareciera irregular. Quince minutos apenas estuvo la policía en el interior de la casa. En el acta que se levantó se pasó por alto la circunstancia de que las tortillas que había en la cocina no podían haber estado allí dos años.

Esa tarde, el inspector Cueto fue al rancho Los Ángeles. El agua del caño de riego había vuelto a trasminarse, el camino estaba lodoso, el coche se atascó. Mientras los tres policías y el actuario trataban de desatascarlo, el inspector caminó los doscientos metros que lo separaban de la casa. Arcángela y Serafina estaban en el portal, como esperándolo. Dice el inspector Cueto que antes de que él tuviera tiempo de darles las buenas tardes a las señoras, Arcángela le dijo:

—Le doy diez mil pesos por decir que no encuentra a mi hermana en ninguna parte.

No se sabe lo que el inspector contestó. (Las Baladro nunca dijeron ofrecerle dinero o habérselo entregado.) Esa noche el inspector escribió un parte que mandó a la Jefatura en el que dice haber roto los sellos del Casino del Danzón, inspeccionado el interior y visitado el rancho Los Ángeles, "sin haber encontrado a la persona que se busca". El tono de este documento es definitivo. El que lo lee ignorando la historia podría suponer que allí terminó la pesquisa.

No fue así. Al día siguiente el inspector Cueto regresó al Casino del Danzón, acompañado, como en la ocasión anterior, por tres policías uniformados y un actuario.

(Conviene notar que los motivos que tuvo el inspector Cueto para regresar al Casino son tan oscuros como los que tuvo para advertirle al capitán Bedoya que estaba a punto de hacer una aprehensión cuando conversó con él en la cantina del hotel Gómez. La explicación que él ha dado de su actuación es la siguiente:

El tamaño de la suma que me ofrecía la señora Arcángela era tan grande que me hizo sospechar que lo que tenían las señoras Baladro en la conciencia era un delito más grave que la balacera en el Salto de la Tuxpana, en la que nadie había perdido la vida ni salido herido de gravedad. Por esto decidí regresar al Casino del Danzón y practicar una investigación más minuciosa.)

En la segunda visita al Casino del Danzón el inspector Cueto y sus hombres recorrieron los cuartos, subieron y bajaron las escaleras, entraron y salieron del cabaret, pasaron por la cocina, examinaron la covacha y llegaron por fin al corral. Han de haber encontrado infinidad de rastros de que el lugar había estado habitado recientemente, pero no era lo que buscaban. En el corral, el inspector anduvo de un lado para otro.

De pronto —dice—, me di cuenta de que los pies se me estaban hundiendo.

Mandó llamar a uno de los policías que lo acompañaban y le ordenó:

—Coge una pala y haz aquí un agujero. Quiero ver qué es lo que hay debajo.

Cuando la excavación llegó a un metro de profundidad apareció lo que quedaba de una mano de Blanca.

3

Después de este encuentro sensacional, se produce una interrupción de varias horas: el inspector Cueto pide refuerzos a Pedrones y espera a que lleguen antes de dar el siguiente paso. Pierde más tiempo después, tomando precauciones: grupo de tiradores al sur del rancho Los Ángeles para cortar la salida a la carretera; al norte, otro grupo de tiradores para proteger el avance, etc. El inspector es el primero en llegar a la casa. Lleva sombrero lejano, chaleco blindado y una pistola en la mano. La casa está vacía. Cuando la policía forzó la puerta de la troje, encontraron a la mayoría de las mujeres que estaban encerradas en ella quejándose de no haber probado bocado en veinticuatro horas.

Una de las cautivas —Aurora Bautista— dice haber oído a las Baladro decir la palabra "Nogales". Al oír esto, el capitán actúa por primera vez rápidamente. Ordena que las mujeres que están en la troje sean llevadas a la Inspección de Policía y él, con dos agentes, sube en su coche y conduciendo a toda velocidad va en dirección de Pedrones.

Llegan a la terminal de autobuses a tiempo de detener el que a esas horas sale rumbo a Nogales. El inspector Cueto lo aborda y se queda un momento parado en el pasillo, mirando a su alrededor. En los asientos 23 y 24 hay dos mujeres, en apariencia dormidas, que se han cubierto las caras con los rebozos. Son las hermanas Baladro.

4

Cuando las Baladro llegaron a la Inspección de Policía de Concepción de Ruiz fueron llevadas por un pasillo al que daba la oficina en donde estaban rindiendo declaración las mujeres que habían estado encerradas en la troje. Dicen que al verlas pasar custodiadas, varias de ellas se levantaron de la banca donde estaban sentadas, fueron a la puerta y desde allí les gritaron "viejas de porra", "boconas", etc. Estos insultos, que retumbaron en el pasillo, fueron los primeros que recibieron las hermanas Baladro de sus empleadas.

El capitán Bedoya había quedado en encontrarse con Serafina en Nogales —habían hecho cita en la terminal de camiones—. Ignorante de que las Baladro habían sido aprehendidas, durmió en el cuartel, se levantó temprano, pasó revista a la tropa, desayunó en el hotel Gómez y llegó al Banco Comercial del Plan de Abajo cuando apenas lo estaban abriendo.

El capitán estaba llenando una ficha para retirar los fondos que tenía en su cuenta de ahorros, cuando entraron en las oficinas los dos agentes que venían a aprehenderlo. Se acercaron a él y uno de ellos le dijo, en voz baja, para que no se dieran cuenta los empleados del banco de lo que estaba ocurriendo:

—Mi capitán, dése preso.

Dice el agente que al oír esto, el capitán Bedoya no parpadeó. Rompió la ficha, guardó la pluma y extendió los puños juntos, para que el otro se los esposara. Pero el agente no llevaba esposas consigo, por lo que los tres hombres salieron del banco agarrados del brazo, como si fueran amigos que les hubiera dado gusto encontrarse.

El Valiente Nicolás, que creía no tener ninguna culpa, fue apresado en el cuartel. El Escalera, que también se creía inocente, fue aprehendido dos días después, cuando estaba comentando el caso de las Baladro con otros choferes, sentado en el escalón del atrio de San Francisco. A Ticho nadie lo denunció y nadie lo había buscado. Él se entregó voluntariamente cuando supo que las Baladro estaban presas. Casi le costó trabajo que la policía lo dejara entrar en una celda. Eulalia y Teófilo Pinto hubieran podido escapar, porque la policía no tenía fotos de ellos, si no se les ocurre cruzar la frontera —querían "ponerse a salvo" —. Fueron aprehendidos en Tejas por viajar sin pasaporte y entregados a la policía mexicana, a la que le dieron sus verdaderos nombres.

La cárcel de Concepción de Ruiz, en donde generalmente no había más presos que los borrachos que eran soltados en la mañana después de barrer las calles, tuvo en su seno, por primera vez, diecinueve internados.

Unos días después fueron veinte: Simón Corona fue llevado a Concepción de Ruiz a declarar. Estuvo allí apenas un día, porque otro recluso, no se supo quién, le dio una puñalada —que no fue mortal— y Simón tuvo que ser trasladado de urgencia a un hospital.

5

El papel que desempeña el inspector Cueto en la aprehensión de las hermanas Baladro es una de las partes oscuras de esta historia. Puede explicarse tentativamente así:

El inspector Teódulo Cueto, cuyo nombre aparece en el libro de Arcángela, en el capítulo "entregas" (ver Anexo 5), trató al principio de cumplir con su deber y al mismo tiempo de darles a las Baladro varias oportunidades para ponerse a salvo —entrevista al capitán Bedoya en la cantina del hotel Gómez, entra en el Casino cuando no hay nadie adentro, no efectúa la captura cuando encuentra a la mujer que tiene órdenes de aprehender—. Es posible que haya aceptado los diez mil pesos que le ofreció Arcángela, no por cerrar el caso indefinidamente, sino por darles a ellas dos días de delantera. Es posible también que el inspector haya cambiado de opinión en determinado punto de la investigación —cuando encontró en el corral la mano de Blanca, por ejemplo— y decidió apresurar la operación y efectuar la captura. Las Baladro hubieran necesitado otras veinticuatro horas para ponerse a salvo.

Hay que admitir que esta posibilidad no explica que el inspector haya descubierto el cadáver de Blanca en su segunda visita al Casino del Danzón, lo cual, parece, ocurrió por pura casualidad.

LA JUSTICIA DEL JUEZ PERALTA

1

Al quedar encargado de formar proceso contra "Serafina y Arcángela Baladro y otros", el juez Peralta tuvo como primer cuidado dividir a los diecinueve detenidos en dos grupos. Los que al hacer declaración preparatoria se quejaron de algún maltrato fueron considerados víctimas, los que no se quejaron de nada fueron considerados presuntos culpables.

El siguiente paso consistió en separar físicamente a las víctimas de los culpables. Las seis mujeres que quedaron en la primera categoría fueron sacadas de la celda en que estaban y llevadas a una habitación que se había preparado para ellas en el edificio de los juzgados, sin rejas y con vista al patio interior, en la que se habían puesto las camas que habían prestado varias familias cristianas. El juez concedió a estas mujeres permiso de salir a la calle, recordándoles la obligación que tenían de estar presentes durante los actos legales. Las eximió también de la obligación de comer la comida que hacía la esposa del celador —que según opinión generalizada era abominable— y un grupo de señores *de* Concepción de Ruiz, encabezados por el Presidente Municipal, reunieron el dinero que se necesitaba para pagar a una fondera del mercado que llevaba todos los días al edificio del juzgado almuerzo y comida para seis en una portavianda. El público estaba preocupado por el estado de salud de estas mujeres, en cuyas declaraciones afirmaban no haber comido suficientemente en más de un año.

—Nomás espérense a que nuestros amigos influyentes sepan lo que están haciendo con nosotras y verán quién tiene la razón —dijo Arcángela cuando el actuario leyó las acusaciones que aparecían en las actas.

Dos días pasaron. Los amigos influyentes no aparecieron y las Baladro no pudieron comunicarse siquiera con el licenciado Rendón. Estaban sin defensor. Cuando se supo esto, tres mujeres que no se habían quejado de nada pidieron al juez que les permitiera agregar a sus declaraciones que cuando habían empezado a trabajar con las hermanas Baladro estaban engañadas respecto al oficio que iban a ejercer —dos de ellas llegaron a la casa del Molino creyendo que iban a ser criadas y la otra creyó que aquello era una fábrica de cerillos—, habían sido menores de edad, se habían quedado —diez, doce y quince años respectivamente— en contra de su voluntad y nunca recibieron pago por sus servicios.

El día que agregaron esto a sus declaraciones, las tres mujeres fueron sacadas de la celda y recibieron en adelante tratamiento de víctimas.

2

Al principio las Baladro se negaron a hacer ninguna declaración antes de consultar con su abogado. Como pasó el tiempo y el licenciado Rendón no apareció, ellas tuvieron que contestar sin consejo a un interrogatorio preliminar.

Pregunta: ¿A qué atribuye usted la presencia de tres cadáveres en el corral de su casa?

Respuesta: No sabemos nada de eso. Quién sabe quién los habrá puesto allí.

O bien:

Pregunta: Varias mujeres empleadas se quejan de que ustedes estaban matándolas de hambre. Dicen que le daban de comer nomás una tortilla y cinco frijoles a cada una. ¿Qué responde usted a esto?

Respuesta: Es mentira. Les dábamos lo mismo que se come en todos lados. Hasta sopa de fideo.

Al cuarto día de la captura, los comentaristas de varios periódicos dijeron en sus artículos que las Baladro tenían influencias tan grandes en el Estado del Plan de Abajo que iba a ser imposible condenarlas. En respuesta de este rumor, el juez Peralta declaró un embargo provisional de todas las propiedades de las hermanas "con el objeto de proteger los medios de indemnización de las

víctimas".

Arcángela sufrió un síncope cuando supo la noticia.

—¡Quieren quitarnos nuestras propiedades! —dijo cuando se recuperó.

Salió en los periódicos agarrada de las rejas, como si quisiera romperlas. "Debe seis muertes y nomás piensa en sus propiedades", dice el pie de foto.

En vista de que el defensor de las acusadas no daba señales de vida, el juez Peralta nombró al licenciado Gedeón Céspedes para que desempeñara este trabajo.

Después de consultar con sus defendidas, el licenciado fue entrevistado por periodistas.

—No me malinterpreten —dijo—. Defiendo a estas mujeres porque es mi obligación, ya que soy defensor de oficio. Pero no estoy de acuerdo con ellas. Al contrario, creo que merecen la pena de muerte, que desgraciadamente no existe en el Estado del Plan de Abajo.

3

" . . .que le tenían prohibido salir, que casi no le daban de comer y que en una ocasión, cuando ella y tres de sus compañeras hicieron algo que no les pareció a las señoras, las cuatro fueron encerradas en un cuarto en el que entró Serafina y dijo a la declarante: "toma este palito y pégale con él a aquéllas. Si veo que no les pegas fuerte, yo te pego a ti". (Muestra los moretones.)"

"... que vio cómo la señora Arcángela Baladro destapaba el bulto que estaba sobre la mesa. Era la carabina. La susodicha dijo entonces las siguientes palabras: "esta carabina te la dejo aquí para que te defiendas, en caso de que alguien se quiera llevar las vacas". " . . .que la misma señora Arcángela Baladro le dijo en otra ocasión: "aquí te dejo estas cuatro mujeres, cuídalas bien. Si ves que alguna se quiere ir, le suenas con la carabina que te di para que cuidaras las vacas". Por eso dice el declarante que al disparar no hizo más que obedecer órdenes."

Sobre la culpabilidad del capitán Bedoya:

"que estando la declarante con otras mujeres lavando ropa en los lavaderos vio entrar en el corral al capitán Bedoya que caminaba hacia la barda del fondo, desabrochándose la bragueta con intenciones de orinar, cuando de pronto se detuvo y se quedó mirando un bulto que estaba debajo del limonero. "¿Qué es esto?", les preguntó a ellas y ellas contestaron, "es Blanca", que el capitán se puso de mal humor y le dijo a la señora Serafina, "dile a Ticho que esta noche cargue a Blanca, la lleve a la orilla del pueblo y la deje en los basureros para que se la coman los perros"."

" . . .que vio al capitán Bedoya cortando varas de una mata que había en el corral y probándolas en la palma de su mano para ver cuál era la que golpeaba más recio..."

" . . .que cuando servía la mesa oyó que el capitán decía a la señora Serafina: "estas mujeres que viven aquí ya no sirven, tienen la carne muy floja. Para que alguien las quiera tienes primero que echarlas en mole y después servir las en tacos"..."

" . . .que no tiene la menor duda de que el capitán Bedoya era amasio de Serafina Baladro y de que a veces dormía con ella, ya que en varias ocasiones la declarante sirvió la mesa del comedor y vio cómo el susodicho capitán se quitaba el cinturón después de cenar. . . "

"... que todas las mañanas el capitán almorzaba un huevo que ellas, en la cocina, veían pasar. . . "

Estas declaraciones y otras semejantes sirvieron de fundamento al juez Peralta para establecer en contra del capitán Bedoya el cargo de cómplice y director intelectual de los delitos acumulados.

Cargos en contra de la Calavera:

" . . .que cuando llegaron al rancho Los Ángeles una mujer llamada Rosa N se puso muy enferma y que la declarante vio que la mujer que tiene por mal nombre Calavera se acercaba a la enferma y le decía, "voy a hacerte un té de orégano", que después fue al brasero y puso agua a hervir, a la que echó varios ingredientes que la declarante ignora qué fueron, que vio cómo la susodicha Calavera ponía el té en un jarro y se lo daba a beber a la enferma, la cual murió en pocas horas y fue enterrada en un agujero que hizo en el suelo el individuo apodado Ticho."

" . . .ella —la Calavera— podía salir a la calle y nosotras no, ella hacía la comida y nosotras no teníamos permiso ni de encender la lumbre..."

"... ella —la Calavera— fue la que le dio a beber a Blanca la CocaCola que la mató. . . "

No hay referencia en el expediente al intento que hicieron cuatro mujeres de enterrar viva a la Calavera en el excusado viejo.

Cargos en contra del Escalera:

". . .que cuando iban a ser trasladadas de San Pedro de las Corrientes a Concepción de Ruiz, la declarante y otra mujer quedaron sentadas junto al chofer apodado Escalera, quien abrió la portezuela del lado donde estaban ellas y dijo: "aquí cabe usted, capitán, siéntese", y el capitán se sentó oprimiendo a las dos mujeres y haciéndolas sentir como que se sofocaban, que en esa ocasión la declarante dijo "siento que se me rompen los huesos" y que nadie le hizo caso..."

El párrafo anterior demuestra que el Escalera violó las leyes de tránsito del Estado del Plan de Abajo por dos conceptos: transportar pasaje en condiciones que ponen en peligro la salud, y transportar prostitutas en el territorio de un Estado en donde la prostitución está prohibida. La declaración de Simón Corona —capítulo 2— lo dejó sospechoso de haber transportado cadáveres.

Etcétera.

Al quinto día del juicio Aurora Bautista pidió al juez que le permitiera modificar su declaración de la siguiente manera: donde dice "hacían cuentas cada mes y de lo que ella ganaba le descontaban los gastos, pero durante el último año, ni hicieron cuentas ni le entregaron un centavo. . .", que diga "hacían cuentas cada mes, pero nunca le entregaron un centavo. . .".

Donde dice "cuando llegó a trabajar en la casa del Molino tenía diecinueve años", que diga "no recuerda bien la edad que tenía, pero parece que eran dieciséis años".

Pide además, dice el acta, agregar lo siguiente: "que ella vio a las hermanas Serafina y Arcángela Baladro empujar a dos mujeres que se cayeron de un balcón el día 14 de septiembre".

4

La primera noticia del caso de las hermanas Baladro apareció en la página 8 del *Sol de Abajo*, en una sección fija intitulada "Noticias de Concepción de Ruiz". Cuando se supo que los tres cadáveres encontrados eran de mujeres jóvenes y que el lugar donde se hallaron había sido burdel, la noticia pasó a la primera plana de todos los periódicos del país. Al tercer día, un público enorme y atento se enteró del descubrimiento de otros tres cadáveres en el rancho Los Ángeles.

Concepción de Ruiz se llenó de periodistas, fotógrafos y curiosos. Al hacer la reconstrucción de los hechos, el juez Peralta contó 119 personas que no tenían por qué estar presentes. El careo entre Serafina Baladro y Aurora Bautista —en el que ambas mujeres se insultaron y se llamaron mentirosas— se llevó a cabo ante las lentes de veintitrés cámaras. A petición de los fotógrafos de la prensa, las víctimas —nueve para esas fechas— posaron hincadas en la azotehuela con los brazos en cruz, sosteniendo piedras semejantes a las que había escogido el capitán Bedoya.

Los periodistas y el público en general hubieran querido encontrar más cadáveres. Este interés afectó la comprensión de la historia. Por ejemplo, la declaración de Simón Corona, en la que dice haber ayudado a las hermanas Baladro a transportar un cadáver a la sierra en 1960, dio origen a la idea de que durante muchos años las hermanas Baladro habían tenido por ocupación la de asesinar mujeres y arrojarlas a los lados de la carretera o enterrarlas en un rincón del corral. Las víctimas trataron de hacer memoria y en los periódicos aparecieron testimonios como éste: "recuerda a una mujer llamada Patricia que estuvo trabajando unos días en el México Lindo y que después desapareció sin que nadie volviera a tener noticias de ella". . ., etc. Las autoridades de San Pedro de las Corrientes ordenaron que se levantara el piso del México Lindo, para ver si había cadáveres enterrados: no se encontró nada. En la redacción del *Sol de Abajo* se recibieron más de treinta cartas de madres de familia que habían perdido contacto con una o varias hijas, que tenían motivos para sospechar que estaban en casas de prostitución y pedían al director del periódico que les dijera si entre los cadáveres o entre las víctimas vivas había alguna que se pareciera a la foto adjunta.

El último intento de encontrar más cadáveres lo hizo el inspector Cueto. Sacó de la cárcel, con escolta, a cinco de los acusados: el capitán Bedoya, el Escalera, Teófilo Pinto, Ticho y el Valiente Nicolás y los llevó al Casino del Danzón. Los reunió en el cabaret y les entregó palas y picos. Les ordenó excavar en el centro de la pista, con la advertencia de que no iban a suspender el trabajo hasta que no encontraran un cadáver. (Su intención al dar esta orden, explicó el inspector a los periodistas, era hacer que alguno de los acusados confesara dónde había un cadáver, en vez de seguir escarbando indefinidamente en donde sabía que no había nada.) Como ninguno de los acusados confesó, los cinco excavaron durante tres días enteros, primero en el cabaret —dejando el agujero que puede contemplarse hasta la fecha—, después en el corral y por último en el barbecho, en un lugar escogido arbitrariamente por el inspector Cueto.

5

El juez Peralta encontró que "Serafina y Arcángela Baladro y otros" eran culpables de los siguientes delitos: homicidio en primer grado, homicidio por irresponsabilidad, privación ilegal de la libertad, maltrato físico y moral, posesión ilegal de armas de fuego, portación ilegal de ídem, amenazas con ídem, corrupción de menores, lenocinio, privación de ingresos a un tercero, dolo, ocupación ilegal de una propiedad incautada, violación de las leyes de inhumación, violación de las leyes de tránsito federal y del Estado, y ocultación de bienes.

En consecuencia, el juez dictó sentencias: a Serafina y Arcángela Baladro, por ser responsables de los delitos acumulados, treinta y cinco años de cárcel; al capitán Bedoya, por ser cómplice y director intelectual de los ídem, veinticinco años de cárcel; a la Calavera, veinte años, por un homicidio en primer grado —el de Rosa N— y otro por irresponsabilidad —el de Blanca—; a Teófilo Pinto, veinte años, por dos homicidios en primer grado; a Eulalia, su esposa, quince años, por descolgar la carabina de la pared y entregársela a su marido; a Ticho, doce años, por violar las leyes de inhumación y por complicidad en los delitos acumulados; al Escalera, seis años, por violar las leyes de tránsito y por complicidad en los delitos, etc.

El juez Peralta dispuso que se vendieran propiedades de las que habían sido embargadas a las hermanas Baladro hasta reunir dinero suficiente para pagar las indemnizaciones que él mismo tabuló. He aquí un ejemplo.

Cálculo de la indemnización de Blanca N:

Por concepto de salarios devengados y no recibidos (se calculan diez años de trabajos a razón de 300 pesos mensuales, el salario mínimo)	36,000.00
Por concepto de intereses moratorios	18,000.00
Por concepto de muerte del trabajador.....	<u>10,000.00</u>
	64,000.00

Esta suma quedó depositada en el juzgado, a disposición de quien la reclame, y sea capaz de demostrar ser heredero legítimo de la difunta. (No fue reclamada.)

6

El día en que el juez Peralta entregó el dinero de la indemnización a las nueve víctimas sobrevivientes, hubo mole en el patio del juzgado. Las mujeres fueron fotografiadas, primero, recibiendo los cheques, después, comiendo y, por último, de rodillas en el interior de la parroquia de Concepción de Ruiz, dándole gracias a Dios por haberles permitido salir del trance con vida. Cuando terminaron de rezar ya los fotógrafos se habían ido. En el atrio, las mujeres se despidieron y se fueron cada una por diferente camino. Estaba atardeciendo. Nadie volvió a saber de ellas.

EPÍLOGO

Simón Corona se restableció completamente de la puñalada que alguien le dio, cumplió su condena en una cárcel del Estado de Mezcala, en donde tuvo una conducta ejemplar, y al quedar libre regresó al Salto de la Tuxpana en donde abrió panadería y vive feliz. De los otros liberados, el Valiente Nicolás es ahora zapatero —oficio que aprendió en la cárcel—, Ticho es cargador de planta en la bodega de los hermanos Barajas, el Escalera regresó a su antiguo oficio y es dueño de una flotilla de coches en San Pedro de las Corrientes —que compró, dicen las malas lenguas, con dinero que le dio Arcángela.

En la cárcel, Teófilo Pinto ganó una fortuna jugando conquián, y después la perdió. Eulalia, que está libre, vende cocadas. El capitán Bedoya está en la cárcel de Pedrones, en donde es jefe de crujía, muy respetado por celadores y presos. Las Baladro siguen en la cárcel de mujeres, de donde no tienen esperanza de salir con vida. Serafina tiene un negocio de vender refrescos —a precios exorbitantes—, Arcángela vende las comidas que guisa la Calavera. Las dos son prestamistas y su capital, calculan las otras presas, asciende a cien mil pesos.

APÉNDICES

1: *Vida de Ticho contada por él mismo*

Cuando yo era chico los demás niños me tenían miedo. Mis padres me mandaron a la escuela, pero la maestra dijo que yo era demasiado grande y que podía dar mal ejemplo. Me pusieron a cargar piedras, sacos de arena, sacos de cemento. Una tarde le di un abrazo a un amigo y cuando lo solté se cayó al piso. Los que vieron lo que pasó dijeron que yo lo había matado. Por eso me llevaron a la cárcel. En la cárcel me pusieron a cargar piedras otra vez. Un día se murió el que cargaba muertos en el hospital y el doctor fue a la cárcel a buscar alguien que hiciera este trabajo. El director de la cárcel me mandó llamar y me dijo: "vete con este señor". Diez años anduve cargando muertos de un lado para otro hasta que una mañana el doctor me dijo: "ya puedes irte", y abrió la puerta del hospital. Yo salí a la calle y empecé a caminar. Llegué a la vía del tren y me fui siguiéndola. Caminaba de noche porque había luna. En el día me acostaba en una zanja y me dormía. Cuando veía una casa, me acercaba a la cocina —los perros a mí no me ladran—, me asomaba y les decía a las mujeres que estaban adentro, "tengo hambre", y ellas sentían miedo y me daban de comer. Cuando llegaba a los pueblos pedía limosna, pero nadie me daba. Un día me quedé dormido en la banqueta que está afuera del mercado y cuando abrí los ojos doña Arcángela me estaba mirando. Con ella estaban dos muchachas que llevaban canastas. Doña Arcángela me dijo:

—Eres muy grandote, te ves muy feo y pareces muy bruto. Voy a darte un trabajo que te va a gustar.

Las muchachas se rieron.

Desde ese día fui coime. Mi obligación era sentarme en una silla y estar listo para lo que se ofreciera.

2: *Testimonio del Libertino*

Dice que lo que lo impulsaba a ir con tanta frecuencia al México Lindo era la curiosidad intelectual. Describe a varias mujeres notables de las que conoció en ese lugar. Una, que cuatro o cinco veces cada noche se desvistió con vergüenza, diciendo que nunca la había visto desnuda un hombre. Otra tuvo relaciones sexuales con el narrador en más de veinte ocasiones y nunca lo reconoció. Otra mujer contaba siempre la misma historia: acababa de recibir un telegrama en el que le avisaban que su madre estaba enferma y urgía que mandara dinero, etc.

La parte más interesante de mis visitas —dice el Libertino— eran las conversaciones que tenía siempre con doña Arcángela, en cuya mesa me sentaba. Ella era filósofa. Creía, por ejemplo, que cuando morimos nuestra alma queda flotando en el aire durante algún tiempo, sujeta al recuerdo que

dejamos en las mentes de los que nos conocieron. Un mal recuerdo atormenta al alma, un buen recuerdo la hace gozar. Cuando todos han olvidado al difunto o han muerto los que lo conocieron, el alma desaparece.

3: *Dice el campeón judoka*

Fui de los seleccionados para representar al D.F. en el campeonato panamericano de judo que se celebró en la ciudad de Pedrones en 1958. (Describe las facilidades que les dieron, sus impresiones de la ciudad, y la manera en que el equipo del D.F. fue eliminado en la primera vuelta. Esa noche fueron él y sus compañeros a la casa del Molino.) Cuando las muchachas supieron que éramos el equipo judoka del D.F., se amontonaron en nuestra mesa y nos pidieron autógrafos. La dueña de la casa (Serafina) fue a estrecharnos la mano, hizo que nos pusieran collares de flores de papel y que nos sirvieran una copa por cuenta de la casa.

—Brindo por su triunfo, muchachos —nos dijo.

No tuvimos alientos para decirle que ya habíamos sido eliminados. (Describe el lugar, establece una comparación entre las prostitutas del D.F. y las de Pedrones y encuentra que éstas son más económicas y más sinceras que las primeras, relata sus experiencias con una mujer llamada Magdalena y por último lamenta que la casa del Molino fuera clausurada antes de que él tuviera oportunidad de visitarla otra vez.)

4: *Testimonio de don Gustavo Hernández*

Pregúnteme usted: ¿qué tiene que hacer las noches de todos los sábados en un burdel un hombre que tiene esposa y varias hijas y vive feliz con ellas? No sé qué contestarle,



5. La foto

- | | |
|----------------------------------|--|
| 1: Arcángela Baladro | 5: Evelia (murió el 14 de septiembre) |
| 2: La Calavera | 6: Feliza (id.) |
| 3: Serafina Baladro | 7: Rosa (murió el 15 de enero) |
| 4: Blanca (murió el 17 de julio) | 8: Marta (no cupo por el excusado) |
| | 9: Aurora Bautista (fue indemnizada) |
| | 10 y 11: las dos mujeres que mató Teófilo Pinto. |

pero así era yo. Estaba obnubilado. Cada sábado, dando las nueve en el reloj de la parroquia, cerraba la mercería y me iba al México Lindo. En el momento en que pisaba yo el interior de aquel lugar todo me parecía bonito: el decorado, las mujeres, la música. Hice de todo: bailé, bebí, platiqué

y ninguna de las mujeres que pasaron por allí entre 57 y 60 se me escapó.

Regresaba a mi casa rayando el sol. "¿Dónde estuviste?", me preguntaba mi mujer. "En una junta de Acción Católica." Nunca me creyó. Durante años sospechó que yo tenía una amante. No sabe que la engañé con cuarenta y tres.

Doña Arcángela me decía:

—No se prive de nada, don Gustavo. Cuando no traiga dinero nomás echa una firma. Para mí usted es como el Banco de México.

Estas palabras fueron mi caída. Una mañana llegó a la mercería el licenciado Rendón. En el portafolios traía notas firmadas por mí que sumaban más de catorce mil pesos. Quería saber cuándo iba yo a poder pagarlas.

Doña Arcángela se quedó con la mercería, pero el susto que tuve me curó del vicio y no he vuelto a sentir tentaciones de poner los pies en un burdel. Ahora vivo feliz en compañía de mi familia.

6: *El libro de Arcángela*

El libro de Arcángela fue encontrado en el cuarto de ella en el Casino del Danzón. Se divide en tres partes. En la primera aparece el estado de cuentas semanal de las empleadas, que ya ha sido descrito en el capítulo 9.

La segunda sección se intitula *Clientes deudores*. En ella aparecen los nombres de las personas más respetables de San Pedro de las Corrientes, con las fechas de los vales, intereses a razón del diez por ciento mensual, abonos a cuenta, etc. Todas las cuentas están saldadas.

La tercera parte del libro se intitula *Entregas*. Es lo que paga Arcángela a las autoridades para estar en paz con el municipio. Por ejemplo, diez pesos diarios a los policías que estaban de turno en la cuadra, sesenta al Presidente Municipal, sesenta al inspector de policía, etc.

ÍNDICE

1. Las dos venganzas
4
2. El caso de Ernestina, Helda o Elena
7
3. Un viejo amor
11
4. Entra Bedoya
14
5. Historia de las casas
18
6. Dos incidentes y un tropiezo
23
7. Una vida
26
8. La mala noche
30
9. La vida secreta
33
10. Historia de Blanca
37
11. Vistas varias
42
12. El catorce de Septiembre
45
13. La ley marcial
49
14. Lo que hizo Teófilo
53
15. La mala racha
56
16. Llego la policía
60

17. La justicia del juez Peralta
63

18. Epílogo
67

Las muertas
se imprimió en los talleres de
Arte y Ediciones Terra, S.A. de C.V.
Oculista núm. 43
Colonia Sifón
México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in México